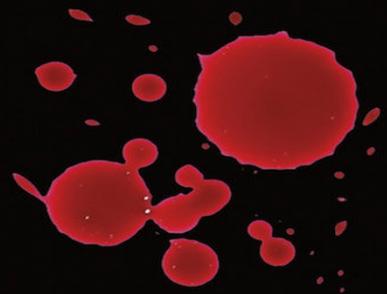


Al otro lado del infierno

**JORDI
SIERRA
I FABRA**



HarperBolsillo

Sangre, cinismo, pecado y perdón. El nuevo caso del investigador Soler, la oveja negra de la comisaría durante los años más turbios del franquismo, hará tambalear uno de los pilares del régimen: la Iglesia.

La tercera investigación de nuestro detective tiene como detonante el terrible asesinato de la hermana María, una monja que ayudaba en los partos en un hospital, pero que escondía en su celda utensilios de tortura y flagelación... ¿Hay pecados que ni siquiera Dios es capaz de perdonar?

Un caso estremecedor que nos sumerge, de la manera más grotesca y abominable, en las cloacas de la sociedad de la época, donde el dinero puede con todo: con las personas, con las creencias y con el más allá.

Al otro lado del infierno

Jordi Sierra i Fabra

Al otro lado del infierno

© 2017, Jordi Sierra i Fabra

Autor representado por IMC Agencia Literaria

© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

ISBN: 978-84-9139-177-7

*Y nunca haces preguntas
cuando Dios está de tu lado.*

With God on our side, Bob Dylan 1963

DÍA 1
LUNES, 16 DE DICIEMBRE DE 1963

1

El chorro de agua caliente, casi hirviendo, le llevó de la tiritona con la que se había quitado el pijama para meterse en la ducha hasta el dolor de la quemazón en la piel por el brusco cambio. Pero lo resistió. Se mordió el labio inferior y ni se apartó ni bajó la intensidad calorífica. Cuando se habituó cerró los ojos y permaneció así, quieto, por espacio de un minuto o más.

A veces eran los únicos momentos del día en los que estaba solo, aislado.

Pensaba en ello cuando la puerta del cuarto de baño se abrió bruscamente y una corriente de aire frío pugnó por echar el ambiente cálido del interior.

Miró a través de la translúcida cortina de plástico.

—¡Ignacio!

—¿Ah, estás ahí? Perdona.

—¿Pero es que no oyes el ruido del agua?

—Pues no, si lo hubiera oído no habría entrado. Para verte en pelotas... Ya me dirás.

—¡Quieres largarte!

—¿No puedo...?

—¡No!

Su hijo mayor se marchó cerrando la puerta. Lo último que percibió fue su murmullo de descontento.

A fin de cuentas, cada día era la misma historia: un cuarto de baño para cuatro. Pronto acabarían tomándolo al asalto, en plan barricada. El primero que llegase se haría fuerte en él.

Recuperó su sensación de aislamiento y soledad, pero solo en parte. Ya no podía quedarse allí disfrutando de la ducha impunemente. Había renunciado a mucho más que su individualidad el día que decidió ser padre, y teniendo un hijo y una hija, esa responsabilidad era doble. Abrió los ojos, tomó la pastilla de jabón, se lavó y se dio tan solo diez segundos de más para aprovechar la calma y la bendición del agua abrasándole la piel.

Cuando salió al pasillo, de nuevo con el pijama puesto, vio a Ignacio y a Montserrat haciendo guardia con los brazos cruzados.

—¿Habrá casas con dos cuartos de baño? —le endilgó su hija.

—En Pedralbes sí, seguro —le respondió él, más peleón que otras veces —. Pero un sueldo de inspector no da para más.

—Claro, y encima siendo un poli honesto... —se burló su hijo.

—Estás de guasa, ¿no? —Le miró Hilario.

—Sí, hombre, sí. —Se echó a reír Ignacio—. ¡Suspicaaz!

—Ves tú muchas películas americanas de gánsteres. ¿No te estabas orinando?

Se alejó pasillo arriba dejando que ahora se pelearan ellos por el privilegio de entrar primero.

—¡Tú lo dejas todo que apesta! —protestaba Montserrat.

—¡Y tú te tiras una hora mirándote al espejo, pava! —Pasó al ataque Ignacio.

Aceleró el paso. No quiso ni siquiera mediar en la disputa. A fin de cuentas era el mismo *déjà vu* de siempre, repetido todas las mañanas. Ni Roser se metía ya en ello.

Encontró a su mujer vestida y acabando de arreglarse en la habitación de matrimonio.

—¿Tú los oyes? —suspiró él.

—No. Por las mañanas he decidido volverme sorda.

—Fantástico.

—Además, imaginarme una casa con dos cuartos de baño es algo así como la mejor de mis fantasías. —Se estremeció—. ¿Te imaginas?

—No. —Fue cáustico.

—¿Qué tal estoy?

La miró de arriba abajo. ¿Que cómo estaba? Guapa, mucho. Y cuando se ponía, se ponía. Iba de lo más elegante.

—¿Vas a una entrevista de trabajo o directamente a cenar con el dueño?

—Gracias. —Sonrió de oreja a oreja.

Un trabajo. En esas andaban. Hilario sintió un deje de amargura. Con dos hijos ya mayores, de diecisiete y dieciséis años, la universidad a la vuelta de la esquina y su sueldo...

Sí, en las películas americanas los polis eran corruptos, todos.

En la España de Franco eran del Régimen.

Casi todos.

—Si no te lo dan no te traumates —le recomendó Hilario—. A lo mejor a uno de nuestros dos hijos le regalan una beca. O a los dos.

—Optimista.

—Ya.

Se quitó el pijama y empezó a vestirse volviendo a sentir frío. Al otro lado de la ventana, a lo lejos, el Tibidabo seguía cubierto de nieve. Había sido un fin de semana gélido, con toda Barcelona temiendo que se repitiera la gran nevada de Navidad del año anterior. Se decía que, salvo en la ciudad, los alrededores seguían blancos.

La ropa estaba fría.

—Algún día inventarán algo para que la ropa esté caliente por la mañana en invierno y fría en verano, pero mientras tanto... —lamentó.

Roser seguía dándose los últimos toques delante del espejo.

—Ayer, al salir del cine, no comentamos la película —se quejó.

—Porque nos tropezamos con esos pelmazos —rezongó Hilario.

—A mí me gustó mucho, la verdad, y el final... me pilló por sorpresa.

—Yo ya lo imaginé cuando investigan el contenido. ¿Qué podía valer tanto dinero si no es un sello?

—¡Oh, sí, mira, el gran detective! ¡Hércules Poirot! Pues la gente normal no tiene tus dotes.

—No es eso, mujer, pero...

—Nadie del cine se habría imaginado lo del sello, eso seguro.

—Porque debía de ser el único inspector de policía.

—Lo que no sé es por qué la película se llama *Charada* —reflexionó ella.

Hilario no tuvo tiempo de contestar. Ignacio apareció en la puerta, con su eterna cara de chiste. Porque Ignacio tenía cara de chiste, había que reconocerlo. Simpático, divertido, truhan...

Imprevisible.

—¿Ya hay planes para Navidad? —les preguntó.

Sus padres se miraron.

—No, todavía no —reconoció ella.

—Pues a ver si nos organizamos, ¿eh? Que luego todo es improvisar y los demás vamos de cráneo.

Hilario y Roser volvieron a mirarse.

—¿Pero tú oyes a ese? —suspiró él.

—¿Qué has de organizarte tú? —le preguntó ella.

—La vida, digo. Saber cuándo tendré tiempo de salir con los amigos y todo eso. No todo va a ser familia y rollo.

—Serás debidamente informado de todo, no te preocupes —fue contemporizadora Roser—. Pero tus amigos también tienen familia, te lo

recuerdo. Y son días para eso.

—Sí, ya.

Hilario abrió la boca pero su hijo ya no estaba allí.

¿Una beca? No, más bien todo lo contrario. Ignacio picaría piedra, es decir, trabajaría de día y, como mucho, estudiaría algo técnico de noche. Montserrat en cambio lo tenía más claro. Eso si no se complicaba la vida con novios y demás, porque desde que había hecho el cambio y estaba tan guapa los moscones no paraban. El último era aquel tal Pepe.

Por Dios, ¿qué costaba llamarse José?

—Desde luego, qué barbaridad. —Roser volvió a irrumpir en sus pensamientos—. ¡Navidad ya la semana que viene! ¿Pero cuándo se me ha pasado a mí este año? —Miró a su marido y agregó—: Estos días estaréis tranquilos, ¿no?

—¿Por qué? —Acabó de ponerse los pantalones y se levantó para anudarse el cinturón.

—En Navidad todo el mundo es bueno, no hay delitos, y menos de los gordos.

—¿Tú no sabes que en Nochebuena es cuando más peleas familiares hay y más se llama a la policía?

—No.

—Pues sí. Se reúnen las familias, se bebe de más, salen los problemas de todo el año, que si la hermana rica, que si la hermana pobre, que si los cuñados, que si herencias mal repartidas... Eso sin contar los suicidios.

—¡Anda ya!

—La gente que está sola, el marido que acaba de perder a su mujer o la mujer que acaba de perder a su marido, la amante que sabe que él está con la esposa y los hijos...

—¡Hilario!

—Mujer, es lo que hay. Yo no me invento las estadísticas.

—Desde luego... Eres la alegría de la huerta. —Se miró por última vez y se cambió los pendientes antes de dar por finalizado su arreglo—. Bueno, ya está. Me voy.

—Ven.

—Hilario, que estoy maquillada —protestó ella.

—Ven.

—Pesado.

Se detuvo delante de su marido. Olía bien. Muy bien. Hilario tuvo que

refrenar el deseo. Le dio un beso en la nariz y otro, apenas un roce, en la punta de los labios. No la abrazó, para no arrugarle el vestido, ni le tocó el bien ornamentado pelo. Luego la miró a los ojos.

Para él seguía siendo la niña de siempre.

—Te quiero.

—Y yo a ti, pero si me regalas rosas sin más pensaré que tienes un lío y mucha culpa.

—Tú y tu sentido del humor...

—Te recuerdo que cuando éramos novios un día me dijiste que nunca lo perdiera, que era parte de mi atractivo.

—¿Yo te dije eso?

—¡Oh, sí!

Por el rabillo del ojo vieron, al unísono, a Montserrat asomada a la puerta envuelta en una toalla.

—¿Todavía estáis así? —les dijo.

—¿Cómo quieres que estemos? —Abrió los ojos él.

—Como todos los padres.

—¿Y cómo están los...?

Montserrat ya se había ido.

—Espera, ¡espera! —Roser fue tras ella—. ¿Qué has querido decir con eso?

Hilario se quedó solo. Las mañanas y las cenas solían ser de lo más divertidas.

—Ya. —Soltó un bufido de sarcasmo.

¿Cuándo se habían convertido Roser y él en adultos? ¿Y cuándo habían dejado de ser niños Ignacio y Montserrat?

Se miró las manos.

Vacías.

Luego volvió a mirar el Tibidabo, blanco y frío.

Se estremeció y se puso la camisa.

Ojalá tuvieran unas Navidades tranquilas, sí. Y ojalá, como decía Roser, los «malos» se tomaran unas vacaciones para estar en familia. Incluso ellos.

El año había sido bastante duro.

Sobre todo con su herida de bala, la denuncia a Peláez y los dos últimos casos «gordos», la muerte del censor y lo del general Aramburu.

Solo faltaba aquel ambiente gélido.

Acabó de vestirse sin querer escuchar la discusión entre sus hijos y su

mujer.

2

En comisaría estaban en cuadro por la gripe. Hasta Pablo García había sucumbido a la fiebre y al cuadro habitual de vómitos, mareos y pérdida de toda fuerza física para mantenerse en pie. Que no estuviera el comisario no dejaba de ser una suerte de bendición, sobre todo para él.

Seguía en la cuerda floja, con casi todo el cuerpo en su contra por haber denunciado a Martín Peláez.

Entró un poco distraído, con la cabeza en las nubes, así que no se esperaba encontrarse con la bestia.

Antonio Creix.

El comisario Creix.

Lo primero que vio de él no fue su cara, grave y seria, sino la gota de sangre que manchaba su blanca camisa. No tenía rastros en las manos, nada hacía presumir que viniese de machacar a alguien en los sótanos de la Central, solo aquella mancha delatora.

Hilario sintió pena por el desgraciado que estuviese interrogando allá abajo.

Iba a seguir su camino, pero no pudo.

—Usted es Soler, ¿verdad? —Lo detuvo el hombre.

—Sí, señor.

—Resolvió el caso del general Aramburu hace unos días.

—Así es.

Antonio Creix enderezó la espalda.

—Una pena, ¿cierto?

Hilario no supo qué decir.

¿Una pena, por qué, para quién?

—A eso nos llevó la Cruzada —continuó el comisario responsable de la Brigada Político-Social de Barcelona—. A volver locos a muchos grandes y buenos hombres.

¿Le decía que la «Cruzada» había terminado hacía veinticinco años y que Aramburu había sido un pederasta asesino de niñas?

—Sea como sea, enhorabuena. —Le palmeó el hombro Creix—. Tuvo

usted agallas. Otros se habrían cagado en los pantalones.

—Gracias, señor.

Ernesto Quesada pasó por su lado con la cabeza baja y se perdió escaleras arriba. Hilario se sintió muy solo.

La misma mano que torturaba a los detenidos de la Brigada le palmeaba el hombro.

Antonio Creix había sustituido al comisario Polo aquel mismo año. Él y su hermano Vicente eran unas auténticas bestias. Antonio había estado en 1958 en la sede del FBI, en Estados Unidos, aprendiendo tácticas para arrancar hasta el último aliento de un sospechoso. Se decía que los interrogatorios, por un lado, eran ya de lo más sofisticado, pero por el otro las técnicas empleadas eran las más salvajes, desde golpear a un detenido en corro, implantarle electrodos en los testículos, ponerles bolsas de plástico en la cabeza para ahogarlos u obligarlos a permanecer quietos, atados, en posturas de lo más dolorosas. Eso sin olvidar el goteo de golpes, en las plantas de los pies, hígado, riñones, articulaciones.

Viendo a Creix, cualquier atisbo de democracia y fin de la dictadura parecía muy, muy lejano.

Antonio Creix se apartó de su lado e Hilario subió las escaleras lo más rápido que pudo. No se extrañó de que Quesada le esperase arriba.

—Buenos días.

—Hola, Quesada.

—No sabía que fueran amigos.

—Y no lo somos.

—No lo parecía.

—¿Quiere que me ponga de mala hostia de buena mañana?

—No, no. —El subinspector se puso pálido—. Perdone.

—Pues hala, a ver que nos depara el día.

Fue a su mesa y Quesada se dirigió a la suya. No hubo más salutations, solo las habituales miradas esquivas del resto. No importaba que Martín Peláez hubiera arrojado por la ventana a un chico. Importaba que él, Hilario Soler, su compañero, lo hubiera denunciado. Era un traidor. Con la exoneración de Peláez hacía menos de un mes, encima quedaba marcado. El comisario García le encomendaba los peores asuntos, los asesinatos más desagradables y urgentes. Bastaría un tropiezo para que acabase en archivos o algo peor.

Hilario miró el montón de carpetas de casos sin resolver, en proceso de

investigación, la mayoría en punto muerto. Ninguno como el de la muerte de aquel censor en septiembre o el del general Aramburu en noviembre.

—¡Quesada! —llamó.

Ernesto Quesada se levantó y acudió a su encuentro. Por lo menos habían hecho un buen equipo. Era el único que creía en él, no le cuestionaba y le apoyaba. Un buen policía, joven y lleno de futuro si no se embrutecía o le estropeaban. En el fondo, habría estado muy solo sin su colaboración.

—No quería ser grosero —se disculpó Hilario.

—Ya lo sé, no se preocupe.

—Es que ese Creix...

—Lo imagino.

—¿Usted ha bajado al sótano a husmear?

—¿Yo? —Se estremeció—. ¡Dios me libre!

—A veces parece que todavía estemos en guerra.

—¿No lo estamos? —Aventuró una sonrisa el subinspector—. Encima ahora tenemos el TOP.

El día 5, apenas once días antes, se había creado a nivel nacional el Tribunal de Orden Público, para apretar un poco más las tuercas a todos los que se opusieran de alguna forma al Régimen. El TOP estaba destinado a ser el juez máximo en el futuro de la represión social.

Hilario volvió a mirar la pila de expedientes.

Lo mejor era salir de allí cuanto antes e investigar algo, lo que fuera. A veces la comisaría se le caía encima.

Una pesada losa.

—¿Sabía que este edificio fue primero una casa noble y después un hotel? —le dijo de pronto a Quesada.

—¿Esto, la Central?

—Sí.

—Ni idea.

—¿Por qué se cree que tiene una acera el doble de ancha de lo normal en la Vía Layetana? Pues porque el dueño era un rico empresario y se la hizo así para poder entrar bien con su carruaje.

—O sea que siempre ha habido prebendas para los ricos.

—Faltaría más. —Soltó un bufido—. En 1929 el hombre vendió el edificio y se convirtió en uno de los hoteles que acogió a la gente que vino a la Exposición Universal. Luego, ya en 1931, con la proclamación de la Segunda República, se instaló aquí la Comisaría de Orden Público, al mando

de un tal Federico Escofet.

—Oiga. —Quesada se apoyó en la mesa—. ¿Cómo sabe usted tanto?

—Me gusta saber dónde estoy.

—¿Cuándo pasó a ser la Jefatura Superior de Policía de Barcelona?

—Al acabar la guerra. En 1941 se creó la Brigada de Investigación Social, la BIS, comandada por Eduardo Bóveda, para reprimir los restos de la oposición al Régimen. Pero había tanto trabajo, con la guerrilla, los maquis, que se acabó creando una brigada de servicios especiales. La que dirigió Pedro Polo. Al jubilarse Polo llegaron los Creix y... aquí estamos.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Ya que damos clase de formación...

El timbre del teléfono impidió la pregunta de Ernesto Quesada. Los dos miraron el negro aparato con la misma sensación de mal augurio. Fue Hilario el que lo descolgó y se llevó el auricular al oído.

—Inspector Soler, le paso al comisario. —Escuchó la voz de Rita.

Apretó las mandíbulas.

No, los «malos» no descansaban ni en Navidad ni en la semana anterior a la Navidad.

Incluso tuvo un presentimiento de lo más negativo.

Esperó.

La nueva voz, la de Pablo García, le llegó envuelta en tos y carraspeo, marcada por la gripe y un fondo gutural que endurecía aún más la ya de por sí áspera entonación de su superior.

El peor de los presagios se cumplió.

—Soler, deje lo que esté haciendo.

Ni «buenos días».

—¿Algo grave, comisario?

Hubo un acceso de tos, así que la respuesta se demoró unos segundos. Como si pudiera contaminarse a través del hilo telefónico, Hilario apartó el auricular de su oído. Plegó los labios. Quesada ya estaba también en guardia. Al reaparecer la voz el resto fue más rápido.

—¡Mierda! —Escuchó la protesta de Pablo García a cuenta de su salud—. ¡Maldita sea! ¿Sigue ahí?

—Sí, señor.

—Pues marchando, que esto, antes de Navidad, puede ser una bomba. —Y se lo dijo—: Han matado a una monja, ¿puede creerlo? Una pobre anciana de casi setenta años.

3

Conducía Quesada y no llevaban la sirena puesta. Hilario la utilizaba en raras ocasiones. Con el frío, extrañamente, el tráfico tampoco era excesivo. O había una plaga de griposos más abundante de lo normal, o la imagen del Tibidabo blanqueado por la nieve provocaba más deserciones urbanas de lo habitual en los meses de invierno.

Hilario tenía las últimas palabras de Pablo García clavadas en la mente:

—¡Por Dios, Soler, resuélvalo cuanto antes!

Resolverlo cuanto antes.

Así de fácil.

Una monja de casi setenta años.

—Otra vez, ¿no?

—¿Qué? —Regresó al mundo consciente.

—Digo que otra vez estamos con lo mismo —insistió Quesada.

—¿A qué se refiere?

—Cuando nos dieron el caso del general Aramburu, usted dijo que en este país había dos cosas intocables, la Santa Madre Iglesia y el glorioso Ejército Nacional, y que nos había tocado una de las dos.

—Lo recuerdo.

—Pues ya ve: ahora la otra.

—Debería pedir un cambio de compañero.

Quesada le miró de soslayo.

—¡Ah, no! —Fue tajante—. Me lo paso bien y eso también cuenta.

—¿Habla en serio?

—Ajá.

—No sabía que uno se hacía policía para pasarlo bien —refirió Hilario.

—Yo también creo que en unos años todo será diferente, y que hemos de estar preparados para el cambio. —Fue sincero.

—Unos años pueden ser muchos.

—Estamos en los sesenta. Creo que ahora todo va más rápido. Ya ve que hasta mandamos naves al espacio.

—Las mandan los rusos y los americanos, nosotros seguimos yendo en

burro.

—Mire. —Quesada se puso serio—. Un tipo como Creix todavía puede torturar hoy, pero no sé yo si en esos pocos años que le digo...

—A veces una buena hostia ayuda.

—¿Qué, me hace ahora de abogado del diablo? Usted no es de los que pegan hostias, hombre.

—Y usted siga teniendo amistades peligrosas como yo y ya verá, ya.

Ernesto Quesada se echó a reír. Hilario no tuvo más remedio que secundarle. Eludieron a una mujer abrigada y abufandada, a la que solo se le veían los ojos, al saltarse un semáforo en rojo. La mujer les dijo algo en señal de protesta. La gente iba por la calle como si vivieran en Laponia o el Polo Norte. Quizá a medio día la temperatura subiera un poco, pero todavía recién iniciado era gélida.

—¿Qué le ha dicho el comisario? —preguntó Quesada, incapaz como siempre de mantener la boca cerrada yendo en coche.

Peor que Roser.

—No más de lo que le he contado. Monja, María de la Paz Suñol, de las Hijas de la Caridad, y que esta mañana alguien la ha empujado escaleras abajo en el piso donde vivía.

—¿Un piso? Será en el convento, ¿no?

—No, un piso. Era asistente social. Trabajaba o colaboraba en un hospital.

—¿No se habrá caído ella sola?

—Han oído una pelea y han visto salir a alguien corriendo. Es todo lo que sé.

Quesada movió la cabeza de arriba abajo un par de veces, asimilando la noticia.

—Y una semana antes de Navidad —lamentó.

—No sé si eso lo complica o lo hace más fácil —reconoció Hilario—. Siempre había creído que el círculo de amistades de una religiosa era bastante cerrado. Debería ser un caso fácil.

—Si fuera fácil se lo habrían dado a otros.

—Hombre, García no sabe si va a ser fácil o difícil.

—¿Sigue de abogado del diablo? ¡Es una monja, inspector! ¡Pinta mal, y como pinta mal, hala, al Dúo Dinámico!

—¿No me diga que nos llaman así?

—Eso me lo acabo de inventar yo, tranquilo.

—Me pido Ramón Arcusa, que es más guapo.

Quesada soltó una carcajada.

—¿Lo ve? Siempre es mejor empezar de buen humor.

—¿Y a usted qué le pasa hoy? Lo veo muy animado.

—Nada. —El subinspector se encogió de hombros.

—Antes iba a preguntarme algo y la llamada del comisario le ha interrumpido.

El subinspector hizo memoria.

—¡Ah, sí, ya que hablábamos de la Central y de esas cosas...! ¿Es cierto lo que dicen de la Brigada Político-Social?

—¿Y qué dicen?

—Que a ella van a parar los tontos, los que no pueden acceder a homicidios, como nosotros.

Le tocó el turno de sonreír a Hilario.

—Vaya con lo que me sale —dijo.

—¿Es cierto o no?

—Pues claro que es cierto. —Le dirigió una mirada maliciosa—. A ver, ¿cuando quiso ser policía en qué pensó?

—¿Yo? Pues... No sé, veía siempre a Humphrey Bogart en las películas, tan duro, tan íntegro, resolviendo casos...

—Con rubias despampanantes.

—Bueno, aquí de rubias pocas, pero morenas sí, claro.

—Usted quería resolver asesinatos.

—Sí.

—¿Sacó buenas notas?

—Sí.

—Y aquí está: a sus años subinspector en homicidios y con un claro futuro.

—Sí —manifestó por tercera vez Quesada.

—¿Por qué unos lo logran y otros no? ¿O no cree que todos sueñan con lo mismo, ser el Humphrey Bogart de turno y resolver crímenes?

—Los que sacan malas notas en los estudios para meterse en el cuerpo no pueden llegar a homicidios, porque para investigar un asesinato hace falta cabeza, saber pensar —resolvió su compañero.

—Ya lo ha pillado.

—O sea que sí, que a la Brigada Político-Social van los más paletos.

—No conseguirá que me delate.

—Pero es así.

—Usted lo ha dicho —asintió Hilario.

—Por eso son también los que no les importa torturar a un desgraciado.

Basta con tener mala uva.

—Llámelo cultura, Quesada.

Esta vez sí, se detuvo en un semáforo porque pasaba una mujer con tres niños pequeños y solo dos manos para sujetarlos.

Apenas si fueron cinco segundos de silencio, hasta que volvió a poner en marcha el vehículo.

—Parece mentira que vayamos a resolver un asesinato. —Recuperó la palabra—. Los dos aquí de cháchara...

—A usted le gusta hablar.

—Vaya. —Quesada se puso rojo—. Perdón, lo siento.

—No importa. Si los dos fuésemos mudos seríamos insoportables. Y hablar relaja.

—O aclara las cosas si es acerca del caso. Pero claro, como mi mujer dice que soy un poco ostra...

—¿No le habla de los casos policiacos?

—No.

—Bueno, hace bien —reconoció Hilario—. Yo tampoco comparto mucho, salvo que esté muy agobiado y necesite explayarme para que no se me quede todo dentro.

—¿Qué le dice su mujer?

—No mucho. No se mete. Es bastante irónica y socarrona.

—La mía me dice que tenga cuidado y, sobre todo, que no me peguen un tiro.

—También habrá visto muchas películas americanas, en las que se dispara antes de preguntar. ¿No le ha dicho usted que aquí nunca hay tiros?

—¡Caray, la última vez sí los hubo!

—Me salvó la vida, sí, es verdad —suspiró Hilario.

—No se lo conté a ella. Primero porque me cargué al asesino aquel, y segundo porque me habría dicho que pudo ser al revés y a lo peor usted no tenía tan buena puntería.

—La tengo, descuide.

—Pues es un consuelo.

Aminoró la marcha al acabar de hablar y se orientó para buscar las señas que les habían dado. No tuvo que rodar mucho a ciegas porque a los pocos

metros se encontraron frente a la placita en la que se congregaban tanto los efectivos policiales como los curiosos atraídos por el tumulto. A un lado, un hospital de dos plantas, pequeño, recoleto. Al otro, separados por un jardín, un edificio igualmente pequeño que hacía esquina con la calle por la que habían circulado.

Toda la atención se centraba en el edificio, en torno a la puerta de entrada.
—¡Vamos allá! —exhaló Quesada.

Hilario se subió las solapas del abrigo y salió al exterior para enfrentarse, lo primero, al frío.

4

La placita estaba tan perdida a los pies del Tibidabo, que todavía mostraba restos de nieve en las zonas arboladas. Hilario no la conocía. Jamás había pasado por allí, al menos que recordase. Lo primero que le llamó la atención fue la mezcla de uniformes policiales y hábitos religiosos. Agua y aceite. Los policías tenían los rostros serios y graves. Las religiosas lloraban o rezaban, en solitario o abrazadas unas a otras. Formando un cerco, de paisano, los curiosos, ávidos de noticias y sensaciones, escrutándolo todo con ojo crítico.

Al verlos, un oficial se acercó para recibirlos y saludarlos.

—Por aquí —los invitó a seguirle.

Se abrieron paso entre lágrimas y rezos, entre suspiros en los que se mezclaban los «pobre hermana, con lo buena que era» o los «¿quién habrá podido hacer algo así» y los «Padre nuestro, que estás en los cielos». El vestíbulo de la casa era muy angosto, lo mismo que la escalera que subía al primer piso. Además de la planta baja, convertida en una especie de almacén, desde el exterior se contaban tres plantas.

La muerta estaba al pie de la escalera, como todos los cadáveres caídos por una o despeñados desde una altura considerable, es decir, convertida en un muñeco roto a través de una postura imposible. Ni siquiera había sangrado. Además de la cabeza y otras lesiones interiores, debía tener una docena de huesos rotos. A simple vista un brazo y una pierna. Se le había soltado el tocado que le cubría el pelo y un hirsuto entramado de blancas guedejas formaba remolinos por encima de la frente. Tras la caída estaba boca arriba, con el pie izquierdo todavía encima del último escalón.

Quesada se arrodilló para examinarla.

—¿Estaba así? ¿No han tocado nada? —preguntó Hilario.

—Creo que una de las monjas le ha bajado la falda —dijo el policía—. Por pudor, ya sabe.

—¿Quién vive aquí?

—Algunas de las monjas que atienden en la clínica de aquí al lado. Es un centro de maternidad o algo así.

—¿Y cuántas son? —Levantó la cabeza para ver el final de aquel tramo de escalera, coronado por un pequeño rellano y con la puerta a la derecha.

—Cinco. Dos viven en el piso superior, otras dos en el intermedio y ella —señaló a la muerta— en el primero, ahí arriba, al final de este tramo.

Hilario imitó a Ernesto Quesada. Se acuclilló junto al cadáver y lo examinó visualmente. ¿Setenta años? Bueno, la edad de una monja podía ser indefinible. En todo caso la piel de su rostro estaba muy arrugada. La dentadura de su boca estaba torcida, aunque no supo si era por tener la mandíbula desencajada o si se trataba de una postiza. Alguien le había bajado también los párpados, porque la cara era de sorpresa ante lo inesperado de la muerte y lo más lógico era que esta la hubiese alcanzado con ellos abiertos, aterrorizada mientras caía.

Sin moverse de donde estaba miró escaleras arriba.

Contó diecisiete peldaños.

Peldaños de piedra, con cantos vivos.

Cuando se levantó, tocó la barandilla, de madera.

Quizá hubiera intentado agarrarse a ella, quizá no.

—Han informado de una pelea y de que alguien ha salido corriendo —se dirigió de nuevo al policía que le estaba poniendo al día.

—Se han oído unas voces, alteradas, y luego el grito de sor María al caer. Una de las hermanas se ha asomado a la ventana y ha visto correr a una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Hora?

—Pasadas las ocho.

Mientras él hablaba con Roser, antes de irse de casa.

—¿Y en la calle nadie ha visto nada?

—A esta hora no había nadie cerca, y menos de la puerta. La gente que va a la clínica lo hace por el otro lado.

—¿La discusión ha sido violenta?

El policía se encogió de hombros.

—La única monja que la ha oído dice que ha sido breve. Cuando se ha asomado a la escalera tras el grito y los golpes de la caída, ya había pasado todo. Entonces ha sido cuando se ha asomado a la ventana.

—De acuerdo. —Movié la cabeza de arriba abajo y se enfrentó a los hechos—. ¿Todas esas monjas...? —Señaló a las que lloraban o rezaban en la

calle.

—Son de la congregación —continuó el policía, preparado de antemano para el alud de preguntas iniciales—. La muerta era muy apreciada.

—Pues ya puede ir separándome a las que viven aquí para interrogarlas.

—Tres estaban en la clínica, inspector. La única testigo es aquella.

Hilario miró en la dirección señalada.

Una monja oronda, casi tan ancha como alta, con gruesas gafas de pasta negra y poco menos que octogenaria, dominaba el corro de hábitos con su imponente presencia. Las que la rodeaban rezaban bajo su mando.

—¿Cómo se llama? —quiso saber.

El policía examinó sus notas.

—Es la hermana Teresa Coca Puigpelat.

—¿Y las otras tres?

Nuevo examen a su libreta.

—Gabriela Mora Recasens, Virtudes Alonso Ayllón y Benedictina Auladell Matas.

—¿Están ahí, entre todas esas?

—Sí.

—De acuerdo. —Miró a Quesada—. Usted, con ellas, a ver qué le cuentan. Yo hablaré con la testigo.

Fue el policía el que caminó hasta la hermana Teresa mientras Hilario la esperaba en el vestíbulo. De lejos vio cómo la monja se santiguaba y decía que no con la cabeza. El policía regresó junto a él.

—Dice que no puede soportar verla, que bastante ha hecho con pasar por su lado.

El cuerpo seguía allí, tal cual.

—Entiendo. —Se resignó Hilario—. ¿Cuándo levantarán el cadáver?

—Ya no creo que tarde. Han tenido que sacar al juez de la cama.

—¿Gripe?

—Sí.

—Lo que nos faltaba.

Ahora fue Hilario el que caminó hasta la hermana Teresa. Ante su presencia, las monjas dejaron de rezar y el murmullo de sus voces se extinguió lentamente.

—He de hablar con usted, hermana —se dirigió a ella con mucha cautela.

—Claro, claro. —Volvió a santiguarse—. ¡Dios Todopoderoso, qué tragedia, qué tragedia!

Las demás monjas empezaron a hablarle a coro.

—¡Sea fuerte!

—¡El Señor la ayudará!

—¡Usted tranquila!

Hilario la tomó por el brazo y la apartó unos metros. Él se puso de cara a la puerta del edificio, para ver cuándo retiraban el cuerpo de la muerta y, de paso, evitarle a ella la visión de la escena. Era la primera monja con la que hablaba en su vida y eso le imponía un poco. No tenía ni idea de cómo tratarla.

—Perdone que la moleste, pero ha de comprender...

—Cumple con su obligación, hijo. No se preocupe por mí. Más de lo que vi en la guerra... Claro que a mis años, y en plena paz, algo tan terrible... Pregunte lo que desee.

O tenía ánimo, o no le importaba el protagonismo.

Tal vez las dos cosas a la vez.

—Más bien le pido que me cuente lo que recuerde, despacio, tratando de precisarlo todo de la mejor forma posible.

La hermana Teresa tomó aire.

—Pues verá, yo estaba en mi piso, el tercero, ya se lo habrán dicho — inició su relato—. Rezaba antes de enfrentarme a mis quehaceres diarios y en medio del silencio escuché las voces, fuertes, airadas. Primero no las reconocí. Luego sí: una era la de la hermana María de la Paz, porque tenía un tono muy grave. Dejé de rezar, me asomé a la escalera, aunque como es angosta no se ven los pisos inferiores, y al instante escuché los golpes. No comprendí qué sucedía, la verdad y, no sé por qué, como cada vez me cuesta más bajar, volví a meterme en el piso para asomarme a la ventana. Entonces vi a la mujer que corría.

—¿Está segura de que era una mujer?

—Sí, sí, lo estoy.

Hilario examinó los cristales de sus gafas.

—Veo bien. —Se dio cuenta ella—. Y también tengo buen oído, ya ve, a mis años.

—Perdone, no quería...

—Además, la que huía llevaba faldas.

—¿Edad?

—Eso ya no puedo precisárselo. Solo la vi de espaldas y, durante un segundo o dos, antes de que doblara la esquina.

—¿Corría muy rápido?

—Sí, mucho, y de una forma... ya sabe, espantada, agitando los brazos así. —Los movió en el aire.

—¿Oyó alguna frase de la disputa con claridad?

—Sí, las últimas antes de la caída, aunque primero no supe muy bien a qué se debía el ruido. El grito de la hermana María de la Paz fue tan intenso como breve, y el silencio posterior...

—¿Qué fue lo que dijeron?

—La otra persona gritó «¡Dígame!».

—¿Voz de mujer?

—Sí.

—¿Y la hermana María?

—Ella le respondió «¡No, es tarde! ¡Te lo merecías! ¡Es el castigo de Dios!».

—Luego...

—La otra gritó «¡No! ¡Cállese!» y casi a continuación llegaron el alarido y los golpes. —Se estremeció—. Jamás podré borrarlos de mi memoria, se lo aseguro. Mi pobre y querida hermana... Cada golpe debió de ser una tortura. —Empezó a llorar.

—¿Está segura de que escuchó exactamente esas palabras?

—Señor, ¿cómo olvidarlas?

Sacaban el cadáver de la hermana María, en una litera y cubierta por un sudario blanco. Hilario dejó que la testigo llorase unos segundos, para liberar tensiones. Luego le pasó una mano por encima de los hombros y la recondujo de nuevo hacia la entrada de la casa.

—No... —gimió ella deteniéndose.

—Ya no está. No sufra.

Logró introducirla en el vestíbulo. La hermana Teresa no solo se santiguó una vez más, sino que rodeó el lugar en el que había estado su compañera. Subieron despacio, sin que ella dejase de murmurar cosas.

—Nunca podré acostumbrarme... No voy a poder seguir viviendo aquí... Santo Dios, que mortificación...

Desde abajo no se veía, pero sí subiendo la escalera: uno de los peldaños estaba roto y parecía haber un resto oscuro en la grieta. Posiblemente sangre, aunque no la hubiera en el vestíbulo.

Cuando llegaron a la tercera planta, que en realidad era la cuarta contando el primer tramo de escalera, la monja jadeaba pese a su manifiesta agilidad.

Abrió la puerta con una llave que sacó de alguna parte, por debajo de sus hábitos, le franqueó el paso a él y entonces Hilario se encontró con una vivienda más que reducida. Una salita, dos puertas que daban a dos habitaciones, otra que daba a un baño y la cuarta a la cocina. Puro pragmatismo.

—¿Puede repetir los mismos pasos que ha dado?

—Sí, claro.

En la salita había un reclinatorio. Lo ocupó. Cerró los ojos, juntó las manos, y acto seguido interpretó una magnífica puesta en escena rememorando los acontecimientos de un rato antes.

—Los gritos —se levantó—, he ido a la puerta, la he abierto, me he asomado... —Era imposible ver nada porque no había hueco de escalera. Ni siquiera se vislumbraba la totalidad del rellano siguiente—. Entonces he vuelto a entrar, he ido a la ventana, también la he abierto, me he asomado...

Veinte segundos. Quizá ella se hubiese demorado más la primera vez, sobre todo en la escalera. Pero como mucho serían veinticinco o treinta.

Tiempo justo y suficiente para ver a la asesina.

—¿Reconocería a esa mujer?

—Corría de espaldas. —Puso cara de pena—. Y con el abrigo...

—¿De qué color era?

—Marrón claro.

—¿Vio algo más? ¿Falda, zapatos?

—No, no. Lo siento.

—¿Qué ha hecho después?

—Pues... bajar la escalera, encontrarme con ella, ver que estaba muerta y... Puede imaginarlo, ¿no? Echar a correr dando gritos hacia la clínica, para llamarlos antes de que me diera algo.

—Ha sido usted muy valiente —asintió Hilario.

La hermana Teresa sostuvo su mirada.

—Sí, ¿verdad? —dijo como una niña asustada pero complacida por el halago.

5

Se reunió con Ernesto Quesada en la calle, cuando iba en su busca después de hablar con las otras tres monjas. Ahora que se habían llevado el cadáver de la hermana muerta, el revuelo exterior menguaba de forma rápida.

—¿Algo importante?

—No. —Fue parco el subinspector—. Dos se han levantado a las cinco de la mañana y la otra a las seis. Son más jóvenes. Las tres estaban en la clínica a la hora del crimen.

—¿Qué hacen en ella?

—Atienden en maternidad.

—¿Todas?

—La muerta era algo así como la jefa. Se encargaba de casi todo. Son asistentes sociales. Por lo visto aquí vienen mujeres de todos los estratos sociales, y muchas de ellas son pobres, no tienen medios, son madres solteras... Las tres con las que he hablado dicen lo mismo, que la hermana María era una santa, que no tenía enemigos, que todo el mundo la quería. Abnegación total.

—Pues alguien se ha enfadado con ella lo bastante como para empujarla escaleras abajo.

—¿Y la testigo, qué le ha dicho?

—Poco. Mujer, abrigo marrón claro, posiblemente joven porque corría mucho... Ha podido escuchar el diálogo final. Lo que sí parece claro es que quien la ha empujado no ha salido de inmediato de la casa. Ha bajado ese tramo de escalera, ha comprobado el estado de la monja y, al ver que estaba muerta ha salido a la carrera. Por eso la hermana Teresa ha alcanzado a verla desde la ventana.

—Así que puede haber sido accidental.

—Probablemente ha sido accidental. Un arrebató en plena disputa verbal, el empujón y la caída, todo en un pronto. Pero la ha matado, así que es homicidio, involuntario pero homicidio al fin y al cabo.

—¿Vamos a la clínica?

—No, primero me gustaría ver el piso de la muerta. —Hilario recordó

algo—. Habrá que pedir una llave a alguien.

Quesada introdujo la mano derecha en el bolsillo de su abrigo. Extrajo de él un pequeño manojito de llaves.

—¿Y eso? —Levantó las cejas Hilario.

—Las llevaba encima al salir del piso, y el policía que ha llegado primero para examinar su cuerpo las ha cogido para darnoslas.

—Bien —asintió él—. Da gusto cuando las fuerzas del orden se coordinan.

Subieron el tramo de escaleras hasta llegar al rellano. No pisaron el escalón con la pequeña rotura. Hilario logró abrir la puerta con la segunda de las tres llaves del manojito. El piso era exactamente igual que el de la hermana Teresa, una salita, dos habitaciones, cocina y baño. También en él había un reclinatorio para rezar y ningún lujo, con las paredes desnudas salvo por la presencia de una Santa Cena y un crucifijo. Una de las habitaciones ni siquiera tenía la cama hecha. En la otra, la de la muerta, sí, pulcramente. Un crucifijo y un retrato de Jesucristo completaban la decoración. Sobre la mesita de noche, una Biblia.

La sorpresa llegó al abrir el armario.

Además de la ropa de cama y de la hermana María, en uno de los cajones encontraron diversos objetos de tortura, o más bien de autotortura, dos cilicios, una vara de madera, una especie de cinto metálico con púas, una camisa con forro de metal y otra de pelo animal, muy áspera.

—Dios... —balbuceó Quesada.

—Usted lo ha dicho: Dios —repuso Hilario—. Me temo que tenemos a una mártir.

En el cajón inferior hallaron también medicinas caseras, alcohol, agua oxigenada, desinfectantes, gasas, vendas, parches de calor, aspirinas, pomadas y demás remedios. Un verdadero arsenal.

Hilario no tocó nada, y menos los instrumentos de flagelación.

—En Semana Santa, cuando veo a esa gente arrastrando cadenas, o avanzando de rodillas, ensangrentados, cargando la cruz... me da un no-sé-qué —dijo Quesada.

—Mortificación de la carne. Me pregunto si serán todas así.

—No creo. —Se asustó—: ¿Quiere que se lo pregunte a las demás?

Le bastó la mirada de su superior para saber que no.

—Salgamos de aquí —dijo Hilario.

Unos técnicos examinaban el escalón roto, recogiendo minuciosamente

las muestras de sangre y, tal vez, de tejido humano.

—Lo rompió con la cabeza —manifestó uno.

—Creo que fue cuando murió. Se partió el cráneo —apostilló el otro.

El frío seguía causando estragos. La gente hablaba y un chorro de vaho se extendía por delante de sus rostros. Las monjas continuaban atribuladas, manteniendo su exaltación y sus rezos, lágrimas y angustia. Unas se habían protegido con abrigos o mantas, pero otras, a las que la noticia las había pillado en la clínica, intentaban seguir al pie del cañón con lo puesto.

—¡Yo no quiero volver a subir!

—¡Tampoco nos dejarán hasta que acaben!

—¿Por qué el Señor consiente algo así?

Hilario las observó con aprensión.

—¿Están ahí las tres con las que ha hablado?

—Sí.

—¿Cuál es la más habladora?

—Esa.

—Tráigamela.

Quesada fue a por ella. Su presencia hizo que las monjas se callaran de golpe. Las mujeres solían fijarse en él, por su buena planta, y por muy religiosas que fueran, hicieron lo mismo. Su compañero regresó con una religiosa menudita y de cara achispada, ojos redondos y abiertos.

—¿Cómo se llama?

—Soy la hermana Gabriela.

—¿En qué piso vive?

—En el último.

—¿Con la hermana Teresa?

—Sí. Siempre tratamos de que una mayor esté con una más joven, por si necesita ayuda.

—¿Conocía bien a la hermana María?

—Un poco, sí, por el trabajo, la vecindad...

—¿Por qué vivía sola?

—Tuvo una compañera, pero pasó algo y se fue.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Fue al poco de llegar yo.

—¿Y cuándo llegó usted?

—Hace casi dos años.

—¿Desde entonces vivía sola en el piso?

—Sí.

—¿No tenía habitación en la congregación, o donde quiera que estén?

—El trabajo es continuo y prefería estar aquí.

—¿Sabe si tenía familia?

—No, eso sí lo sé. Estaba sola. La dejaron en una incubadora al nacer. Por esa razón quería trabajar con madres y bebés. Era un ángel.

—¿Cómo se llama esa hermana que vivió con ella?

—No lo recuerdo. Venga. —Le cogió del brazo y tiró de él para llevárselo junto a las otras.

Quesada, que había seguido hipnóticamente el interrogatorio, como otras veces, los siguió.

—Hermanas —sor Gabriela les llamó la atención—, el inspector quiere saber el nombre de la hermana que vivió con nuestra querida María.

La respuesta se la dio la misma hermana Teresa.

—Esperanza Soldevilla.

Hilario se dirigió a ella.

—La hermana Gabriela dice que pasó algo entre las dos. ¿Podría decirme de qué se trató?

La mirada que la hermana Teresa lanzó a su compañera de piso no tuvo nada de plácida, benevolente u octogenaria. Más bien fue un llamado de atención de una superiora a otra.

—La hermana Esperanza perdió la fe —soltó con un estoico latigazo verbal—. Fue expulsada de la orden.

—¿Cuánto llevaban juntas la hermana María y ella?

—Cuatro o cinco años. —La hermana Teresa mantuvo el tono, como si le desagradara profundamente hablar del tema.

—¿Eran amigas?

—Todas lo somos. —Sacó pecho—. Amigas y hermanas, hijas de Jesucristo, nuestro Señor. —Taladró a Hilario por detrás de los gruesos cristales de sus gafas—. ¿Por qué pregunta por la hermana Esperanza, inspector?

—Parece ser la única o la última que ha vivido con la difunta. Pura rutina. ¿Saben dónde puedo encontrarla?

No hizo falta que respondieran. El silencio fue aún más gélido que el frío del ambiente.

Quedaba una pregunta final, y la hizo junto con el amago de dar por terminada la conversación y disponerse a marchar.

—¿Sor María era autónoma?

—¿Qué quiere decir?

—Si funcionaba por su cuenta.

—Colaboraba con el doctor Sugrañes. Era su principal asistente social. —

Volvió a tomar el mando la hermana Teresa.

—¿Solo trabajaba aquí, en esta clínica?

—No, también iba a la del Buen Pastor, con el doctor Pons, Claudio Pons.

—Gracias, hermanas. Y lamento su pérdida.

Se santiguaron por enésima vez.

Las dejaron solas, en plena calle, bajo el frío, y echaron a andar en dirección a la clínica.

6

El nombre del hospital se columpiaba sobre la marquesina de la entrada, sostenida por dos columnas: *Clínica de la Purificación*. El vestíbulo era pequeño, blanco, aséptico. Incluso les pareció demasiado tranquilo hasta que comprendieron que la mayoría de personas, sobre todo pacientes, debían entrar por la puerta de emergencias. Una enfermera alta, delgada, tocada con una cofia y cubierta con una mantellina negra sobre su blanco uniforme, para preservarse del frío, atendía una mesa de recepción impoluta y un teléfono. Sabía de sobra lo sucedido en el edificio contiguo porque nada más verlos se crispó y se quitó las gafas. Los ojos eran almendrados y, como era joven, se fijó más en Quesada que en él.

Hasta que se detuvieron frente a ella y el que habló fue Hilario.

—Queríamos ver al doctor Sugrañes.

—Está en... un parto. —Le vaciló la voz.

—Y no se le puede interrumpir, claro.

—Creo que es complicado, por eso no ha salido ahí afuera al producirse la noticia de... bueno, con los gritos y todo eso.

—¿Sabe cuándo terminan esas cosas?

—No, imposible, pero lleva ya mucho rato. No creo que vaya a tardar demasiado. —Se aclaró la garganta—. Son policías, ¿verdad?

—Inspector Soler. Subinspector Quesada.

—Qué terrible, ¿no? —Tragó saliva.

—Mucho. —Fue condescendiente Hilario.

—Esa pobre mujer...

—¿La conocía?

—Por supuesto. Todo el mundo conocía aquí a la hermana María de la Paz. Era una santa.

—Quiero decir si la conocía bien, si eran amigas o algo así.

—No, eso no —repuso más serena—. Ella iba y venía, siempre amable con todo el mundo aunque muy reservada. Aquí estaba como en su casa. ¿Saben la de cosas que ha hecho por tantas madres y tantos niños como han nacido en esta clínica?

—No, no lo sabemos. De hecho no sabemos nada. Solo hemos hablado con las hermanas del edificio en el que vivía.

—Pues pregunten, pregunten. Todo el mundo le dirá lo mismo, que era una persona única y especial.

—Alguien no le tenía aprecio.

—Entonces... ¿es cierto que la han empujado escaleras abajo?

—Eso parece.

—Dios... —Se llevó una mano al pecho—. Yo no he podido moverme de aquí. No puedo abandonar mi puesto. —Miró a Quesada y luego retorno a Hilario—. Siempre hay una manzana podrida, está claro.

—¿Qué hace exactamente una asistente social?

La enfermera-recepcionista consideró la pregunta.

—Hay muchas madres que necesitan ayuda, consejos, cariño, apoyo... Ella se lo proporcionaba.

—¿Se refiere a ayuda económica o habla de algo espiritual?

—Sobre todo lo segundo. Aquí las monjas son como enfermeras. Desde que ingresa una madre con dolores hasta que se marcha, ellas están pendientes de todo. Llegan muchas jóvenes embarazadas, algunas sin marido. Eso es un trauma muy duro para algunas. Una enfermera cuida del cuerpo, pero una monja cuida del alma.

—¿Dónde podemos esperar al doctor Sugrañes?

Se puso en pie estirando la falda. Tenía unas bonitas pantorrillas. No recuperó las gafas. Se tocó el cabello, para estar segura de que se mantenía firme bajo la cofia, y los precedió por un pasillo situado a su espalda. Sabía que la miraban, así que su contoneo fue de lo más comedido. Abrió una puerta y los hizo pasar. Era una sala vacía con media docena de sillas.

—Por lo menos que avisen al doctor de que estamos aquí —pidió Hilario.

—Sí, señor.

Lanzó una última mirada, muy rápida, a Quesada, y se retiró.

—Bogart —le susurró Hilario a su compañero.

—No sea malo.

—Cuando se trata de interrogar a mujeres, debería hacerlo usted.

—Yo no tengo ese poder hipnótico suyo. Suelta una pregunta detrás de otra y la gente acaba respondiendo casi automáticamente. Ya me gustaría a mí llegar a eso.

—Se aprende.

—Yo creo que es innato.

Hilario miró la hora.

—Vamos a darle al tal Sugrañes diez minutos, no más, aunque de momento no sepa ni por dónde empezar —suspiró.

—¿Cree que nos presionarán desde arriba?

—¿A qué arriba se refiere?

—El clero. Quiero decir el obispado, y puede que los de Gobernación o más.

—No lo sé, pero seguro que no va a gustar nada que se mate a una monja con pinta de santa, y más de las que se flagelan y mortifican. Esas cosas impresionan mucho.

—Y yo que pensaba que lo de los castigos físicos era cosa del pasado, de cuando la Inquisición y demás.

—No. —Hilario soltó aire—. En el Opus Dei recomiendan a sus numerarios el uso diario, y por espacio de dos horas, de los castigos físicos, a excepción de los sábados y domingos.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Caray, Quesada. Un poco de cultura, nada más. Nunca viene mal.

—Pero dos horas...

—¿Ha visto ese cinto con púas? Se lo atan al muslo, o bajo las axilas, y pueden caminar o hacer otras cosas mientras se mortifican. La ventaja es que esos artilugios, en teoría, no provocan sangrados, solo dejan marcas visibles. —Hizo un gesto con las manos—. Mire, son disciplinas voluntarias o que se prescriben individualmente, pero se han mantenido a lo largo de los siglos.

—No podré volver a mirar a un cura o una monja sin imaginarme que llevan algo así bajo la ropa —lamentó Quesada.

Guardaron silencio unos segundos.

Y entonces se abrió la puerta.

Una enfermera entrada en años y voluminosa apareció en el umbral. Se levantaron al unísono. Eran los únicos habitantes de la sala, y aun así, preguntó:

—¿Son los policías?

—Sí.

—Si quieren acompañarme, por favor. El doctor Sugrañes ya puede recibirlos.

No caminaron demasiado. El despacho del médico estaba justo frente a la

sala. Se encontraron en un espacio clásico, más oscuro de lo normal por culpa del papel pintado que cubría las paredes y los muebles antiguos que se repartían por ellas. También era así porque la ventana tenía la persiana a medio bajar, como si al dueño del lugar le molestase la luz diurna. Lo de clásico se debía a la ornamentación. Un gran retrato de Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos, llenaba la pared frontal, con un crucifijo no menos aparatoso justo al lado, pero en un plano inferior, como si el orden o importancia de los elementos fuese ese. No faltaban los diplomas, repartidos en los huecos de las paredes, y las fotografías ubicadas en los estantes, entre los libros de medicina y las viejas enciclopedias de rigor que siempre daban empaque a un lugar aunque jamás hubieran sido abiertas. En la mesa, de buena caoba, también había un crucifijo, de pie, un abrecartas que más parecía un puñal y algunas carpetas situadas en uno de los ángulos. Al otro lado, una lamparita. Hilario supo que el nombre del médico era Mariano porque así lo repetían los diplomas.

—Buenos días —los saludó—. Si quieren sentarse, por favor.

Era un hombre de unos cincuenta y muchos años, ya con escaso cabello en la parte superior de la cabeza, merma que suplía con un peinado que repartía lo poco que le quedaba de forma hábil por encima del cráneo. El bigotito mantenía los cánones. Fino, delgado, un sesgo que iba de lado a lado del labio superior. Tenía los ojos vivos, intensos, y vestía una bata blanca. Las manos eran huesudas. Hilario lo apreció al estrechársela.

—Inspector Soler. Mi compañero es el subinspector Quesada.

—Disculpen la espera, pero esa niña venía con el cordón enrollado al cuello y la madre presentaba problemas de dilatación. Encima, era de caderas estrechas.

—¿Ha ido bien?

—Oh, sí. Madre e hija están fuera de peligro. —Fue directo al grano obviando lo trivial—. Ni siquiera sé cómo he podido estar tranquilo durante la intervención, porque la noticia ha sido... Terrible. Terrible de verdad. Y encima he encadenado tres partos seguidos, uno con cesárea, como si todas se hubieran puesto de acuerdo para parir al mismo tiempo. —Hizo una pausa breve—. Miren, estoy consternado, aún no puedo creerlo. Ni siquiera sé más de lo que me han dicho al llegarme la noticia.

—¿Qué le han dicho?

—Que alguien había empujado a la hermana María de la Paz escaleras abajo.

—Es lo que parece, y lo único que también sabemos nosotros.

—No puedo imaginarme quién haría algo así.

—Desde luego alguien que no la apreciaba, o que se enfadó lo suficiente con ella como para hacerlo presa de un momento de irracionalidad. ¿Le han dicho que hubo una discusión?

—Algo de unos gritos y una pelea, sí, pero...

—¿Tiene usted alguna idea, sospecha, o imagina quién pudiera haberlo hecho?

—¿Yo? —Mostró extrañeza.

—Pocas personas debían conocerla.

—Pues yo no era una de ellas, al menos en plan confidencias o intimidad. Era una monja, y además muy suya, reservada, entregada a su trabajo. De ahí a conocerla... No hacía otra cosa que vivir por y para su cometido. Veinte horas al día. Dormía apenas cuatro. Decía que Dios le había encomendado una misión y estaba en este mundo para cumplirla. Lo suyo era vocación y dedicación plena.

—En ese edificio todas comparten piso menos ella.

—Sí, ya le digo que era muy suya.

—Pero antes lo compartió con otra monja.

—La hermana Esperanza, sí.

—Nos han dicho que se pelearon.

—Yo no diría tanto. —Se removió inquieto en su silla—. Tuvieron diferencias de criterio, de las que no sé nada —se apresuró en agregar—, y luego a la hermana Esperanza la expulsaron de la orden, al parecer por pérdida de su fe.

—¿No es algo extraño?

—No, es decir, no sé. —Movié la mano derecha con ambigüedad.

—¿Tiene la dirección de esa mujer?

—No, yo no me ocupo de estas cosas. Las hermanas cumplen su cometido social y es suficiente. Bastante tengo yo con la clínica. Para detalles referidos a su vida mejor vayan a ver a la Superiora de su orden, las Hijas de la Caridad.

—Pero la hermana María vivía aquí, en ese piso.

—Sí, sí. Le repito que era dedicación plena.

—Aún le sobraba tiempo para trabajar en la clínica del Buen Pastor.

—En efecto.

—¿Y eso por qué?

El doctor Sugrañes repitió su gesto de ambigüedad.

—Como le digo, era muy intensa, muy activa, con una capacidad de trabajo enorme. Nadie la obligaba a hacer más, nadie le pedía que se multiplicara, pero lo hacía. Iba con ella. Todos la consideraban una mujer excepcional.

—Una santa.

—Sí, una santa.

—¿Quién era su confesor?

Mariano Sugrañes se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo dice?

—Su confesor, el cura que le daba misa...

—Ah, ya. —Volvió a echarse para atrás—. El padre Amancio.

—¿Tiene apellido?

—Amancio Galobart.

—¿Y dónde le encuentro?

—En la parroquia de San Justo, no está lejos. Los domingos les da misa a las religiosas aquí mismo, en nuestra pequeña capilla.

Ernesto Quesada miró a Hilario. Tenía un par de preguntas, pero prefirió callarse. Su superior decía siempre que cuando había que arrancarle las respuestas a alguien pregunta a pregunta, lo mejor era permitirle que se confiara. Sugrañes era de esos. Su gestualidad corporal también indicaba una falsa serenidad. Era un hombre muy tenso.

—¿Sabía que la hermana María se mortificaba? —preguntó de pronto Hilario.

—¿Quiere decir... que se autoinfligía castigos físicos?

—Sí.

—No, no lo sabía. —Abrió los ojos con expectación.

—Eso indica una fe profunda, ¿no?

—Por supuesto.

—¿La veía feliz?

—Inspector, era una monja —lo dijo como si eso aglutinara todas las respuestas—. A veces estaba seria, a veces sonreía, no hablaba mucho... Se lo repito, ella era feliz trabajando con esas madres y sus bebés. No todos los partos son una bendición ni los embarazos un regalo de Dios. Para algunas de esas mujeres era un castigo. Y ahí estaba la hermana María, dando consuelo, haciendo ver que el don de la vida siempre era una bendición y un regalo del Señor. Consolar a una madre que ha perdido a su bebé en el parto también

exige mucho, ¿comprende? Y no digamos si ese bebé llega con una malformación, enfermo, prematuro, o si acaba en la incubadora y siguen horas y horas de miedo y tensión. Son criaturas tan frágiles... Suceden más cosas de las que la gente piensa. Ya le digo que yo los traigo al mundo, pero ella se ocupaba de algo mucho más importante. ¿Saben la de regalos que recibía cada año por Navidad? Comida, turrone, barquillos, polvorones, botellas de champán. Ella siempre lo repartía todo, nunca se quedaba con nada salvo con los barquillos. —Sonrió con nostalgia—. Eran su debilidad. Esos regalos provenían de padres agradecidos. La quería todo el mundo.

—Menos una persona.

—Eso parece, sí. —Perdió el énfasis con el que acababa de hablar.

—La mujer que la empujó por la escalera le gritó «¡Dígamelo!»; a lo cual la hermana María respondió «¡No, es tarde! ¡Te lo merecías! ¡Es el castigo de Dios!». Entonces la otra dijo «¡No! ¡Cállese!», y a continuación se produjo la caída.

Mariano Sugañes recuperó la tensión.

Bajo la mortecina luz del despacho, su piel se volvió más blanca.

—¿Sabe a qué se refería? —preguntó Hilario.

—No. —Movi6 la cabeza de lado a lado.

—«Castigo de Dios» es una expresi6n muy poco piadosa.

—No siempre se trata con personas equilibradas, o buenas. —Trató de resumirlo el m6dico—. Y hay momentos en los que todos estallamos.

Hilario pens6 «como la mujer de la escalera». Pero no se lo dijo. La puerta del despacho se abri6 de pronto, tras unos golpecitos que no aguardaron la invitaci6n para que fuera franqueada. La misma enfermera que los haba conducido hasta all6 se asom6 por el quicio.

—Doctor Sugañes, la señora Estebaranz ya ha dilatado.

El hombre se levant6 de un salto.

—Tendr6n que perdonarme. Si quieren regresar luego... —se excus6 ante ellos.

—Ya hab6bamos terminado. —Hilario le tendi6 la mano.

—Es como si todas se hubieran puesto de acuerdo en parir estos d6as de fr6o. —Se encogi6 de hombros el m6dico mientras se la estrechaba, primero a 6l, luego a Ernesto Quesada—. La gente suele animarse en primavera, con el buen tiempo y el primer calorcito, lo de ir con menos ropa, y a los nueve meses... ¡Dentro de otros nueve meses tendremos el resultado de la ola de fr6o, por la de matrimonios que se habr6n quedado en casa calentitos! —Se

dirigió a la enfermera—: ¿Puede acompañar a estos señores y se reúne conmigo en el quirófano, Ágata?

Mariano Sugrañes desapareció a la carrera y ellos, bajo la tutela de Ágata, llegaron al vestíbulo. La recepcionista se había quitado la cofia. Los despidió con la cabeza, mirando a Quesada.

No hablaron hasta llegar al exterior, de nuevo enfrentados al frío.

—Que unos agentes vayan por la calle por la que ha desaparecido la mujer que ha huido y pregunten si alguien la ha visto y podría describirla —ordenó Hilario—. Yo le espero en el coche.

7

Quesada tardó cinco minutos en reaparecer. Hilario puso la radio. Un locutor hablaba de Bob Dylan y de una de sus más recientes canciones, *Con Dios de nuestro lado*, incluida, decía, en el tercer álbum del cantautor, *Los tiempos están cambiando*, que iba a editarse a comienzos de 1964.

A Ignacio le chiflaba Dylan, a pesar de que no era el mejor de los cantantes.

Que un tipo como aquel, emblema de la llamada «canción protesta», hablara de Dios en una canción, se le antojó curioso.

Lamentablemente no sabía inglés.

El locutor siguió jactándose de su exclusiva, por presentar algo que todavía no estaba al alcance del público. Luego puso la canción, sin decir de qué iba la letra.

Hilario cerró los ojos y se dejó llevar.

Un LP titulado *Los tiempos están cambiando*.

Sí, en todas partes, se notaba.

Pero España, de momento, seguía igual.

Hasta se mataban monjas, como en la Guerra Civil.

Antes de que acabara el tema se abrió la puerta del coche y Quesada ocupó el asiento del conductor.

Hilario apagó la radio.

—¿Quién era ese? —preguntó el recién llegado.

—Bob Dylan.

—Tiene una voz rara.

—A mi hijo le encanta, sobre todo por lo que representa y lo que dice. Él y los Beatles. Se ha vuelto un fan. Montserrat también anda por ahí desmelenada con toda esa nueva música surgida del *rock and roll* de la década pasada.

—Nos estamos quedando atrás —suspiró su compañero.

—Yo no diría tanto. Solo que nuestras prioridades son otras, y todo esto nos pilla a contrapié. Ignacio hasta se traduce las letras. Está muy interesado en esos movimientos. —Decidió acabar con el tema y volver al caso—. ¿Se

han puesto en marcha?

—Dos agentes, sí. Uno por cada acera. ¿Arranco? ¿Adónde vamos?

—No, espere. ¿Qué opina de ese tal Sugrañes?

—Que sabe más de lo que dice, al menos de la monja muerta.

—Estoy de acuerdo.

—¿Le atornillamos luego?

—No sin motivo. Vamos a esperar.

—Como nos llame un obispo se pone usted, ¿eh?

—Qué manía le ha dado con eso.

—Es que los curas me siguen dando miedo, que quiere que le diga.

—¿Fue a un colegio de curas?

—Sí, y me daban cada pellizco...

—Así que salió más anti que pro.

Ernesto Quesada le lanzó una mirada suspicaz.

Y prefirió cambiar de tercio.

—Lo que le ha contado al médico de la discusión, ¿es tal cual?

—Sí. «¡Dígame!», «¡No, es tarde! ¡Te lo merecías! ¡Es el castigo de Dios!» y «¡No! ¡Cállese!». La hermana Teresa es octogenaria pero tiene buen oído. Ha insistido en ello. Además, con la puerta abierta, asomada a la escalera aunque no viera nada, y con las de abajo hablando a gritos... Eso de «¡Dígame!» y lo de que es un «castigo de Dios» resultan bastante claros.

—¿Decirle qué?

—Mire, Quesada, si esto es lo que parece...

—No fastidie.

Hilario abrió las dos manos, con las palmas hacia arriba.

Quesada quedó impresionado.

—Había oído hablar de cosas así, pero... De todas formas puede que sea algo distinto, ¿no?

—Puede. Pero una monja solitaria que atendía a embarazadas y cuidaba de bebés no siempre queridos... Da para pensar mucho. Y esto, de momento, que quede entre nosotros.

—Claro.

—Llame a la Central, a ver si han llevado el cuerpo de la hermana María al Instituto Anatómico Forense, y si es así que le pregunten a Fajardo si ya la ha desnudado para la autopsia.

Ernesto Quesada cogió el auricular de la radio. Habló con la centralita y luego los dos aguardaron en silencio. La espera fue larga, tres, cuatro

minutos. La voz reapareció con tono cansado.

—Sí, el cadáver ya está allí, pero hemos telefoneado y comunican. Tendréis que hacerlo vosotros, mejor y más rápido.

Quesada colgó.

—Busquemos un teléfono público —dijo Hilario.

—¿Y, de paso, adónde vamos?

—Ah, sí.

Cogió la guía de Barcelona de la guantera. Buscó en el listado de parroquias e iglesias. Cuando encontró la de San Justo le señaló la dirección a su compañero.

—De acuerdo. —Puso el coche en marcha.

Abandonaron los aledaños de la placita y dejaron atrás la escena del crimen. El buen humor matutino iba desapareciendo. De pronto los malos augurios y las sombras sobrevolaban su ánimo. El silencio se prolongó esta vez hasta que Ernesto Quesada encontró una cabina telefónica.

Tuvo que seguir porque al aproximarse descubrieron que estaba rota.

—¡Maldita sea con los gamberros! —rezongó Hilario—. A esos si les daba yo un par de buenas hostias.

No vieron otra cabina, pero sí un bar con teléfono público anunciado en la fachada. Quesada detuvo el coche un poco más allá.

—¿Le espero?

—No, da igual. Véngase. Igual quiere tomar algo caliente.

—No, paso.

Entraron en el bar e Hilario pidió un par de fichas, por si acaso. El teléfono estaba en la pared, al final de la barra, junto a un hueco sin puerta separado por una cortina hecha de ganchitos. El camarero les lanzó una mirada inequívoca. Después de todo, olían a policía además de parecer policías. Dos o tres de los hombres acodados en la barra también los observaron de reojo, y uno se levantó dispuesto a irse. Nada excepcional. Con el frío exterior, todos tomaban algo caliente. No había ninguna mujer.

La línea no comunicaba, pero al otro lado tardaron en responder. Cuando apareció una voz de hombre Hilario no perdió el tiempo.

—Soy el inspector Soler. —Empleó su voz de ordeno-y-mando—. Llame a Fajardo, por favor.

Otra espera, solo que más breve. Al minuto reapareció la voz.

—¿Oiga? El señor Fajardo no puede ponerse ahora. Está con una autopsia urgente.

—Sé que está con una autopsia urgente porque es de lo que quiero hablarle. Dígale que el inspector Soler quiere saber si la mujer muerta tiene heridas en el cuerpo, infligidas por su propia mano, ¿de acuerdo?

La vacilación fue breve.

—Espere.

Lo hizo. Otro cliente del bar, este en una mesa, salió del local con la vista fija en el suelo. Como siguieran mucho allí, a lo peor el lugar se vaciaba. Intentó demostrar que no pasaba nada y se colocó de espaldas al resto de clientes.

—Pues sí que estamos en un buen barrio —susurró Quesada.

La voz del teléfono no reapareció. En su lugar lo hizo el propio Ildefonso Fajardo. El tono era de sorpresa mayúscula.

—¿Soler?

—Aquí. —Hilario apartó un poco el auricular para que Quesada pudiera escuchar la conversación. Así se ahorra contárselo todo después.

—Oye, ¿cómo coño sabías tú eso? ¡Me la han traído vestida!

—Tú diseccionas los cadáveres y yo investigo por qué han muerto. ¿Qué has encontrado?

—Tendrías que verlo. —Fajardo emitió un silbido—. Yo nunca me había encontrado con nada igual, y mira que llevo años rajando al personal.

—¿Hay muchas?

—¿Muchas? —El sarcasmo fue grande—. Esa mujer era una cicatriz, toda ella, entera, de pies a cabeza. Heridas sobre heridas. Ni siquiera sé cómo no se había infectado ya con algo. He encontrado incluso restos de pústulas, ¡madre mía, que asco! Espalda, muslos, vientre, brazos... Imagino que tenía que ir con cuidado y seguir un ritual, un proceso, para no acabar en un hospital. Algo así como un ciclo, ¿entiendes?

—Sí.

—¿Sabes qué era lo peor?

—El vientre.

—¡Joder! ¡Coño, Sherlock!, ¿cómo lo has sabido?

—Era asistente social. Atendía a mujeres en estado antes y después del parto. Luego cuidaba de sus hijos si había problemas con ellos. Para ella, esos bebés eran los hijos que jamás tendría, así que castigaba su vientre.

—Estaba zumbada, ¿no?

—Dicen que era una santa.

—¡Y un huevo! —Fajardo llevó al límite su conocida expresividad—.

¿Una santa? Esa pobre infeliz tenía que odiar su cuerpo.

—¿Crees que se cuidaba a sí misma? Hemos encontrado medicamentos en su habitación.

—Posiblemente, sí, y no sería desencaminado pensar que, de vez en cuando, la vigilase un médico. Llevaba demasiado al límite su santo martirio —dijo esto último con sorna—. Pero con lo salvaje que era su autocastigo, lo dudo. Ella misma tendría vergüenza de mostrarse como lo que era: una loca.

—¿Hay algo de la autopsia ya?

—¡Que me la acaban de traer, hombre! —protestó—. Así, a bote pronto, ya te digo que la causa de la muerte fue un impacto craneal. Tiene la cabeza rota. Vamos, que si la agitas se oyen los huesos. Lo demás se lo hizo con la caída, porque me han dicho que rodó escaleras abajo, ¿no?

—Sí.

—Pues ya lo tienes.

—Gracias.

—No hay de qué, inspector Soler. —Pasó a un tono falsamente solemne—. Antes de despanzurrarla le voy a hacer unas fotos para mis archivos, porque nunca he visto nada igual. Ni creo que vuelva a verlo.

—Nunca des nada por sentado. Gracias.

—Venga, a por los malos.

Cortaron la comunicación justo cuando se escuchaba la señal que indicaba el agotamiento del tiempo de la primera ficha. Hilario no devolvió la que le había sobrado. Las pagó las dos y salieron a la calle. Del calorcito del bar a la cruda intemperie en un día que, pese al atisbo de sol, no se caldeaba ni a tiros.

—¿Cree que el doctor Sugrañes la atendía?

—Pensaba que sí, pero su cara cuando le hemos hablado de las heridas ha sido la más sincera. Parecía no saber nada. Y Fajardo cree lo mismo que yo: que eso lo mantenía en secreto.

—Lo del vientre...

—Quería confirmarlo, nada más.

—¿Una intuición?

—Sí.

—Pues ha sido de las buenas. Lo de «los hijos que ella jamás tendría» y el «castigo de su vientre»...

Hilario emprendió el camino de regreso al coche.

—Vayamos a ver al padre Galobart —dijo.

8

La parroquia de San Justo era minúscula. Una pequeña iglesia rectangular, encalada, con sillares de piedra en la base y los ángulos de la fachada. Por encima de la puerta principal se veía una ventana con una campana insertada en su marco. El techo formaba una «V» invertida, no muy pronunciada. En el interior, frente al altar iluminado porque en los laterales solo había cuatro ventanas, dos a cada costado, igualmente pequeñas, Hilario contó siete bancos a cada lado. En los de la izquierda se congregaban cinco personas, todas envolviendo un confesionario en el cual, una sexta, revelaba sus pecados a la segura espera del perdón previo pago de unos padrenuestros y unas avemarías. Cinco eran mujeres, incluida la que se estaba confesando, y la sexta un hombre. Como si las mujeres pecasen más, o estuviesen más proclives a contarlo. Salpicando las paredes vieron unos retablos muy sencillos y bastante feos representando los pasos de la pasión. Nada diferente a otras cientos, miles de iglesias en la España católica, apostólica y romana.

Cruzaron la iglesia de extremo a extremo y entraron en la sacristía por una puerta situada a su derecha, a la izquierda del altar. Un hombre cubierto con un jersey muy grueso, gris, y pantalones de pana marrones limpiaba lo que ya daba la impresión de estar muy limpio. Tenía los pocos pelos de la cabeza de punta y una expresión extraña, con los ojos asustadizos. No llegaba a la deformidad ni parecía imbécil, pero sí, tal vez, retrasado, o con algún tipo de autismo leve. Se quedó muy quieto al verlos, dudando.

Era evidente que no encajaban allí.

—¿El padre Galobart? —preguntó Hilario.

Se acercó a ellos. Quedó situado a menos de un metro. Los observó, con la boca abierta y la punta de su lengua asomando entre los labios. Iba mal afeitado y como su estatura era baja tuvo que levantar la cabeza un poco.

—Está... confesando —respondió con voz espesa.

Hilario sacó la placa. El hombre la contempló igual que si le mostrase un texto en chino.

—Somos policías. Hemos de hablar con él.

—Es que... está confesando —volvió a decir.

—Llámelo.

—¿Yo? —Debió de antojársele lo más irrealizable del mundo.

—Entonces iremos nosotros.

—Es que... está confesando —repitió por tercera vez, dando a entender que en el orden natural de las cosas esa era una verdad básica e imposible de cambiar.

—Vaya a por él, Quesada —dijo Hilario.

—¡No! —Lo detuvo el hombre—. Iré yo. Esta es mi iglesia y él es mi párroco. Pero al menos deje que termine la confesión que está haciendo ahora. No querrán que nadie vaya al infierno, ¿verdad?

Lo había dicho de carrerilla, aunque con el mismo tono de voz, pastoso y extraño. Si era autista, era leve. Si tenía otra alteración, todo dependía de su estado de ánimo.

—Gracias —asintió Hilario.

Le vieron salir de la sacristía y, asomados a la puerta, caminar con paso vacilante, como si se bamboleara, hasta llegar al confesionario. Una vez ante él esperó paciente a que el sacerdote terminara su cometido, absolviendo los pecados de su feligresa. La espera se demoró casi cinco minutos. Cuando la mujer se levantó, el hombre metió la cabeza por la cortinilla frontal. Casi al momento la del padre Galobart asomó por el mismo lugar y los miró.

Decidieron esperarle en la sacristía.

El religioso formaba una imagen repetida entre muchos otros sacerdotes. Bajo, panzudo, con mejillas mofletudas y los dedos de las manos tan o más rollizos que ellas o su cuello. Llevaba sotana hasta los pies con la interminable botonadura invadiéndola de arriba abajo. Su cara mostraba toda la extrañeza de que podía hacer gala, con las cejas levantadas y los ojos bailando en las órbitas. Entró en la sacristía y quedó a un par de pasos de sus visitantes. El hombre que parecía cuidar la iglesia, o simplemente estar allí, como parte de su discreta vida, se apostó al otro lado de la puerta, tratando de hacer ver que no oía nada.

—Ustedes dirán.

Hilario le mostró la placa también al sacerdote.

—Inspectores Soler y Quesada.

—No entiendo...

—¿Conocía usted a la hermana María de la Paz Suñol?

—Sí, claro.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—¿A la hermana María? Pues... ayer mismo, en la misa.

—¿Aquí?

—No, donde trabaja. —Empezó a inquietarse, superada su resistencia—.

Oigan, ¿qué sucede?

—Nos han dicho que usted era su confesor —continuó Hilario.

—Sí, lo soy. Pero... —Por primera vez captó el tiempo verbal empleado por su visitante para hablar de la monja—. ¿Por qué habla en pasado?

—Ha muerto esta mañana.

La reacción fue fulminante, y clara. Ojos abiertos, boca abierta, estupor, sorpresa, el impacto de lo inesperado, la mano derecha subiendo unos centímetros para caer inane de nuevo a un lado del cuerpo.

—¡Oh, gran Dios! —exclamó.

Hilario siguió pisando a fondo.

—Alguien la ha empujado por una escalera.

Si la noticia de la muerte había sido impactante, la siguiente acabó de desbarbolarle por completo.

El padre Amancio Galobart se vino abajo.

—¿Quieren decir que...?

—Hablamos de un homicidio, sí. —Le dio la puntilla Hilario.

El sacerdote tuvo que buscar un punto de apoyo. Lo encontró en la mesa sobre la cual descansaba la casulla que empleaba para decir misa, perfectamente colocada a la espera de la hora. Vaciló, como si fuera a desmayarse. Quesada hizo un gesto que abortó ante la mirada de Hilario. Al otro lado de la puerta seguía haciéndose manifiesta la silueta del curioso personaje que pululaba por la iglesia.

Quesada no pudo evitar hablar.

—¿Se encuentra usted bien?

—Me temo que... no. —Apenas si pudo respirar el cura.

Hilario asintió con la cabeza y Quesada lo sostuvo a duras penas, porque era un cuerpo pesado. Lo condujo hasta la silla más cercana y lo depositó en ella. El sacerdote se llevó una mano al rostro.

—¿Quiere un poco de agua? —Siguió ayudándole el subinspector.

—Sí.

En una repisa había una jarrita transparente medio llena pero ningún vaso. Pasó de ello. La cogió, regresó al lado del padre Galobart y se la ofreció. Tras esperar a que tomara unos sorbos, la dejó en la mesa, a su lado.

Seguía la consternación.

Tanto por la muerte de la monja como por si la santa hermana María de la Paz no estuviese en un mundo mejor, en el cielo, sino en un infierno.

Compartido con él.

—Padre, hemos de hacerle unas preguntas —dijo Hilario.

—Ahora no creo que...

—Ahora.

El sacerdote le lanzó una mirada temerosa, y también airada.

—¿No tiene conciencia?

—Eso es cosa suya. Lo mío detener a la persona que lo hizo.

—¿Pero quién querría hacerle daño...?

—Se ha peleado con una mujer. Ella le gritaba «¡Dígamelo!» y la hermana María le ha respondido «¡No, es tarde! ¡Te lo merecías! ¡Es el castigo de Dios!».

Los ojos del sacerdote se dilataron.

El estremecimiento fue visible.

—¿Sabe quién podía hablarle así? —preguntó Hilario.

—No.

—¿Ni a qué se refería?

—No, no.

—No parece muy cristiano decirle a alguien que Dios le ha castigado y que se lo merecía, ¿no cree?

—Usted no puede juzgar —musitó el cura con abatimiento.

—Vivo en este mundo y soy policía. Yo creo que sí puedo juzgar.

—¿Está diciendo que ese crimen abyecto fue justificado?

—No. Solo trato de saber quién era la hermana María para poder llegar así hasta la persona que la empujó por esa escalera.

—Mire, señor, ella... era una mujer muy estricta, nada más. Todo lo que tenía de buena lo tenía también de justa. Quizás a veces incluso demasiado justa.

—Bien y mal, sin grises.

—¿Cómo dice?

—Da igual. —Hilario se dio cuenta de que el otro hombre ya no estaba apostado junto a la puerta de la sacristía. O quizá se hubiera ocultado mejor —. Va a tener que responderme, porque cuanto más tiempo pase, menos oportunidades tendremos de coger a la responsable.

—Dios mío... Dios mío... Dios mío... —exhaló el cura hundiendo nuevamente la cara entre las manos.

Quesada miró a Hilario. Este le dijo que no con la cabeza. Luego soltó el latigazo:

—¿Alguien la odiaba?

—¡No! —Reaccionó furiosamente el padre Galobart.

—¿Tenía enemigos?

—¿Una religiosa? ¡Pero qué está diciendo, Santo Cielo!

—También era una persona, y según usted, estricta. Eso suena a inflexible con según qué.

—¡Todo el mundo la quería! ¡Era una mujer dedicada a hacer el bien!

—¿Ninguna sospecha?

—¡No, se lo repito! ¡Es absurdo!

—Usted era su confesor.

Esa verdad le hizo repetir su anterior gesto. Hundió el rostro entre las manos y, además, rompió a llorar.

La escena se congeló. Ellos dos de pie, el sacerdote aplastado en la silla.

Volvió a beber agua de la jarrita.

Antes de que pudiera levantar la cabeza, el hombre reapareció en la puerta de la sacristía, ahora sin esconderse. Su curiosa imagen quedó centrada en el marco, como una cornucopia viva. Aprovechó el silencio para hablar.

—Padre, los feligreses...

—Díales que se vayan, Dimas. —Reaccionó rápido—. Hoy no habrá más confesiones. Pídeles perdón de mi parte.

—Sí, padre.

Dimas se retiró.

Hilario no dejó que su interrogado se recuperara.

—Sé que bajo secreto de confesión no puede revelar nada, pero necesito saber si...

El sacerdote se rebeló.

—Por favor, ya basta. ¿Pueden dejarme solo?

—Me temo que no.

—¿Es que no tiene conciencia?

—Hablamos de un crimen, padre. Desde luego parece probable que se trate de un homicidio involuntario, pero crimen al fin y al cabo. Claro que tengo conciencia. Por eso estoy aquí. Y usted debería ser el primero en comprenderlo, más si tanto apreciaba a esa mujer.

—¿Y qué puedo decirle yo? Le daba misa, la trataba lo justo...

—Yo creo que era la persona que mejor la conocía.

—Se equivoca.

—Insisto en lo de que se confesara con usted.

—¿Y qué pecados podía tener una santa que vivía por y para los demás?

—No se trata de pecados, sino de culpas.

La palabra «culpa» le hizo daño.

Un dardo hundido en su razón.

—Basta, basta, basta... —Pareció llegar al límite, al borde del agotamiento—. Me va a estallar la cabeza. He de rezar por ella. Ahora es todo lo que cuenta, lo más importante. Rezar, rezar, rezar —lo dijo obsesivamente.

—Se lo preguntaré una vez más. ¿Sospecha de alguien?

El grito fue airado. Retumbó por toda la iglesia.

—¡No!

Hilario no se inmutó.

—¿Cuánto hace que la conocía?

—¡Quince años!

—¿Nadie quiso hacerle daño ni se peleó con ella en todo ese tiempo? ¿Jamás hubo ningún problema?

—¡No, no! ¿Pero qué clase de seres insensibles son ustedes? ¿Qué quieren que les diga?

—¿Y qué clase de ser humano es usted que no quiere que se haga justicia?

La última mirada fue patética.

—Claro que... quiero que se haga... justicia —logró decir antes de desplomarse de nuevo en la silla, convertido en un guiñapo roto.

La nueva mirada intercambiada por Hilario y su compañero fue de impotencia.

No iban a sacarle mucho más.

No en ese momento.

—Volveremos, padre. —Hilario inició la retirada—. Y cuando lo hagamos querremos respuestas.

—No... las hay... —gimió el hombre—. No las hay...

Su llanto desahogado los acompañó mientras salían de la sacristía y al cruzar la ahora vacía iglesia.

Dimas ya no estaba allí.

9

Ernesto Quesada fue el primero en hablar, nada más salir de la iglesia.

—Miente.

—Sí —se lo confirmó Hilario—. O por lo menos no dice toda la verdad y oculta algo.

—¿No era mejor atornillarle ahora?

—No. —Hizo un gesto de desagrado—. La sotana es como un uniforme. Se amparan y escudan en él. Ese hombre ha sentido realmente la muerte de la monja. Se habría puesto histérico. Hay que dejar que se calme y lo asimile todo. Cuando volvamos será diferente.

—¿Y si le hacemos ir a comisaría?

—También. Ir allí suele impresionar a todos.

Llegaron al coche. Quesada se sentó al volante al ver que Hilario ocupaba el asiento contiguo, inmerso en sus pensamientos. Los dos miraron la iglesia, algo así como un baluarte a todas luces inexpugnable para la mayoría.

—Esos sí acaban llamando al obispo —refunfuñó Quesada—. Y al Papa.

—La casta de los intocables —suspiró Hilario.

—Creía que en eso también entrábamos nosotros. —Quiso bromear su compañero.

—Quesada, no me toque lo que no suena —gruñó él.

El motor del vehículo rugió. El gas que salió por el tubo de escape formó una nube blanca a su espalda. El manto de nieve en el Tibidabo no iba a durar mucho, pero aun así la imagen era fantasmal, como si aquello no fuese Barcelona. El coche apenas si rodó unos metros, todavía con la primera puesta.

—¿Me guía?

—No le he dicho adónde vamos.

—A la clínica del Buen Pastor, ¿no?

Hilario volvió a tomar la guía. Cuando encontró la dirección de la segunda clínica en la que colaboraba la hermana María de la Paz, se la dio a Quesada. Luego, ante el despiste puntual de su compañero, le señaló una dirección.

—Por ahí, hasta la avenida, luego creo que es a la derecha, todo recto. —
Miró uno de los planos y agregó—: Sí, exacto, después ya le indicaré.

—¿Pongo la sirena?

—Ya sabe que no me deja pensar.

—De acuerdo.

No hablaron hasta casi la mitad del trayecto. Ernesto Quesada aprovechó un semáforo para dejar entrever su inquietud.

—¿No será como buscar una aguja en un pajar?

—No creo.

—Pero esa monja debía de tratar con muchas mujeres.

—Yo más bien pienso que se movía en un reducido círculo. Esos médicos, el padre Galobart, sus compañeras... Alguien sabe algo. Solo hemos de dar con esa persona. Y ahí entra también la monja con la que vivió y acabó siendo expulsada de la orden.

—¿Qué le dice su instinto?

—De momento lo tengo mudo.

—No me lo creo.

—En serio. —Movié la mano para señalar el camino—. Gire a la derecha.

—Pero piensa que le quitó el niño a una madre, ¿verdad?

Hilario no dijo nada.

Quesada esperó.

Luego no insistió.

La clínica del Buen Pastor no era muy distinta a la de la Purísima. Pequeña, recoleta, discreta y de apariencia sencilla. Al contrario de su homónima, estaba enclavada entre dos edificios que la aprisionaban. Sin embargo, el barrio era mejor, y eso cobró forma al entrar en ella. Detalles de buen gusto, una mayor calidad ornamental, el poso de una discreta elegancia... Incluso la recepcionista era más «lujosa», traje chaqueta oscuro, maquillaje medido, labios rojos, una permanente perfecta y manos de princesa.

Fue ella la que los miró, con sus hermosos ojos marrones coronados por largas pestañas, a modo de buen recibimiento.

—Buenos días. —Lo acompañó con una sonrisa distendida.

—¿El doctor Pons? —habló Hilario.

—Lo siento. —La sonrisa y la mirada se mantuvieron pero fueron ampliadas por un leve y sentido dolor por darles la aparente mala noticia—. Esta mañana no está, pero me han informado de que vendrá luego.

—¿A mediodía, por la tarde...?

—Por la tarde, supongo. ¿De parte de...?

Hilario sacó la credencial. La mujer la miró como hipnotizada. Dejó de ser profesional y melosa para mostrarse sorprendida, pero también dispuesta a colaborar. Se puso seria.

—¿Trabajan también aquí las monjas de la orden de las Hijas de la Caridad?

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Viene una asistente social dos veces por semana, o cuando es requerida.

—¿La hermana María de la Paz?

—Sí.

—¿Solo ella?

—Suele acompañarla la hermana Amalia.

—¿Amalia que más?

—No lo sé. Siempre se las llama por su nombre de pila.

Hilario se dirigió a Quesada.

—¿Había alguna Amalia en el edificio?

—No, ninguna.

Volvió a centrar su atención en la recepcionista, que ahora parecía encandilada con Quesada.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a la hermana Amalia?

—No, lo siento.

—¿Puede darme la dirección del doctor Pons, por si no podemos pasar más tarde?

La petición se le atragantó.

Su expresión, ahora, fue de dolor.

—No se me permite...

—Señorita —Hilario detuvo su balbuceo—, esto es un asunto oficial, ¿de acuerdo?

La mujer asintió con la cabeza. Luego escribió algo en una libreta, de memoria, con una bonita y clara letra. Arrancó la página y se la entregó.

—Ha sido usted muy amable —se lo agradeció Hilario.

—¿Puedo preguntarle qué sucede?

—No.

—Ah.

—Buenos días.

—Buenos días, señor... señores.

Al salir por la puerta vieron un coche que casi se subía a la acera, en una complicada maniobra, para meterse por el vado de la clínica y llegar al lateral de la izquierda, donde estaba la entrada de urgencias. Era un 600 de color rojo, sucio por haber estado a la intemperie durante la nevada. Con los giros y saltos se escuchó el grito de una mujer procedente de su interior. Nada más detenerse el vehículo, un hombre salió del lado del conductor, tan nervioso como rápido. Abrió la puerta del copiloto y la ayudó a salir a ella, embarazada con los nueve meses de rigor, porque además de la enorme barriga tenía las piernas mojadas tras haber roto aguas. Los dos entraron en urgencias atribulados, dispuestos a iniciar una nueva vida en el supuesto de que fuese el primero.

Porque ya nada iba a ser igual en su día a día.

—¡Ay, ay, que ya viene Tobías!

—¡Calma, calma, ya estamos, tranquila, tú respira!

Desaparecieron de su vista.

—Parece que el país se está animando —dijo Hilario.

Quesada no le contestó. No lo hizo hasta que los dos volvieron a sentarse en el coche, aparcado sin más frente a la puerta principal.

Entonces se lo dijo.

Como si ya no pudiera más.

—Mi mujer va hoy al médico para ver si está embarazada.

Hilario acusó la noticia.

—¿En serio?

—Sí, ya ve. —Quesada sonrió con timidez—. Llevábamos un par de años intentándolo y nada, y de pronto...

—Como diría Galobart, hijo de los primeros fríos.

—Más o menos. —Se rio.

—Por eso estaba hoy así-así.

—Bueno, es que no paramos de ir a clínicas de maternidad —suspiró moviendo la cabeza—. Caray, con lo nervioso que ya estoy yo.

—Enhorabuena.

—Aún no me las dé. Puede que solo sea un problema con el retraso de la regla.

—¿Su mujer era de las regulares o de las que les viene cuando les da la gana?

—De las regulares. Como un reloj.

—Entonces delo por hecho. La mía era igual. Y ya van dos.

—Ojalá esté en lo cierto.

—Lo estoy. ¿Apostamos algo?

—Una cena.

—Hecho.

—Gracias. —Quesada recuperó su dignidad policial y puso el coche en marcha—. ¿Qué hacemos?

Hilario miró el reloj.

—Es casi la hora de comer. ¿Y sabe qué le digo? Que me deje en casa. Nos viene de camino.

—Me parece bien.

—Llámele espíritu prenavideño. Por un día que no me agobio...

—Pues este caso se las trae.

—Justamente por ello. ¿Usted irá a la suya?

—No. La visita de mi mujer al ginecólogo es por la tarde. Y habrá algo que hacer, ¿no?

—Sí —reconoció él—. Me gustaría que investigara esas dos clínicas a fondo.

—¿Qué busco exactamente?

—Todo lo que encuentre. Antigüedad, historial, cosas de los dos médicos, Sugrañes y Pons, detalles que destaquen, lo que sea. A veces uno mete la mano en el agua y por raro o difícil que sea, saca un pez. Ah, y llame al episcopado, para que le digan dónde vive ahora esa mujer que compartía piso con la hermana María, la tal Esperanza Soldevilla.

—Pero si la echaron de la orden, igual ya le han perdido el rastro.

—Inténtelo con ellos y con las Hijas de la Caridad, a ver qué saca. Sea como sea, no va a haber desaparecido.

Quesada regresó al tráfico.

Hilario le miró de reojo.

—Me lo imagino de padre —dijo sonriendo.

10

Hilario abrió la puerta del piso sin hacer ruido. Quizá Roser no estuviera en casa todavía, pero, si estaba, quería darle una sorpresa. Se quitó el abrigo y lo colgó del perchero. La calefacción le hizo entrar rápidamente en calor, porque se sentía helado. Avanzó por el pasillo de puntillas hasta llegar a la puerta de la cocina.

Se asomó y la vio, de espaldas a él.

Todavía tan bien vestida y guapa como por la mañana, como si también acabase de llegar.

Iba a decir algo cuando su esposa lo interrumpió sin siquiera moverse.

—Que te he oído.

—Vaya. —Hilario dejó caer los hombros.

—¿Crees que estoy sorda o qué?

—Pero si he sido de lo más sigiloso.

—Pues como ladrón servirías poco.

Llegó hasta ella y la abrazó por detrás, impidiéndole que siguiera pelando una patata.

—Hilario... —Hizo un tímido amago de protesta.

—Cállate.

—¿Cómo es que vienes a comer? ¿Día tranquilo?

—¡Oh, sí! —dijo enfático.

—¿En serio?

—De perros.

Roser intentó darse la vuelta pero él no la dejó.

—¿Quieres soltarme?

—No.

Le besó el cuello.

—Serás...

—¿Qué tal tu reunión?

—Bien.

—¿Eso es todo?

—Me han hecho una oferta, y creo que aceptaré. Es interesante. No es

mucho dinero pero el horario sí es bueno. Cuatro horas por la mañana y listos.

—Tú decides.

—¿Me sueltas?

Lo hizo y ella se dio la vuelta, aunque Hilario seguía arrinconándola contra el mármol de la cocina. Quedaron literalmente pegados, separados por muy pocos centímetros. Los ojos de Roser centellearon. Los de Hilario, más. El aroma del perfume femenino se mantenía levemente.

Aun así, Roser se empeñó en deshacer la magia.

—¿Tienes que volver a marcharte enseguida?

—No.

—Entonces te haré garbanzos. Con este frío...

Hilario no se movió.

—Aguafiestas.

—¿Y a ti qué te pasa? —Frunció el ceño ella.

—Te digo que no he de irme enseguida y tú me hablas de garbanzos.

—¿De qué quieres que te hable a esta hora?

Se encontró con el beso de Hilario en los labios.

—Pero... —farfulló tratando de hablar.

Su marido acabó sellándoselos.

Empezó a rendirse.

Un poco.

—Hilario... —musitó cuando él se separó después de un buen rato.

—Estamos solos.

—Ya.

—¿No te parece un milagro? Solos tú y yo, en casa.

—Un poco sí lo es —tuvo que admitirlo.

—Por la noche nunca podemos.

—Casi nunca.

—Pero de prisa, y sin gritar para no despertarlos, y porque a veces hace muchos días... —Hilario le dio besitos cortos mientras añadía problemas.

—¿Quieres hacerlo... ahora?

—Sí.

—¡Ay, Dios! ¿Qué te ha dado hoy?

—Llámalo espíritu navideño. —Recordó la reciente conversación con su compañero—. Quesada va a ser padre.

—¿Y lo celebras haciéndolo conmigo?

Hilario se separó un poco de ella.

—¿No quieres?

—¿Y la comida?

—Que le den a la comida. ¿Quieres o no?

—Así en frío, en plan aquí te pillo aquí te mato...

—Como antes.

—Eso era al principio, que nos daba el arrebató en cualquier parte. —Los ojos le brillaron como ascuas—. ¿Has venido solo para eso, para echar un casquete?

—No, venía a comer, pero al verte... Y con este silencio. —Volvió a preguntárselo con el corazón en un puño—: ¿Quieres o no?

Ahora fue Roser la que le besó a él.

—Claro que sí, hombre.

—Pues...

—Dame al botón de encendido —le susurró al oído.

—Bien.

Hilario le besó el cuello, con suavidad, subiendo hasta el lóbulo de la oreja para volver a bajar y llegar al hombro. Tuvo que apartarle el vestido.

—Despacio —musitó Roser.

Lo hizo. Más y más despacio. Primero la hombrera. Después le bajó la cremallera para quitarle la ropa. Se la bajó lentamente, por delante y por detrás. Tocó por primera vez la piel desnuda de su espalda.

—Tienes las manos frías. —Se estremeció ella.

Volvió a besarle el cuello, ahora libre.

Un gemido.

Siguiente paso: el sujetador. A veces se le complicaba abrir el cierre con una sola mano. Esta vez los hados estaban de su parte, como si todo fuese perfecto. Liberó el ganchito y la prenda se aflojó. Se separó un poco para quitárselo por delante.

Quedaba la última parte de lo que Roser llamaba «darle al botón de encendido».

Rozó uno de los pezones con la yema de los dedos.

Y el gemido fue música en su oído.

Hilario se excitó al máximo.

—Así... —Se le apretó ella.

Continuó un poco más. Besos en el cuello, largos, húmedos. Los dedos en el pezón. Despacio. Despacio. Suave. Suave. Caricias dulces.

Hasta que Roser se le entregó en cuerpo y alma, completamente vencida.

11

Llegó a la comisaría como hacía días no llegaba, pletórico. Tanto le daba encontrarse al carnicero Creix, o que Pablo García se hubiera puesto bien de golpe y le esperase para pedirle cuentas de por qué todavía no había resuelto el caso. Ni siquiera el frío le afectaba. Era Tarzán en la selva urbana, la jungla del asfalto, como el título de aquella película en la que había visto por primera vez a Marilyn Monroe. Cuando aterrizó en su mesa se quitó el abrigo y buscó a Quesada con la mirada.

No estaba por allí, ni casi nadie a tan temprana hora, pero sí un informe sobre la mesa.

Lo cogió.

Los policías enviados a preguntar por la calle a través de la cual había huido la presunta culpable tras la muerte de la monja habían cumplido bien su cometido. Según el informe, una vecina la vio correr, de cara, enloquecida, el tiempo suficiente para comprobar que era joven, muy joven, entre diecisiete y diecinueve años como mucho. Vestía un abrigo marrón y su rostro denotaba pánico. Cabello oscuro. Ningún dato más relativo al aspecto o vestimenta. Tras pasar por su lado, había tropezado y caído al suelo, lastimándose una rodilla. La muchacha se levantó, miró hacia atrás, y continuó corriendo aunque con mayor dificultad a consecuencia del golpe.

Algo era algo.

Una chica joven.

«¡Dígame!».

«¡No, es tarde! ¡Te lo merecías! ¡Es el castigo de Dios!».

«¡Cállese!».

Cogió una hoja de papel y escribió las frases. Luego anotó los nombres de todos los implicados: la hermana muerta, su excompañera de piso, la monja que había visto huir a la presunta homicida, la ayudante que acompañaba a sor María en sus visitas a la clínica del doctor Pastor, los dos médicos, el cura. Incluso Dimas.

Levantó la cabeza al ver pasar a Miriam.

—¿Has visto a Quesada?

—No —le respondió ella.

—¿Tampoco ha llamado?

—Te lo habría dicho.

—Perdona.

Volvió a la corta lista, la examinó y, al no encendérsele ninguna bombillita en la cabeza, se levantó para ir al encuentro de Miriam.

—¿Puedes buscarme el teléfono de la clínica del Buen Pastor?

—¿Sabes las señas?

Se las dio y esperó. Miriam cogió la guía telefónica. No tardó más allá de quince segundos, eficiente y rápida como siempre. Anotó el número en un papel y se lo entregó sin decir nada.

—¿Dónde está tu espíritu navideño? —dijo él.

—Falta una semana para Navidad, súper.

—¿Y el prenavideño?

Miriam le clavó la mirada.

Hilario la dejó atrás. No siempre era un cascabel.

Se sentó en su mesa, cogió el auricular y marcó el número. No se puso la telefonista o recepcionista de un rato antes, porque la voz fue de hombre.

—Buen Pastor, dígame.

—¿El doctor Pons?

—No está. ¿De parte de quién?

Colgó.

Quesada tal vez tardase, así que mejor no perder el tiempo. Se levantó para ir a la casa de Claudio Pons. Quizá supiera ya lo de la muerte de la hermana María, quizá no. Pero si su ausencia tenía que ver con el incidente, cuanto antes averiguarlo... Recogió el abrigo pero no pudo dar más allá de unos pocos pasos. Rosendo Artigas, uno de los compañeros de homicidios, le cortó el camino.

No era mal tipo. Veterano, eso sí. Con métodos de otros tiempos. Pero trataba de ser siempre conciliador. Algunos lo llamaban Papá Artigas. Le faltaba muy poco para la jubilación.

—Soler, ¿tienes un minuto?

—Sí.

—Oye... —Artigas buscó las palabras adecuadas—. ¿No crees que deberías arreglar las cosas con Peláez, aunque solo fuera para que no hubiera tensiones en el departamento?

—Eché a un chico por la ventana —dijo una vez más, la enésima.

—Ya, pero es tu palabra contra la suya, y él asegura que no, que al chaval le entró el pánico y saltó.

—Yo estaba allí.

—¡Pero no lo viste, únicamente oíste cosas! ¡Y le exoneraron el mes pasado, por Dios! ¡Si creías que tenías que denunciarle, lo hiciste, bien, pero ya se acabó!

—No, no se acabó, lo siento. —Intentó mostrarse sereno—. Perseguimos asesinos y tenemos a uno aquí. No puedo aceptar eso.

—¡Coño, Soler, no me jodas! ¡No podemos seguir así, porque tarde o temprano la cosa va a estallar! ¡Ya le golpeaste en septiembre, porque se pasó, estoy de acuerdo! ¡Cualquier día...! ¿Qué, vais a mataros?

—Me mandó a unos matones para que me dieran una paliza.

—¡No sabes si fue él! Mira —Artigas trató de calmarse—, seguro que si lo hablamos, todos, Peláez lo olvida.

—¿Crees que puedo olvidarlo yo, borrar de mi mente el grito de pánico de ese chico cayendo o el ruido de su cuerpo estrellándose contra el suelo?

—¡Era un comunista, se cagó en los pantalones! ¡Tenía propaganda subversiva en su habitación!

Hilario ya no le respondió.

Se sintió cansado.

Toda la energía con la que había llegado a la comisaría acababa de desvanecerse.

De golpe.

—Lo siento, Artigas.

Su compañero también se rindió.

—Como quieras, pero no digas que no te he avisado. Esto ya dura demasiado, acabará mal y lo sabes.

Hilario le vio alejarse.

Un buen intento, pero fallido.

Porque era verdad: seguía escuchando aquel grito, y el sordo impacto del cuerpo al destrozarse contra la calle, mientras el padre y la madre de Jaume Crusat se desencajaban y le miraban atónitos.

Iba a ponerse en movimiento de nuevo cuando apareció Ernesto Quesada por la puerta del departamento.

—¿Todo bien? —quiso saber con el ceño fruncido.

—Sí.

—No lo parece.

—¿Ha averiguado algo? —Fue directo Hilario.

—¿Por dónde empiezo?

—Por las clínicas.

—Pues... la verdad es que todo parece normal en las dos, pero hay un dato en la de Sugrañes que me ha producido urticaria, y de la buena. Solo en noviembre murieron treinta y siete recién nacidos.

—¿En serio?

—Como lo oye. La cifra da que pensar, ¿no?

—¿Y de qué murieron?

—La mayoría por otitis. Cinco en un solo día. He preguntado y dicen que es algo común, pero claro... Otros meses también ha habido muertes prematuras, partos complicados y bebés que ya venían mal, aunque no tantos. Hay hidrocefalias, nacimientos prematuros y cosas así. Incluso lo de la muerte súbita.

—¿Madres?

—Ninguna.

—¿No es raro? Por lo general se salva la vida al bebé si hay que elegir entre él y la madre.

—La primera madre muerta en el historial, yendo hacia atrás, es de agosto.

—¿Y en la clínica del Buen Pastor?

—Las cifras son más normales. Cinco bebés muertos el mes pasado, tres en octubre, ocho en septiembre...

Hilario se quedó callado.

Seguía tenso por la conversación con Rosendo Artigas, a la que ahora se sumaban aquellos datos.

«Cuando se trata de asesinatos u homicidios, nunca hay casualidades», solía decirle su instructor.

—¿Algo de Esperanza Soldevilla?

—Sí —Quesada sacó pecho por su eficiencia—, salvo que no saben su dirección actual. La hermana Esperanza dejó de creer en su sagrada misión, se apartó primero de ella y después perdió la fe. Tras un informe muy negativo, sin precisar quién lo hizo, se le revocaron los votos y se la expulsó de la orden.

—¿No lo dejó ella?

—No. La echaron.

—¿Dónde ha preguntado?

—En todas partes, y de su actual paradero, ni rastro. Además, no me han dicho nada así por las buenas. Me ha costado lo mío. Eso de que una monja pierda la fe no les gusta demasiado, se vaya por su cuenta o la despidan.

—Pues esto hace más urgente dar con ella.

—¿Cree que tenga que ver con la hermana María?

—Es un cabo suelto que merece la pena ser atado. ¿Ha mirado en la guía telefónica?

—No hay ninguna Esperanza Soldevilla.

Hilario no se conformó.

—Las personas tienen padres, madres, hermanos, hermanas... — reflexionó—. Llame a todos los Soldevilla del listín telefónico, sean los que sean, a ver si hay suerte y da con un pariente.

—De acuerdo —asintió Quesada.

—Algo más. La mujer que vieron salir corriendo es joven, diecisiete a diecinueve años, y estaba muy asustada. Tropezó y se cayó. Tiene una rodilla lastimada. Buscamos a una chica.

—Si estaba asustada es que no la mató deliberadamente. Discutían, la empujó y tuvo mala suerte.

—Es lo que creo. Se le fue la mano. Pero sigue siendo homicidio, por involuntario que sea. —Dio un primer paso en dirección a la puerta.

—¿Se va? —dijo Quesada.

—Voy a ver si localizo al doctor Pons en su casa. Me da mala espina que siga ausente de su clínica. Me llevo el coche. Llámeme por radio si encuentra algo. Yo lo haré en cuanto pueda para que nos reunamos.

Ernesto Quesada asintió con la cabeza.

Hilario salió de la comisaría con mucha más prisa de la que había entrado no mucho antes.

12

Claudio Pons vivía en la parte derecha del Ensanche. Aparcó el coche en la misma esquina al ver el número del edificio, calle Gerona con la de Valencia. Colocó el distintivo policial a la vista, y tras subirse las solapas del abrigo y encogerse lo más que pudo, caminó hasta el portal de la casa, un edificio elegante, antiguo y caducamente señorial. En la acristalada garita de la portera no vio a nadie. La mujer de la clínica, al escribirle la dirección, no le había puesto la planta ni el piso, así que se dispuso a preguntar.

Un anciano de casi ochenta años, en buena forma, y una niña de unos doce, extraordinariamente bonita, bajaban en ese mismo instante el último tramo de la escalera para enfilarse en el vestíbulo rumbo a la calle. Hilario se detuvo ante ellos.

—Perdone, ¿el piso del doctor Pons?

El anciano le miraba sin disimulo, como si le reconociera de algo.

—Principal primera —dijo.

—¿Nos conocemos? —Dudó Hilario.

—No, pero le vi una vez, en la comisaría central de policía. Lo recuerdo porque me hablaron muy bien de usted.

—Espero que no estuviera detenido.

—No, ya no —sonrió de una forma extraña—. Fui policía, inspector, imagino que como usted, pero de eso hace muchos años, antes de la guerra. Estaba allí por otro asunto.

—Hilario Soler. —Le tendió la mano—. Un placer, señor.

—Miquel Mascarell. —Le correspondió el hombre—. Esta es mi hija Raquel.

—Hola —la saludó.

—Hola —dijo ella con un deje de timidez.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumplo trece en febrero.

—Bien. —No supo qué más decir.

—¿Qué tal es ahora el cuerpo? —le preguntó el señor Mascarell.

—Imagino que como en su tiempo, solo que con otros vientos. —Fue

discreto, aunque tratándose de un expolicía de la República...

—Claro, claro.

—Mamá nos reñirá por llegar tarde —mencionó Raquel.

Hilario fue el primero en volver a ponerse en marcha.

—Un placer, y gracias, de colega a colega. —Se despidió del anciano tendiéndole la mano.

El hombre se la apretó con fuerza.

Carácter.

—Suerte.

—Siempre es necesaria.

Mientras subía la escalera, Hilario se preguntó si algún día llegaría a tener ochenta años y, si lo hacía, si conseguiría estar en tan buena forma. Hubiera jurado que el anciano era el abuelo de la niña, y sin embargo era el padre. Asombroso.

O no.

Se olvidó de él cuando se detuvo delante de la puerta del doctor Pons.

La mujer que la abrió rondaría los sesenta años. Vestía con rigidez y su rostro tenía muy cinceladas las líneas de su personalidad. La dureza de los ojos acababa de conferir a su aspecto un tono desabrido. Para nada le cambió la expresión con la pregunta.

—¿El señor Claudio Pons?

—Está indispuerto, lo lamento.

No le preguntó quién era ni qué quería.

Hilario sacó su omnipresente credencial.

El rostro se mantuvo igual.

Pero la miró atentamente por espacio de unos segundos, tal vez mientras su mente iba y venía por los páramos de su templanza.

—Pase —acabó invitándole a entrar.

Por segunda vez, ninguna pregunta.

Una esposa dócil.

O distante.

—Si quiere aguardar aquí, por favor. Voy a avisarle. —Le abrió la puerta de una sala con dos butacas, una mesita y estantes repletos de libros—. Aunque le repito que está indispuerto.

Lo dejó solo.

Hilario paseó una mirada por el entorno. Hacía frío. Tocó el radiador de la calefacción y estaba apagado. No había ninguna fotografía del Caudillo,

pero sí una del Papa, solemne, suficiente para impresionar y dejar bien a las claras que allí el catolicismo era extremo. No se sentó en ninguna de las butacas porque eran del tipo mullido, en las que uno se sienta y se hunde, con lo cual levantarse acaba siendo un suplicio, más si eres una visita. Esperó de pie, atento a los sonidos que pudieran llegar del otro lado de la puerta, pero no alcanzó a oír nada.

Claudio Pons tardó menos de un minuto en dar señales de vida, y desde luego, si estaba indispuerto, lo disimulaba bien. Le calculó la misma edad que su esposa. Como mucho dos o tres años más. La mano que le estrechó era fina, de piel suave y transparente, poblada ya por manchas oscuras a causa de la edad. Fue un apretón flácido, sin fuerza.

—Buenas tardes, doctor Pons.

—Buenas tardes. —La voz intentó parecer serena—. ¿Me ha dicho mi esposa que era policía?

—Inspector Soler, homicidios.

—No entiendo...

—Escuche. —Le detuvo Hilario—. No me andaré por las ramas. No creo que valga la pena. Creo que sabe perfectamente por qué estoy aquí.

—No atino... —Parpadeó un par de veces.

—¿Seguro?

El silencio fue más revelador que mil palabras llenas de excusas o razones.

—¿Quién le ha notificado la muerte de la hermana María, el doctor Sugrañes?

Su edad aumentó diez años de golpe.

—Sí —admitió.

—¿Qué puede decirme al respecto?

Su anfitrión se envaró. Hubo algo de solemnidad en ello.

—¿Qué quiere que le diga? Me ha impresionado, eso es todo. Era una persona a la que admiraba, apreciaba y respetaba. Llevábamos años juntos, es decir, años con ella asistiendo las necesidades espirituales en mi clínica. Salvo eso... no teníamos más contacto.

—¿Tanto le ha impresionado su muerte como para irse de la clínica y quedarse en casa?

—Inspector, no sé de qué pasta está hecho usted, pero algunas personas tenemos corazón y sentimientos. Encima, la forma en que ha muerto esa pobre mujer... —Contrajo la cara en un gesto de dolor—. ¿Tiene idea de

quién haya podido matarla?

—Esperaba que eso me lo dijera usted.

—¿Yo?

—Buscamos a alguien con un motivo.

—¿Qué motivo tendría una persona para cometer un crimen tan detestable?

—¿Y por qué habla de crimen?

—El doctor Sugrañes me ha dicho que la han echado escaleras abajo.

—Pudo ser un accidente.

—¿Después de una disputa?

—Está informado.

—Escuche. —Los años iban amontonándose sobre sus espaldas—. La hermana María era una mujer devota y entregada a su trabajo. Hacía el bien, no el mal. ¿Motivos? Absurdo. Probablemente sea algo más sencillo que se me escapa. Entiendo que esté aquí, cumple con su cometido, pero le juro que no sé cómo podría ayudarle. Soy médico y me ocupo de mis pacientes. La hermana María cuidaba de sus almas. Apenas hablábamos.

—¿No sabe nada de ella, amistades, vida...?

—No.

—¿Y su compañera?

—¿Qué compañera?

—La hermana Amalia, que la asistía no sé si solo a veces o todos los días.

—Lo mismo, salvo que es más joven y cariñosa.

—¿Sabe su apellido?

—No.

—¿Por qué le ha telefoneado el doctor Sugrañes?

Los ojos del médico se empequeñecieron. Empezó a recuperar su dignidad, como si de pronto, además, recordase que estaba en su casa.

—Su tono no es el más adecuado, ¿no le parece?

—Responda, por favor.

—El doctor Sugrañes y yo somos amigos, colegas. No íntimos, pero sí amigos. Al saber la noticia, y sabiendo que ella también colaboraba en mi clínica, ha tenido la delicadeza y amabilidad de comunicármelo. Yo habría hecho lo mismo con él.

—Doctor, ¿es normal que mueran treinta y siete bebés, la mayoría de otitis, en una clínica?

El golpe fue directo al plexo solar.

Claudio Pons incluso se tambaleó.

—¿Sabe usted algo de gestaciones, partos, complicaciones pre y pos alumbramiento, bebés no natos, prematuros...? —Llevó aire a sus pulmones—. Por supuesto que es posible. Ya que conoce el dato, le diré que el doctor Sugrañes estaba muy impresionado por todo ello el mes pasado. La otitis se convirtió en una plaga impensable. Mueren más bebés de lo que se imagina. Lo que pasa es que tratamos de no darle publicidad a eso, mantenerlo lo más en secreto que podamos, para no afectar a las madres gestantes o a las que se estén planteando tener hijos. Nuestras clínicas son de lo mejor, y los médicos lo mismo, pero sigue habiendo una herencia del pasado que hemos de superar poco a poco, problemas de nutrición, economías mínimas, incultura, incluso mujeres que después de dar a luz a diez, doce o quince hijos, están agotadas, sin fuerzas ni reservas. Las mujeres que hoy tienen entre veinte y treinta años vivieron el hambre y el dolor de la guerra, y más aquí, en Barcelona, con los bombardeos que afortunadamente ayudaron a liberar la ciudad pese a sus estragos.

—Doctor Pons, la mujer que empujó a la hermana María escaleras abajo tiene entre diecisiete y diecinueve años. Es casi una niña. Le pidió que le dijera algo, y ella se negó. Adujo que era un castigo de Dios. ¿No se imagina a qué se refería con esa petición?

—No.

—¿Por qué no le creo?

—¿Cómo dice?

—Me ayudaría, y se ayudaría, si me dijera por qué una muchacha ha llegado a tal extremo?

Le acababa de colocar al borde de un precipicio.

Claudio Pons se aferró a él y a su dignidad.

—¡Señor, no le consiento...!

—¿Qué buscaba esa joven, doctor?

—¡No lo sé, y le pido que se vaya de esta casa ahora mismo!, ¿me oye? ¡Ahora! ¡Y quiero... le exijo que me diga quién es su superior!

—¿Va a presentar una queja?

—¡Ser policía no le da derecho a acosar a personas decentes, y más a las que sirven a la sociedad, como yo! ¿Cree de verdad que he tenido algo que ver en la muerte de esa monja? ¿Está tan loco?

—No, usted no ha tenido nada que ver —concedió Hilario—. Pero cuando averigüe la verdad, y la averiguaré, no le quepa duda de que volveré a

verle.

—¿Me está amenazando? —Se puso lívido.

—No. —La calma de Hilario le irritó todavía más—. Solo se lo digo, para que lo sepa.

Claudio Pons le abrió la puerta de la sala.

—¡Váyase! —Le tronó la voz.

Al otro lado de la puerta estaba la esposa, con las manos unidas a la altura del pecho y muy apretadas. Su rostro ya no denotaba estoicismo. Ahora era todo un poema en el que se reflejaban el miedo, la tristeza, el dolor.

No tuvieron que acompañarle.

Llegó a la puerta del piso, la abrió, salió al rellano y la cerró.

Pero no bajó la escalera.

—Claudio... —escuchó la voz al otro lado.

—¡Cállate, Carmen, ahora no!

—Por Dios, has de...

—¡No!

—¿Adónde vas?

—¡Volveré lo antes que pueda, tranquila! ¡Y no llores, hazme el favor!

Hilario bajó a toda prisa el tramo de escalera, cruzó el vestíbulo a la carrera, pasó por delante de la vacía garita, con la portera ausente, y se metió de cabeza en el coche, aunque agazapado para que el doctor Pons no alcanzara a verle al salir.

Al otro lado de la calle reconoció al expolicía republicano con el que había hablado, a su hija y a una guapa, muy guapa mujer de unos cuarenta años.

Se olvidó de ellos cuando, un minuto después, su objetivo salió también a la carrera del portal de su casa.

13

Las opciones eran tres: que Claudio Pons se alejara a pie, que cogiera un autobús, un taxi o su propio coche, y la última que se dirigiera a la parada de metro más cercana. Podía seguirle más o menos cómodamente en las primeras, pero en la última, salvo que aparcara el automóvil y se mantuviera a una prudente distancia, le sería mucho más difícil. Además, odiaba convertirse en perro de presa, yendo tras los pasos de los sospechosos.

El médico cruzó la calle. Cuando ya no podía escuchar el motor, Hilario puso su vehículo en marcha. Lo vio meterse en un Citroën Tiburón, posiblemente el coche que menos le gustaba de los que ya circulaban por la Barcelona del desarrollismo. El hombre parecía más que afectado. Su conducción nerviosa hizo que nada más desaparecer casi se empotrara con otro automóvil, que le eludió mandándole un bocinazo de aviso. Luego arrancó a más velocidad de la permitida.

Le siguió a corta distancia.

En ningún momento, Claudio Pons volvió la cabeza.

Fue una persecución marcada por la incertidumbre y el caos. Si al desaparecer casi había colisionado con un coche, a lo largo del trayecto no le fue mejor con otros vehículos. Primero, una moto con sidecar, a la que pasó rozando por tratar de adelantarla con muy poco espacio. Después, un semáforo, que se saltó en rojo. Hilario pensó que iba a perderlo, pero el médico tuvo que detenerse en el siguiente y mantuvo el contacto visual.

Fueron hacia la avenida de la Meridiana y entraron en el barrio del Clot.

La casa frente a la que se detuvo Claudio Pons, en doble fila, porque la calle estaba ya llena de vehículos, era muy vieja, grande y oscura, con la mayoría de ventanas no solo cerradas por el frío, sino con las persianas bajadas. Por la falta de signos de vida era casi como si estuviera abandonada. Necesitaba un buen lavado de fachada. Había cuatro plantas. El médico cerró el coche y se metió en el portal nuevamente a la carrera.

Tocaba esperar.

Mientras lo hacía, se abrió un hueco en la acera frontal e Hilario lo aprovechó. Con el coche ya seguro apagó el motor y continuó su vigilia.

La radio sonó tres minutos después.

—Coche 9 —respondió a la llamada—. Inspector Soler.

La voz de Ernesto Quesada le llegó envuelta en el habitual tono metálico surgido a través de las ondas.

—¿Señor?

—Sí, Quesada, diga.

—¿Dónde está?

—En el Clot, siguiendo al emérito doctor Pons. Luego le cuento. ¿Qué ha averiguado?

—He dado con un tal Lorenzo Soldevilla. Dice que tiene una sobrina que se llama Esperanza y es monja, pero que no sabe dónde está porque no tiene tratos con ella. Me ha dado la dirección de su hermana Caridad.

—Esperanza y Caridad, perfecto. —Dejó escapar un pequeño resoplido de sarcasmo—. ¿Dónde es?

—En la calle Canalejas, en Sants.

—Al otro lado de Barcelona. —Se resignó.

—¿Nos vemos allí?

—No tengo ni idea de cuánto estaré aquí de vigilia. Espero que salga Pons para ver adónde ha ido con tanta prisa después de atornillarle en su casa.

—¿Sospechoso?

—Parece que en este caso todos mienten. La hermana María era una santa, insisten en ello, pero nadie habla de su posible lado oscuro. Encubren algo y quiero saber qué es.

—¿Entonces qué hago?

Lo meditó. Le echó un vistazo al reloj. Era temprano. Les quedaba mucho por investigar a lo largo de la tarde. Quizás también de la noche. Y prefería ver por sí mismo a la tal Caridad Soldevilla.

—Reúnase conmigo. Coja un taxi. Le espero aquí.

—Salgo ahora mismo.

Le dio la dirección exacta y cerró la comunicación. Calculó entre quince y veinte minutos para que llegara Quesada. Pons debería tardar menos en marcharse, teniendo en cuenta que había dejado el coche en doble fila. Pero la calle era tranquila, así que también podía tomárselo con calma.

Y prefería entrar en el edificio ya sin el médico. Tener una baza más por si necesitaba atornillarle después.

Hilario recuperó el buen momento de un rato antes, en casa, con Roser.

Sonrió.

Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con el sexo.

Tenía que ir más a comer a casa.

Se entretuvo contemplando a la gente que transitaba por la calle, abrigada al máximo. Gente de todo tipo. Una mujer sola y ensimismada, dos chicas parloteando y riendo despreocupadas, un anciano empujando un carrito con un bebé, una pareja entrada en años que iba del brazo con cierta señorialidad, un hombre joven corriendo como si llegara tarde a una cita, una parejita cogida de la mano...

Una pareja de silenciosos enamorados adolescentes.

¿Qué haría el día que Montserrat le dijese que tenía novio?

¿Y por qué Ignacio, siendo mayor, era tan diferente? ¿O le preocupaba menos?

¿Porque era un chico?

Se sintió machista.

Claudio Pons reapareció a los siete minutos desde el momento en que Hilario había cortado la comunicación con Quesada. No lo hizo corriendo, ni nervioso o atribulado. Más bien todo lo contrario. Salió del portal, comprobó que el coche siguiera en su sitio, miró el suelo y el peso de su abatimiento pareció aplastarle. Fue hacia su vehículo, pensativo, se metió dentro y no arrancó. Desde el otro lado de la calle, Hilario le vio apoyar la cabeza en el respaldo de su asiento. Posiblemente cerró los ojos.

Se mantuvo así, quieto, otros dos o tres minutos.

Hasta que reaccionó, puso el motor en marcha y se alejó de la escena.

Hilario volvió a otear el edificio.

Ningún signo de vida en las cerradas ventanas.

A los quince minutos, y sin que su compañero llegara, bajó del coche y pasó por delante del portal. El vestíbulo era oscuro, pero tenía portería y portera. La vio dormitar aureolada por una luz mortecina que se desparramaba sobre ella cenitalmente. La tenía suspendida por encima de su cabeza. Parecía un preso en un interrogatorio a manos de Creix.

Finalmente, Quesada llegó en taxi dos minutos después. Le vio pagar el trayecto y se reunió con él.

—¿Qué tal? —fue su primera pregunta.

—Pons ha salido hace un rato, muy amilanado.

—¿Y por qué se le ha ocurrido seguirle?

—Me ha echado de su casa, muy nervioso, cuando le he acusado de mentir o no decir lo que sabía de la hermana María. Entonces he oído a su

mujer preguntarle adónde iba. Ha conducido muy nervioso hasta aquí.

—¿Y qué espera encontrar?

—Ni idea. Pero vamos a averiguarlo.

Fue el primero en entrar en el portal. Cruzó el pequeño vestíbulo y carraspeó al llegar a la portera, para despertarla. Cuando la mujer abrió los ojos él ya tenía la credencial en la mano. Se la puso tan cerca del rostro que la mujer bizqueó para verla.

—Hace un rato ha entrado y salido un hombre. ¿A qué piso ha ido?

Quizá fuera el sobresalto. Quizá el susto. Quizá algo más.

—¿Un... hombre?

—El doctor Pons.

—Bueno... —Soltó aire—. No sé su nombre. Pero ha ido al cuarto, señor.

—Gracias.

No había ascensor, así que subieron a pie. La escalera estaba tan oscura como la fachada. La única luz penetraba por unas diminutas ventanas, más bien respiraderos, situados entre planta y planta, con los cristales opacos y sucios. Al llegar al cuarto piso se dieron cuenta de que únicamente había una puerta, mientras que en las restantes plantas eran dos por rellano. Antes de llamar, Hilario aplicó el oído a la madera.

Ningún ruido.

—Bien —suspiró—. Allá vamos.

Pulsó el timbre.

Pasaron cinco segundos. No había mirilla óptica, así que una voz de mujer preguntó:

—¿Sí? ¿Quién es?

Hilario no se anduvo por las ramas.

—Policía. Abra.

La persona que estaba al otro lado le obedeció de inmediato. Bajo la luz del recibidor quedó enmarcada la imagen de una mujer rechoncha, que llevaba una bata, una escoba en la mano y el pelo muy revuelto.

Claro que lo de menos fue ella.

Hilario abrió la boca pero la cerró de nuevo.

Porque por detrás de lo que parecía ser una mera asistente o criada, en una sala empezó a ver a otras mujeres, muy jóvenes, algunas incluso muy niñas, adolescentes, y todas con un denominador común.

Estaban embarazadas en mayor o menor grado.

14

Las embarazadas se habían quedado al otro lado de la puerta, tan silenciosas como asustadas. Contaron catorce. Ninguna llevaba menos de seis meses de gestación. Todas tenían barrigas evidentes, indisimulables. En la sala ahora quedaban únicamente la mujer y ellos dos, sentados en tres sillas.

Dejaron que acabase de llorar.

Solo eso.

—¿Cómo se llama usted?

—Remedios.

—Tranquilícese, ¿de acuerdo?

Le miró como una hija miraría a su madre.

—No, si no estoy asustada. Solo es... bueno, la impresión. Aquí lo único que hago es limpiar, hacer las camas, cocinar y si pasa algo...

—¿A quién llama?

—Al doctor Pons.

—¿Claudio Pons, el hombre que acaba de estar aquí?

—Sí.

—Entonces usted no tiene nada que temer.

—No, ya.

—Pero díganos la verdad, o entonces sí se meterá en un lío.

—¿Cómo voy a mentirle a la policía, señor? —Se llevó una mano al pecho.

—Dice que si hay un problema llama al doctor Pons.

—Sí.

—¿Y al doctor Sugrañes?

—¿Sugrañes? No, ese no me suena.

—¿No lo conoce? Mariano Sugrañes.

—No, no.

—¿Qué quería el doctor Pons cuando ha venido hace un rato?

—Saber cuántas chicas teníamos en este momento?

Hilario levantó las cejas.

—¿No lo controla él?

—No, eso es cosa de la hermana María y la hermana Amalia. Ellas saben las condiciones de cada una de las recogidas.

—¿Recogidas? —intervino Quesada.

—Bueno... es una forma de decirlo, no sé si me entiende.

—¿Qué le ha dicho Pons? —preguntó Hilario.

Remedios bajó la cabeza.

—Que no hablara con nadie —susurró sin alma.

—¿Algo más?

—Solo que la hermana Amalia sabría qué hacer.

—¿Le ha dicho que la hermana María había muerto?

—Sí, sí señor. —Continuó con la cabeza bajada y la mirada perdida en el suelo, con las manos unidas sobre su regazo.

—¿Cuándo vendrá la hermana Amalia?

—No lo sé. Viene cuando le toca. Imagino que en el momento de saber lo que le ha sucedido a la hermana María, se acercará por aquí. De hecho ella solo colabora en plan de ayuda, aunque es la mano derecha de la hermana María.

—¿Hay alguna mujer más, aparte de las catorce que hemos contado?

—No, ahora no.

—¿Ahora? ¿Qué quiere decir?

—Pues que a veces hay más y a veces hay menos. Diez en este lado y cuatro en el otro. Los dos pisos de la planta están unidos y se eliminó la otra puerta.

—¿Por qué diez y cuatro?

—Las cuatro señoritas que tienen habitaciones individuales son las que pagan. Bueno, sus padres. Las otras son las que comparten cuarto y están en otras condiciones. Caben cuatro y hasta cinco en cada habitación, en literas o apretadas, porque cuando pasan de los ocho meses ya no están para subir escaleritas. Y a punto de parir, menos.

—¿A qué clase de condiciones se refiere?

—En general no lo sé, señor. Cada cual con la suya. Eso era cosa de la hermana María cuando decidía traerlas aquí.

Hilario miró a Quesada.

—Tocará hablar con todas —le dijo.

—Señor inspector. —Remedios empleó un extraño tacto para decir lo que tenía que decir—. Yo no sé mucho de esas cosas, pero la mayoría son menores de edad. Ni yo lo hago. Lo tengo prohibido. Y entre ellas ni siquiera

usan su verdadero nombre.

Desde que la gente veía películas americanas, con abogados por todas partes y la continua defensa de los derechos de los detenidos por bandera, todo el mundo creía que en España se funcionaba igual.

Aunque, de todas formas, no le gustase hablar con niñas.

Quesada se mordió el labio inferior.

—¿Qué edad tiene la mayor? —preguntó Hilario.

—Veinticuatro años, señor —respondió la asistenta.

—¿Y la que sigue?

—Veintiuno.

—Vaya a buscar a la de veinticuatro —le pidió.

La mujer se levantó de la silla. Se movió con paso vacilante. Todavía se le doblaban las piernas. Salió de la sala y los dejó solos. Desde su entrada en el piso, ellos dos todavía no habían intercambiado ninguna palabra relativa a su descubrimiento.

Era el momento.

—Menores de edad, Santo Dios —rezongó Quesada.

—Alucinante, ¿no?

—Es más que alucinante. Esto es una bomba.

—Y no quiero que nos explote. —Levantó el dedo índice de su mano derecha.

—Ni siquiera sé qué podemos hacer.

Hilario meditó acerca de ello.

—De momento estamos investigando un homicidio que, por lo que parece, cada vez se presenta más como accidental. Sea lo que sea lo que descubramos, lo pondremos todo en el informe. Los que habrán de decidir qué hacer, si es que se hace algo, son otros.

—¿Cómo no se va a hacer nada? —Se asombró Quesada.

—¿No ha oído lo de las cuatro que están aquí de pago? ¿Cree que sus familias las mantienen ocultas solo por la vergüenza de que se sepa que están embarazadas? Si pagan es por algo más, y porque que se trata de gente con medios, probablemente familias de nombre.

—Gente poderosa.

—Sí.

La puerta de la sala volvió a abrirse. En el quicio apareció una joven desaliñada, de apariencia mayor que los veinticuatro años que se decía que tenía, ojerosa y mal vestida. Su embarazo debía rozar los ocho meses. Los

miró con cierto desafío sin perder por ello la cautela que su presencia le imponía.

Mientras la puerta estaba abierta, pudieron oír con claridad una voz que rozaba la histeria.

—¡Quiero hablar con mi papá! ¡He de hacerlo!

—¡Cállate, haz el favor! ¿No ves que...?

Alguien cerró la puerta por el otro lado. Tal vez la asistenta.

—Siéntate. —La tuteó Hilario.

Le obedeció. Pasó junto a Quesada, rozándolo tal vez deliberadamente, y ocupó la silla en la que antes se había sentado Remedios. Quedó con las piernas ligeramente abiertas, con las manos por debajo de su barriga. Tenía las pantorrillas algo hinchadas y calzaba unas pantuflas muy viejas.

Hilario imaginó que en el pasado había tenido algunos encuentros con la policía. Conocía el tono, la mezcla de respeto y desafío.

—¿Cómo te llamas?

—Úrsula.

—¿Tienes apellidos?

—Fernández Miranda. —Y agregó—: ¿Saben que no pueden detenerme por esto?

—¿Quién dice que vayamos a detenerte?

—No sé, solo lo digo. —Se encogió de hombros.

—Dime tú por qué estás aquí.

—¿No lo sabe?

—Tal vez sí. Pero quiero oírtelo decir. Habla.

Úrsula Fernández Miranda se pasó una mano por la panza. Lo hizo como si acariciara una sandía de lustrosa corteza. Hubo algo de amor en su gesto, pero más de resignación e indiferencia.

—¿Qué le parece esto? —dijo.

—Estás embarazada, sí. ¿Y?

El tono fue ahora amargo.

—Un niño sin padre.

—¿Vas a darlo en adopción?

—Sí.

—¿Libremente?

—Claro.

—¿Cobrarás por ello?

—¡No!

—¿En serio?

—¡Yo no soy una mala persona, únicamente quiero lo mejor para él, o para ella! —Cerró sus manos con pasión.

—¿Y por qué estás aquí?

—Me cuidan y de paso cuidan al bebé —lo expresó con la mayor de las naturalidades—. Se aseguran de que tanto él como yo estemos bien llegado el momento. Yo no tengo donde caerme muerta, ¿saben? Una vez haya parido a mi hijo podré rehacer mi vida y él tendrá un hogar, una vida mejor de la que yo pueda darle. ¿Le basta con eso?

—¿Cuánto llevas aquí?

—Tres semanas. Me toca la próxima.

—¿Conoces a la hermana María de la Paz?

—Sí, claro.

—¿De qué?

—Me dijeron que ella podía arreglarlo todo. Fui a verla y aquí estoy. Sé que ya tiene un hogar para lo que venga. Buena gente.

—¿Y a la hermana Amalia, la conoces?

—Sí, un poco, pero viene menos y apenas si he hablado con ella. Ayuda a la hermana María, es todo lo que sé. —Movi6 un poco la cabeza y agregó—: Bueno, a veces lleva a una al hospital a parir y cosas así.

—¿Todas estáis igual?

—No sé. Hable con ellas. Aquí cada palo aguanta su vela, aunque las niñas bien no creo que estén en las mismas. Sus padres tienen dinero. —Sonrió con pesar y suficiencia—. Esas son unas crías, todas. Quien con infante se acuesta...

—Gracias, Úrsula. Puedes irte.

—Oiga, ¿por qué están aquí? —preguntó sin moverse.

—La hermana María ha muerto. Alguien la ha empujado por una escalera. Una chica de entre diecisiete y dieciocho años.

—¡No fastidie! —Abrió los ojos.

—¿Ha estado últimamente por aquí una chica así?

—La mayoría de las que están ahí afuera tiene esa edad —comentó con desparpajo mientras se levantaba con dificultad, siempre sosteniéndose la barriga.

—¿Cómo fue el trato con la hermana María? —quiso saber Quesada.

Úrsula se le paró delante.

Quizás arreglada fuese guapa.

—Fui a verla, le conté mi caso, me examinó para ver si estaba sana, quiso saber si lo estaba el padre, si era gitano... Cosas así. Le dije que no, que era un hombre casado y que me dejó en la estacada. El muy cerdo incluso me gritó que no era suyo. Cabrón... La hermana María me ayudó, se portó bien, y luego me trajo aquí para que todo marchara correctamente, ya se lo he contado. Oigan... —Apartó los ojos de Quesada para volver a centrarlos en Hilario. Esta vez con miedo—. Si está muerta, ¿qué pasará ahora con nosotras?

Fue sincero.

—No lo sé.

—No puedo quedármelo. —Su tono se hizo angustia.

—¿Solo ella sabía a quién se lo iba a dar?

—No, probablemente también lo supiese la hermana Amalia.

Hilario no agregó nada más.

Úrsula tampoco lo hizo.

Bajó la cabeza y salió de la sala.

Al otro lado de la puerta ya esperaba la segunda candidata. De nuevo se escucharon gritos histéricos envueltos en lágrimas y voces tratando de calmar a la protagonista del desafuero. Quesada la hizo entrar e Hilario le señaló la misma silla. Al cerrarse la puerta el tumulto quedó ahogado otra vez. La muchacha en este caso sí aparentaba veintiún años y era mucho más bonita y femenina que la primera, aunque en sus formas también había algo de sutil voluptuosidad, una sensualidad y un morbo que destilaban tanto sus curvas como los ojos, profundos, y los labios, grandes y carnosos. Contrariamente a Úrsula, ella sí destilaba miedo.

—Vamos, siéntate. —La apremió al ver que tardaba en hacerlo.

Le obedeció. Su embarazo debía rondar los siete meses, tal vez un poco más, aunque sin llegar a los ocho. Vestía de manera discreta, blusa y falda, y calzaba unos zapatos sin tacón. Apretó las manos, pero más las rodillas, una contra la otra.

—Tranquila. —Hilario empleó su mejor tono—. No vamos a hacerte nada. No estamos aquí por eso.

—Sí, señor.

—Pero vas a tener que responder a unas preguntas.

—Bueno.

—Dinos la verdad, ¿de acuerdo? Siempre es mejor.

—Claro.

—¿Cómo te llamas?

—Lola.

—¿Te trajo también aquí la hermana María?

—Sí.

—¿Cómo diste con ella?

—Por el padre Amancio.

—¿Amancio Galobart?

—No sé, el padre Amancio, el de la parroquia de San Justo.

—Explícate.

—Pues... —Le costó emplear las palabras adecuadas—. Me quedé en estado, me confesé y... Estaba desesperada, ¿entienden? Pensé incluso en suicidarme. —Asomaron dos lágrimas en sus pupilas—. El padre Amancio me dijo que tenía la solución perfecta, para mí y para mi hijo. Le dije que haría lo que fuese, me presentó a la hermana María y ya está. —Se enjugó las dos lágrimas con el dorso de la mano—. La verdad es que se portó muy bien.

—¿Estás decidida a darlo en adopción?

—Sí, sí.

—¿Tienes padres?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Yo...

—Vamos, Lola.

Otras dos lágrimas, más intensas. Empezaba a venirse abajo.

—Les he dicho... que tenía un trabajo en Tarragona.

—¿Qué pasaría si te echaras para atrás?

—¿Qué quiere decir, señor?

—Si en el momento del parto decidieras quedártelo.

No pareció tener respuesta para eso, aunque tras unos segundos de espera dijo:

—Bueno... es mi hijo, ¿no?

Hilario fue a decir algo.

No pudo.

El tumulto amortiguado por la puerta cerrada de la sala se hizo mayor, imparable, hasta adquirir proporciones de escándalo. Ya no era una chica gritando y llorando, ni un coro de voces tratando de calmarla. Ahora al otro lado se escuchaba la voz furiosa, airada, de un hombre.

Hilario y su compañero se levantaron.

El hombre vestía muy bien, con empaque y clase. Traje caro, corbata cara, reloj caro, piel cuidada, perfecto corte de pelo y un aparatoso anillo de matrimonio el doble o el triple del tamaño normal. Parecía más una cadena que el recuerdo de un enlace eterno. Su abrigo, de piel, estaba tirado sobre una silla. Fundido con su corpachón vieron a una niña de unos quince años, con la barriga menos ostensible que las demás, pero solo porque era menuda, no porque estuviese de menos meses. Al recién llegado se le veía congestionado, todavía jadeante, como si hubiera hecho una carrera para llegar hasta allí. Trataba de consolar a la chica, que seguía histérica y al borde de un colapso.

—¡Papá! ¡Papá! —No paraba de gemir.

Al aparecer ellos, las demás embarazadas se apartaron de su vista. Todas. Cerca solo quedó la asistenta, que miraba la escena angustiada sin saber qué hacer.

Antes de que Hilario pudiera hablar, lo hizo el aparecido.

—¿Quiénes son ustedes? —vociferó.

Tendría unos cuarenta y tres o cuarenta y cinco años, y desde luego estaba habituado a mandar, dar órdenes, ser obedecido y gritar. Gritar mucho.

Hilario le mostró la credencial.

Solo eso.

—¿Y usted? —preguntó mientras la devolvía a su bolsillo.

—¡No tienen derecho! —Aumentó más el volumen, si ello era posible, el padre de la niña.

—¿Quiere hablar en comisaría?

No fue tanto la provocación como el tono lo que le molestó todavía más.

Sus ojos echaron chispas.

—¡No tiene ni idea de con quién está hablando! —Le apuntó con un dedo feroz.

—No, no la tengo. —Hilario siguió manteniendo su estoica calma—. Y la verdad, no me interesa, puedo asegurárselo. Pero estamos investigando un homicidio, así que se lo diré por segunda y última vez: ¿quién es usted?

Fue la chica la que evitó la respuesta. Se pegó más y más a su padre, como si más que amor, comprensión o perdón, quisiera fundirse con él.

—¡No dejes que me lleven, papá!

—¡Cállate, Elena! —La sacudió con las dos manos igual que si fuera un pelele—. ¡Bastantes problemas has causado ya!

—¡Papá...! —Se le doblaron las rodillas con patética rendición.

El hombre también pareció tocar fondo. Se vino un poco abajo, lo suficiente como para darse cuenta de la situación. La palabra «homicidio» y la presencia de dos inspectores de policía lo cambiaba todo. Respiró con fuerza y bajó muchos decibelios el tono de su voz.

—¿Podemos hablar a solas?

—Sí —accedió Hilario.

—Gracias. —Soltó una bocanada de aire y por segunda vez agarró a su hija por los brazos, para apartarla unos centímetros. La miró con ojos inflexibles pero menos duros—. Quédate aquí, Elena, ¿de acuerdo?

—¡Papá, no!

—Elena. —La suavidad se hizo extrema—. Ahora cálmate y deja que papá hable con ellos. Todo irá bien, te lo prometo.

Los ojos de la chica eran dos fuentes. Le temblaban los labios, las manos, el cuerpo.

—¡Papá, perdona...! ¡Papá...!

El hombre se dirigió a la asistenta, casi oculta de tan pegada a la pared como estaba.

—¿Puede hacerse cargo de ella?

—Sí, señor. —Tendió las manos para sujetarla—. Vamos, querida, ven. Tu padre solo va a hablar con estos señores, no se irá, tranquila. Estará en la sala, ¿ves?

Logró hacerla suya. Elena quedó con las manos abiertas en dirección a su padre, el rostro atravesado por el dolor y el miedo, pero ya no gritó ni trató de aferrarse a él. Quesada abrió la puerta de la sala. La última interrogada, Lola, también se había esfumado. El hombre entró el primero, Quesada el segundo. Hilario atravesó a la asistenta con ojos de plomo.

—¿Alguna chica más ha llamado a su padre?

—No... no, señor. —Tragó saliva.

—¿Dónde está el teléfono?

—Ahí... —Señaló una de las paredes del recibidor.

—Vigílelo, y como alguien lo toque le aseguro que me la llevo a

comisaría.

Se quedó blanca.

—No se preocupe, señor.

El padre de Elena ya estaba sentado. Quesada seguía de pie, por si acaso. Nada más cerrar la puerta el hombre señaló al subinspector.

—¿Podríamos...?

—Él se queda. —Fue terminante Hilario.

No hubo discusión. Parecía más calmado. Pero seguía siendo «alguien». No podía evitarlo.

—Escuche, inspector. —Abrió las manos con las palmas hacia abajo y se inclinó hacia adelante, para dar mayor énfasis a sus palabras—. ¿Podemos tratar esto de manera razonable?

—Por supuesto.

—En primer lugar, ¿de qué homicidio habla?

—Del de la hermana María.

—¿Ha muerto? —Dilató los ojos.

—Veo que la conoce.

—Dios... —Se echó para atrás y acabó de perder toda su acometividad—. Maldita sea... ¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana. Alguien, una mujer joven, parece que la ha empujado por una escalera.

—Increíble, ¿no? —Empezó a sentirse superado por los acontecimientos.

—¿Cómo contactó con usted, o usted con ella?

—Cuando descubrimos que mi hija estaba embarazada, en el hospital nos dijeron que ella podía solucionarlo todo.

—Dando en adopción al bebé.

—Sí.

—Su nieto.

Apretó las mandíbulas.

—No me juzgue, inspector.

—De acuerdo, perdone. ¿A qué hospital fueron?

—El del Buen Pastor.

—¿Los atendió el doctor Pons?

—Sí.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Por favor... —Se quedó sin aliento.

—Hagamos un trato. Yo no le pregunto su nombre y usted me cuenta la

historia. Sabe perfectamente que no puedo detenerle ni impedir que su hija dé al bebé en adopción, pero habiendo un delito de por medio puedo hacer mucho ruido, no sé si me explico.

Se explicaba.

Lo suficiente.

Y su interlocutor debía ser un empresario, habituado a las negociaciones.

Se resistió solo un poco más.

—¿Qué tiene que ver todo esto —abarcó el piso abriendo los brazos—, con la muerte de esa monja?

—¿Sí o no? —se lo reiteró Hilario.

La última pausa.

—Mi hija tiene quince años, ¿entiende? Es la pequeña. Tengo otras dos. Siempre fue la rebelde, la tozuda, también la mimada, lo confieso. La consentimos demasiado y... Supongo que esas cosas pasan hasta en las mejores familias. —Se tocó el enorme anillo de casado con los dedos de la mano derecha—. Cuando el médico nos dijo que los vómitos, los mareos y todo lo demás era porque estaba en estado... Puede imaginarse cómo nos quedamos.

—¿Pensaron en abortar?

—Por Dios, ¿qué dice? —Se alarmó—. No solo es que sea ilegal. Es que soy católico. Si al pecado de mi hija hubiéramos añadido un crimen... No, eso ni pensarlo. Nunca se contempló. El doctor Pons nos habló de la posibilidad de la adopción y vimos la puerta abierta. Hablamos con la hermana María, que nos tranquilizó de inmediato. Dijo que estaba acostumbrada a estas cosas y que, por suerte o desgracia, había mucha demanda de niños y niñas, familias que no podían engendrarlos, buenas gentes que serían también buenos padres. El problema era cómo ocultar el embarazo a la familia, los vecinos, las amistades, las mismas compañeras de colegio de Elena... Así que cuando ya fue inevitable, la trajimos aquí, también por indicación de la hermana María. Para todos los efectos mi hija está estudiando en el extranjero.

—¿Paga por tenerla aquí?

—Bastantes miles de pesetas, sí —reconoció con dolor.

—¿Iban a cobrar por entregar al bebé?

—¡No! —Saltó como un resorte—. ¿Cómo se le ocurre decir o pensar algo así? Lo único que queremos es que Elena tenga otra oportunidad y el bebé esté bien. Espero que mi hija haya aprendido la lección, por otra parte

muy, muy dura, se lo aseguro.

—¿Y el padre?

—No cuenta. —Hizo un gesto vago—. Otro crío. Creían que el mundo era de color de rosa. Hasta me dijeron que se casarían. ¿Se lo imagina? Sus padres también le cantaron las cuarenta.

—Por lo que he visto, aquí hay otras tres chicas en las mismas condiciones que la suya.

—Eso ya no lo sé. Bastante tengo yo con lo mío. Se nos permite verla, pero siempre bajo horarios estrictos, supongo que para que no nos crucemos con los otros padres. Y ellas tienen prohibido contarse intimidades o dar detalles familiares. De salir Elena a la calle nada, está claro. Por suerte vivimos cerca y tengo el despacho al lado, por eso he llegado tan rápido cuando me ha telefoneado.

—Su hija y esas otras tres tienen habitaciones individuales. Me refería a eso.

—Las otras chicas son distintas, o están bajo otras condiciones, faltaría más. La hermana María me habló de que algunas eran de muy bajo estrato social, y a veces incluso aparecía una prostituta. No creo que esa monja hiciera negocio con ello. Yo pagaba un servicio diferencial, eso es todo.

—He de preguntarle algo personal.

—Bueno, hágalo.

—¿Su hija estuvo de acuerdo en dar a su hijo en adopción?

—Por supuesto. ¿Cómo no iba a estarlo? Era la mejor solución.

—¿No la obligó usted?

—¡No! ¿Cómo puede decir eso?

—Pero la idea fue suya.

—Es evidente. Elena no iba a pensar en algo así. De entrada estaba bloqueada y muy asustada. No paraba de llorar. Se le abrió la única puerta posible dadas las circunstancias. —Hizo una pausa y se comportó de manera incluso más dócil—. Mire, inspector, esto ha sido muy duro para ella, para todos. Una lección de vida. Hacemos lo correcto por el bien de Elena. Eso es todo. Le evitamos y nos evitamos la vergüenza y muchos problemas. ¿Tiene usted hijas?

—Sí.

—¿Qué haría si su hija se le quedara en estado siendo soltera y, encima, menor de edad?

—No lo sé.

—No. Nadie lo sabe hasta que se encuentra con ello. Y es un golpe. Un golpe tremendo. —Hizo otra pausa—. Ahora, si me lo permite, le diré que no entiendo a qué vienen tantas preguntas y qué tienen que ver con la muerte de esa monja.

—Intento comprender qué hacía, cómo lo hacía, y de qué forma la muchacha que la empujó escaleras abajo llegó a ello. Nada más.

El hombre se llevó una mano a la cabeza. Mesó sus cabellos.

—Esto es una pesadilla —reconoció.

—Creo que hemos terminado —dijo Hilario.

El padre de Elena se puso en pie, pero no caminó en dirección a la puerta de la sala. Volvía a dominar la situación, o, al menos, a sentirse dueño de sus actos.

—Yo no le he dicho mi nombre, pero si quiere darme el suyo, quizás algún día...

—Mejor dejémoslo así.

—Tengo contactos.

—Lo imagino.

—¿Puedo preguntarle algo más acerca de la investigación?

—Hágalo.

—La muerte de la hermana María va a provocar un escándalo, ¿verdad?

Lo digo por su condición de monja.

—No es solo por eso. También será por lo que hacía. Pero no creo que se den nombres, y más tratándose de menores, como es el caso de su hija.

Lanzó un suspiro de alivio.

—¿La mató una de esas chicas?

—Es probable.

—Pueden ser muchas.

—Lo sé.

El padre de Elena le tendió la mano. Hilario no tuvo más remedio que estrechársela.

—Suerte. —Le deseó el hombre.

—Gracias. —Fue educado.

Caminó hasta la puerta de la sala, la abrió, salió y la cerró dejándolos solos. Quesada fue el primero que rompió el silencio, dejando escapar toda su rabia contenida.

—Menudo tipo.

—Todo por el bienestar y el honor de su hija —dijo Hilario.

—¿Habla en serio?

La mirada fue lo bastante convincente.

—Vaya a por la asistenta.

Quesada lo dejó solo. Se quedó mirando el suelo, mitad aplastado por el descubrimiento del piso, mitad impresionado por lo que se le venía encima. Si bastante complicado era investigar la muerte de una religiosa, todo aquello convertía el caso en una bomba de relojería. Ningún periódico se atrevería a dar la información. La censura actuaría como una guillotina. Se movía, por lo tanto, sobre una pista de hielo rodeada por arenas movedizas. El caso ideal para que Pablo García le cortara definitivamente la cabeza.

—Mierda —suspiró.

Quesada reapareció con la asistenta, todavía asustada después de la pequeña bronca anterior.

—Nadie ha tocado el teléfono, señor, se lo juro.

Hilario no la hizo sentar.

Solo la fulminó con una mirada acerada.

—Señora, se lo voy a preguntar por última vez: ¿dónde está la hermana Amalia?

La mujer empezó a llorar, apretando las manos contra su pecho.

—No lo sé, señor... Se lo juro.

—Si me miente y la llama al irnos...

—Yo no haría eso. —Lloró aún más—. ¿Mentirle a un policía? ¿Se cree que estoy loca?

—Cálmese.

—Sí, señor.

—¿Qué hará ahora?

—¿Ahora?

—Cuando nos vayamos.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Esperar. ¿Qué quiere que haga? No voy a dejar solas a estas pobrecillas. Ya me dirán qué hacer. La hermana Amalia o quien sea. Yo solo trabajo aquí.

—¿Sabe los nombres y direcciones de las chicas?

—No. Muchas ni emplean el suyo, y hablan poco. Sobre todo las de más posición. Además, van y vienen. Ninguna está más de tres meses. La que más, cuatro.

—De acuerdo, gracias.

—¿Puedo...?

—Sí, váyase a tranquilizarlas.

Salieron los tres de la sala, y tanto Hilario como su compañero ya no se detuvieron hasta la puerta del piso. No hubo más palabras. No había rastro de las catorce mujeres. Todo estaba en calma. Bajaron la escalera en silencio y pasaron por delante de la portera sin decirle nada.

Solo al llegar al coche, Hilario se permitió resoplar y gruñir:

—¡Me cagüen la leche...!

16

Quesada dejó que se tranquilizara unos segundos.

—¿A casa de Caridad Soldevilla? —preguntó finalmente.

—Sí.

—¿Cree que es necesario buscar a la hermana Esperanza, ahora que ya sabemos a qué se dedicaba la hermana María y teniendo en cuenta que se marchó de ese piso hace mucho?

—Creo que sí. Necesito saber más, cerrar el cuadro.

—Bien.

Puso el coche en marcha y buscó la forma de orientarse para ir al otro lado de Barcelona. Mientras Hilario no se lo dijera, no conectó la sirena. No perseguían delincuentes a todo gas, solo investigaban. La sirena molestaba, pero, más aún, hacía que la gente los mirase. Y siempre era mejor el anonimato, pasar desapercibidos.

Hilario esperó a que su compañero hablara.

Sabía que le costaba mantener la boca cerrada.

—Ya sabemos el motivo por el cual esa chica empujó a la monja. —No se demoró ni dos minutos en hacerlo.

Tampoco estaba mal pensar en voz alta.

—Eso parece.

—Se arrepintió de habérselo dado en adopción, quiso recuperarlo, fue a verla y...

—No es tan sencillo.

—¿Ah, no?

—Piénselo.

—¿Qué otra explicación puede haber?

Hilario ordenó algunas de las piezas de su puzle mental.

No demasiadas.

Todavía le faltaban algunas.

—De momento está claro que la hermana María era menos santa de lo que parece.

—¿Me lo aclara?

—Una madre puede arrepentirse, a última hora, y decidir quedarse con su hijo. Perfecto. Está en su derecho. ¿Pero qué pasa si ese bebé ya está adjudicado y los padres adoptivos están al otro lado de la puerta esperándolo?

—¿Se lo pudo quitar?

—¿Por qué no?

—Pero eso sería... secuestro.

—¿Y qué me dice de esos bebés muertos en el parto?

—¿Quiere decir que...?

—Sí.

—¡No fastidie! —Se asustó Quesada.

—Sea lo que sea, estamos cerca. —Apretó las mandíbulas Hilario.

—¡Joder! —Alargó las dos vocales hasta lo indecible.

Recorrieron media docena de calles en silencio. Ya bajaban por la Meridiana para buscar la de Aragón, directa hasta Sants. Cuando Quesada pudo apretar un poco el acelerador se sintió más cómodo.

—A mí lo de ese piso me ha impresionado —expresó lo que sentía.

—Una cárcel de cristal.

—Esas pobres chicas, hacinadas por vergüenza, miedo, culpa... Todas cargando hijos que no van a ver nunca... —Las manos se aferraron al volante con un atisbo de crispación—. ¡Claro que muchas han de arrepentirse! Una vez lo han parido y lo han tenido en sus brazos, le han visto la cara...

—Probablemente ni se los dejen ver, Quesada.

—¿Quiere decir que se los quitan y ya está?

—Sí.

—Oiga, eso es una putada.

—Hay mucha hipocresía social. Ya ha visto ese piso. Unas pagan por el secreto, las hijas de las familias pudientes; otras son mercancía, se quitan el peso de encima pero en el fondo no son más que proveedoras, un banco de bebés, y siempre hay alguien que se beneficia de eso. Todos contentos. Pero le repito que la trama es bastante más confusa. Esas muertes en los hospitales son demasiado... casuales, oportunas, llámelo como quiera.

—Pero hay mucho por donde meter mano.

—Sí —admitió—. Dos médicos, que no creo que lo hicieran todo gratis por muy católicos que sean, un sacerdote capaz de traicionar los secretos de confesión por «el bien» de las jóvenes, y la hermana María como cabeza visible y motor de todo. —Amplió sus reflexiones agregando—: Se necesita un médico no solo para el parto, sino para firmar los papeles, falseando el

nombre de la madre o certificando la muerte de un recién nacido para que la que lo ha parido no pueda decir nada y se resigne. Desde luego los no natos no son mostrados a la madre, eso me consta, así que ¿cómo buscarlo luego? Y se necesita un cura para certificar la partida de nacimiento. Quizá incluso un abogado que legalice los trámites.

—Todo eso sugiere una muy bien montada trama delictiva.

—Lo es.

—Y necesitamos pruebas.

—Exactamente. Pruebas. Lo cual no garantiza mucho.

—¿Cree que esa mujer, Esperanza Soldevilla, nos dirá algo?

—Vamos, Quesada. A veces sumar dos y dos es lo más sencillo. ¿Vive con la hermana María y acaba expulsada de la orden? No sé si nos dirá algo, pero que sabe de qué va esta historia, sí, seguro. También nos queda la otra, la hermana Amalia.

—¿Y si se ha escondido?

—Es una monja. No puede esconderse. Pero vayamos por partes.

—Claro.

Otro silencio. Rodaban ya por la calle Aragón, directa a la plaza de España y la carretera de Sants.

—Suéltelo —dijo Hilario.

—¿El qué?

—Lo que le preocupa. Tiene esa cara...

—Vaya, hombre. Mi cara.

—Sí. Se le nota la preocupación, y creo que incluso la angustia.

—Es que... —Hizo un gesto extraño y chasqueó la lengua—. Estaba pensando que mi mujer y yo llevamos tiempo buscando un hijo, y que hasta hablamos de adopción si, por lo que fuera, fallábamos en el intento. Y justamente ahora, hoy, cuando ella va a ir al médico para saber si está preñada...

—Nos toca este caso.

—Sí.

—Casualidad.

—¡No me salga con esas! ¡Usted siempre dice que no cree en las casualidades!

—En una investigación, no. Pero en la vida... Cálmese. Hay mucha gente que no puede tener hijos, más de la que se imagina. Probablemente haya más demanda que oferta, por esa razón aparecen las hermanas Marías arrojadas

en su «santa misión» y llenas de aparente buena fe, pero que en realidad son árbitros y jueces del destino de esas personas, madres, bebés... ¿Por qué no para y telefonea a su mujer?

—Todavía no estará en casa.

—¿Luego?

—No, no. —Quesada se movió inquieto—. No quiero que me lo diga por teléfono. Si es que sí, quiero verle los ojos, abrazarla, porque se pondrá a llorar. Y si es que no... Lo mismo, porque aún llorará más. Prefiero esperar a la noche, a llegar a casa.

—Me parece bien.

—¿Usted los tuvo rápido?

Hilario rememoró aquellos días. Primero el nacimiento de Ignacio. Después, la llegada de Montserrat. Todo bien. Ningún problema. Una suerte. Una normalidad.

—Sí —dijo—. A la primera.

—Qué bien —suspiró Quesada—. ¿Puedo preguntarle algo personal?

—Adelante.

—Usted creció sin padre.

—Sí.

—¿Murió?

—No lo conocí, eso es todo.

—Ah.

Hilario miró por la ventanilla para que su compañero no le viera los ojos. ¿Le contaba que el gran Manuel Soler Raventós, entonces un joven inexperto, embarazó a la no menos inexperta joven que era su madre? ¿Le contaba que no los dejaron casar, aunque, cristianamente, le dieron el apellido y una asignación mensual para gastos, comida y educación? ¿Le contaba que nunca había hablado con él, ni con sus hermanastros, ni con sus sobrinos? ¿Le contaba que algunas veces pasaba por delante del despacho de su padre, y le veía de lejos, tras las ventanas? ¿Le contaba el agujero negro de su pasado?

No. Demasiado privado, aunque Quesada fuese un buen tipo.

Un buen compañero.

Máxime tras el incidente con Martín Peláez y su aislamiento en comisaría.

El tráfico era fluido, así que llegaron primero a Sants y luego a la calle Canalejas sin apenas detenerse. Quesada recorrió despacio los últimos metros hasta encontrar el número. No había sitio para dejar el coche en condiciones y

dieron un par de vueltas para no interrumpir el escaso tráfico de la zona. Cuando por fin aparcaron abandonaron el vehículo y fueron caminando hasta la puerta del edificio. Pasaron por delante de una callada portera, tomaron el ascensor, se apearon en el rellano y llamaron al timbre de la puerta.

Ningún sonido al otro lado.

Regresaron al vestíbulo tras un segundo intento y Quesada se dirigió a la portera.

—¿Sabe cuándo regresa la señora Caridad Soldevilla?

—Tarde. —La mujer tenía una voz débil y cascada—. Pero trabaja aquí cerca, en Badal esquina con la calle Cáceres. Es una perfumería.

Caminaron hasta Badal y subieron un poco para alcanzar la calle Cáceres, al otro lado. La perfumería Faustina era pequeña y de barrio, exenta de lujos. Vendía otras cosas femeninas aparte de perfumes o colonias, como medias, polvos, compresas o braguitas. Vieron a dos dependientas, una joven, veintitantos, y una mayor, en torno a los cuarenta y pocos. Hilario se dirigió a la mayor.

—¿Caridad Soldevilla?

—Sí. —Los observó curiosa.

—¿Podríamos hablar con usted?

—¿De qué? —La curiosidad se convirtió en recelo.

—No la molestaremos más allá de unos minutos, se lo prometo. —Le mostró la credencial de policía.

—¿Pasa algo malo?

—No, no, se lo aseguro. Es un trámite. Pero puede ayudarnos.

Un hombre apareció por la puerta que separaba la tienda de la trastienda. Tenía la cara desagradable, oscura, y la empeoró al verlos hablando con su dependienta. Obviamente no eran clientes.

—Denme quince minutos, por favor. Ahora no puedo salir —les suplicó la hermana de Esperanza Soldevilla.

—Estaremos un poco más abajo —dijo Hilario.

La dependienta jovencita sonrió a una señora que acababa de entrar. El hombre observó como ellos dos se marchaban. Después se metió en la trastienda con la misma cara de pocos amigos.

Quince minutos.

Hilario nunca estaba seguro de si, en una investigación, el tiempo contaba hasta el extremo de que cada segundo fuese decisivo, aunque en la mayoría de casos, si no se detenía al culpable en las primeras cuarenta y ocho horas,

luego todo era más difícil.

Caridad Soldevilla tardó los quince minutos que les había dicho. No le preguntaron si disponía de un permiso o si era porque el hombre de la mala cara se hubiera ido a otra parte. Se reunió con ellos embutida en un abrigo más fino de lo que el frío reinante aconsejaba, pero envuelta en una enorme bufanda alrededor del cuello y las manos en los bolsillos. En sus ojos, la misma preocupación, acompañada ahora por un deje de tensión en el rostro.

—Ustedes dirán —habló desde el otro lado de la bufanda.

—Somos inspectores de policía y estamos tratando de localizar a su hermana Esperanza —dijo Hilario empleando el mejor y más amable de sus tonos.

—¿Esperanza? —Aún lo entendió menos—. ¿Qué quieren de ella?

—Solo hacerle unas preguntas.

—Ya, pero... ¿acerca de qué?

—Me temo que eso es confidencial.

Los miró a los dos, insegura, como si en el pasado hubiera tenido alguna mala experiencia con la ley, aunque a veces bastaba el recelo o, directamente, el miedo que infundían.

—Si la buscan será por algo, ¿no?

—La palabra «buscar» no es exacta. Más bien es localizar. Hemos de interrogarla en relación a un caso. Creemos que ella puede ayudarnos, nada más. Quizá sepa algo, ¿entiende?

Se calmó un poco. Aun así, fue reacia.

O defendía la privacidad de su hermana o...

Hilario intentó no impacientarse.

—¿Saben que mi hermana fue monja?

—Sí.

—¿Y que lo pasó mal, muy mal, hasta el punto de aislarse de todo y de todos?

—Esa parte la desconocíamos.

—Pues es bueno que lo tengan en cuenta. —Se cruzó de brazos, tanto por el frío como por la tensión que envolvía sus palabras—. Cuando alguien

como ella, devota y entregada, pierde la fe...

—¿Hasta el punto, como dice, de aislarse?

—Sí. Ella lo hizo. Desapareció. Tiró la toalla y no quiso ver a nadie. Creo que de no haber sido creyente, se habría suicidado. Pero su amor a Dios se lo impidió. Se hundió por completo y renunció a todo.

—¿Hasta a usted?

—Sí.

—Pero es su hermana.

—Usted no sabe hasta qué punto puede doler la vida, señor.

—Me cuesta creer que alguien sea capaz de aislarse tanto, y menos por una crisis de fe.

—Le repito que ella sí lo hizo.

—¿No sabe dónde está?

—No, no lo sé, y créame que pienso en ella cada día, en cómo estará, si su salud no se habrá resquebrajado...

—Vivía con otra monja, la hermana María de la Paz.

Caridad Soldevilla apretó tanto las mandíbulas que dos ángulos rectos se dibujaron con fuerza a ambos lados de su rostro. El fuego de sus ojos hubiera derretido de golpe la nieve del Tibidabo.

—Veo que sabe de quién le hablo.

—Sí, lo sé.

—¿Fue la culpable?

—Sí.

—¿Se pelearon?

—No me lo dijo, pero fue la responsable, eso seguro. Yo la vi consumirse, primero cuando compartían aquel piso, al lado de la clínica de la Purísima, después cuando se marchó, hastiada, rota, callando ella sabía qué y, finalmente cuando me confesó que se iba, que renunciaba a sus votos, aunque resultó que la echaron, como a un perro sarnoso. —Los ojos empezaron a llenársele de lágrimas—. Todo fue muy rápido y confuso.

Hilario optó por decírselo.

—La hermana María ha muerto.

Las cejas de Caridad Soldevilla se dispararon hacia lo alto.

—¿En serio?

—Una joven la ha echado escaleras abajo esta mañana.

La mujer llenó los pulmones de aire.

Las lágrimas estaban contenidas. Ahora los ojos le brillaban.

—No digo que vaya a sentirlo —reconoció—. Religiosa o no, era una mala mujer. Supongo que nadie merece ser asesinado, pero hay personas que se buscan sus males. Mi hermana era una buena monja. Siempre quiso serlo. Poseía profundas convicciones y creía con una firmeza... Sé que algo raro, muy grave, tuvo que suceder para que pasara lo que pasó, y que esa monja fue la responsable. Cuando recibió la carta de expulsión, en la que se revocaban sus votos, gritó llorando «¡Lo ha conseguido! ¡Ha ganado!», refiriéndose a ella.

—¿Fueron sus palabras?

—Nunca las olvidaré. Ni su cara. Aquella expresión tan dolorida... — Volvió a emocionarse.

—¿No tiene ni idea de dónde pueda estar?

—Me pidió que le diera tiempo, que cuando estuviera preparada, me lo diría. Yo... no me he atrevido a buscarla. Cuando ella quiera, volverá, lo sé.

—Puede que ahora le guste saber que esa monja ha muerto.

—No es vengativa. Es capaz de perdonar y rezar por su alma. —Dulcificó su rostro, labios, ojos—. Esperanza se hizo monja por mí, ¿saben? Yo era la que, de niña, tenía fe, y la arrastré hacia eso. Soy la mayor y me seguía siempre. Cuando llegó el momento me eché para atrás, la dejé sola. Me enamoré y eso lo cambió todo. Luego rompí con él, pero ya nada era igual. En cambio Esperanza siguió, su fe se hizo mayor, más fuerte, decía que por las dos. Quizá en el fondo la defraudé. Una vez hizo los votos quiso trabajar como asistente social, con madres y recién nacidos. Le gustaba todo eso. — Lanzó un suspiro de pesar—. Como le he dicho, a veces pienso que, de todas formas, nos distanciamos. Luego, al perder los hábitos sintió tanta vergüenza, ¡tanta! Se escondió, como si apestara, y de eso hace ya dos años. Tanto tiempo...

—¿Ningún contacto desde entonces?

—Sí, una llamada por Navidad, o por mi cumpleaños, pero no más, y siempre con pocas palabras, muy pocas, parca y encerrada en sí misma. El último contacto fue en verano. Por primera vez la noté mejor, un poco más animada. Me dijo que trabajaba en una guardería, cuidando niños, y que no me preocupara, que vivía con una amiga.

—¿Le dijo el nombre?

—No, pero incluso antes, su única amiga era una tal Soledad Arguindéi. Puede que sea ella, aunque no me lo dijo. Vivía por la plaza Palacio, junto a la calle Espadería. Jugué allí con ellas cuando éramos niñas dos o tres veces.

Eran uña y carne por entonces. No crean que no he pensado en pasarme por el lugar por si es así y la veo, aunque sea de lejos. Pero me da miedo. No quiero aparecer inoportunamente si no se siente preparada.

Hilario se quedó sin preguntas.

Esperanza Soldevilla miró hacia atrás, en dirección a la perfumería, y se estremeció un poco por hablar a la intemperie con aquel frío.

—Ha sido muy amable. —Se lo agradeció él.

—Si la encuentran...

—Le diremos que hemos hablado con usted, y que la necesita, sobre todo ahora que llega de nuevo la Navidad.

—Gracias. Señor...

—¿Sí?

—¿Por qué han matado a esa monja?

Hilario meditó la respuesta.

—Creo que por lo mismo que se marchó su hermana —dijo tendiéndole la mano para despedirse de ella.

La plaza Palacio bullía con la efervescencia de los que siempre iban y venían de la Estación de Francia o subían por Espadería para caminar o pasear por la plaza de Santa María y la iglesia. Tuvieron que aparcar al otro lado, cerca de la Escuela Náutica, dejando bien visible el distintivo policial porque el lugar no era el mejor para hacerlo. Cruzaron el viejo paseo de Isabel II y se detuvieron en la confluencia de su destino. Contaron dos portales a la izquierda y dos a la derecha, en la misma plaza Palacio. Las casas eran sencillas, viejas, con pequeños balconcitos y ventanas estrechas en la parte izquierda y algo mayores en los edificios de la derecha.

Comenzaron por la izquierda.

Un portal, dos. Nada.

Pasaron a la parte derecha.

Primer portal, lo mismo.

Con el último...

—¿La señorita Arguindéi? Sí, en el segundo primera —les indicó una afable portera.

—¿Vive con ella la señorita Esperanza Soldevilla?

—¡Oh, sí, sí! —Se le iluminó el rostro, contenta de ser tan servicial aunque fuesen dos extraños—. Aunque ahora no está en casa.

Llegaron al rellano y al otro lado de la puerta escucharon música. El Dúo Dinámico cantaba *Somos jóvenes*. A Quesada le dio por sonreír. A Hilario no, no fuera que al abrir la puerta pareciera un vendedor feliz en lugar de un serio policía en plena investigación. La primera impresión contaba mucho. En el momento de sonar el timbre la radio fue apagada, así que escucharon el sonido de unas zapatillas repiqueteando contra el suelo. La mujer que apareció ante ellos tendría poco más de cuarenta años. Iba en bata y al verlos, instintivamente, se llevó una mano a la parte superior para cerrársela hasta el cuello. La bata era de boatiné, rosa, y estaba tan desgastada como el seco rostro de su dueña, de piel nada suave. Hilario ya llevaba la credencial en la mano, aunque no le dio tiempo a mostrársela antes de que ella preguntara:

—¿Sí?

—La señorita Soldevilla, por favor.

La credencial la desarmó.

—Pues... no está ahora aquí. ¿Para qué...?

—Es pura rutina —dijo con voz calma—. Su nombre ha salido en una investigación policial.

—Está a punto de llegar. La guardería en la que trabaja ya ha cerrado. ¿Si quieren esperarla?

—Gracias, sí.

—Por aquí.

Los guio por un corto pasillo, apenas tres pasos, ya que los introdujo en una salita de estar con una mesa camilla, brasero incluido, dos butaquitas, cuatro sillas y algunos adornos en una mesita presidida por un aparato de radio. La luz era mortecina, producida por una bombilla de pocos vatios.

—Espero que no sea nada grave. —Continuó sujetándose la parte superior de la bata, y ahora la inferior con la otra mano.

—No. Como le he dicho, pura rutina, pero hemos de hacerle unas preguntas.

—Claro, claro. La avisaré nada más llegue.

Los dejó solos.

Quesada ya estaba mirando algunos de los retratos de la mesita. Los más viejos, padres, madres, abuelos y una niña pequeña, estaban en la parte de atrás. Los más actuales, delante. En unos se veía a la mujer que acababa de recibirlos, Soledad Arguindéi; en otros, los menos, a otra mujer muy parecida a Caridad Soldevilla, con la que acababan de estar. Sin embargo, en la mayoría, y recientes, se las veía a las dos, juntas, sonrientes y en actitudes cariñosas, abrazadas, felices.

—Señor, estas dos parecen...

—Cállese —le previno Hilario.

—Me callo. —Puso cara de póquer.

No se sentaron en las butaquitas, sino en las sillas. Hilario comprobó la hora.

Quesada volvió a la carga.

—Ya sé que antes me ha dicho que sí, que era necesario hablar con esa exmonja a pesar de que lleva mucho tiempo separada de la hermana María, y yo me fío de su instinto. Vaya si me fío. Pero no creo que ella nos dé el nombre de la chica que la ha empujado esta mañana.

—Quiero saber más cosas de esa trama. —Se lo justificó Hilario—. Y

también espero dar con la dichosa hermana Amalia.

—A mí moverme entre tanta monja... —Dejó la frase sin acabar poniendo cara de fastidio.

—Supongo que es un mundo extraño para nosotros.

—Los curas no dicen que estén casados con la Virgen María, pero ellas sí lo están con Jesucristo y eso... qué quiere que le diga, a mí me pone un poco los pelos de punta, y me da repelús.

—Se me está volviendo tiquismiquis.

—Siempre he pensado que unos y otras renunciaban a la vida.

—Le van a excomulgar. —Hilario se puso en pie—. Voy al cuarto de baño.

Salió de la salita. En cuanto dio un par de pasos por el pasillo, haciéndose notar con las pisadas, Soledad Arguindéi apareció por el otro lado.

—¿Necesita algo?

—El lavabo, por favor.

—Esa puerta.

—Gracias.

Entró en el cuarto de baño. Bañera, lavamanos y bidé. Todo limpio y aseado, sin medias ni nada parecido colgando de la barra de la cortina, llena de corazones rojos. Orinó, se lavó las manos y salió sin hacer ruido.

La puerta frontal a la del lavabo era la de la habitación de matrimonio, con la cama pulcramente hecha. Había más fotos de las dos ocupantes del piso, en ambas mesillas de noche. A su lado, otra habitación, más pequeña, llena de trastos.

Quesada tenía razón.

Esperanza Soldevilla y Soledad Arguindéi eran algo más que amigas.

Y una era exmonja.

Una verdadera caja de sorpresas.

Regresó a la salita, donde Quesada ojeaba algunos libros.

—Son de poesía —le informó—. Rimbaud, Wilde y otros.

—Bien.

—Sí, pero es que están en francés, inglés...

—¿Le extraña que haya gente culta?

Su compañero se encogió de hombros.

No tuvieron tiempo de sentarse por segunda vez. El ruido de la puerta del piso abriéndose y cerrándose los alertó. También la voz femenina saludando con un sonoro «¡Hola, ya estoy en casa!». Salieron de la salita antes de que

Soledad Arguindéi alertara a su amiga.

La recién llegada los miró sorprendida y se quedó a medias en su intención de quitarse el abrigo.

—Estos señores te estaban esperando —la informó cautelosa la dueña del piso—. Quieren hablar contigo.

—¿Conmigo?

Hilario le mostró la credencial.

La sorpresa fue todavía mayor.

—¿Qué sucede? —Puso cara de pasmo.

—Rutina, pero necesitamos su ayuda. —Se la guardó—. ¿Podemos hacerlo a solas, en esa misma salita en la que aguardábamos?

Esperanza Soldevilla miró a su compañera, desconcertada.

Soledad Arguindéi parecía la fuerte de las dos.

—Estaré en el comedor si me necesitas. —La alentó muy seria.

La exmonja colgó el abrigo en el perchero de la entrada. Luego los acompañó hasta la salita. Se sentaron en tres de las sillas, en torno a la mesa camilla. El brasero estaba apagado.

Los ojos de la mujer seguían denotando inquietud, sin acertar a comprender nada.

—Tranquila —insistió Hilario al verle la cara de preocupación—. Solo necesitamos que nos cuente unas cosas. Trataremos de molestarla lo mínimo, sobre todo si colabora.

—¿Y por qué no habría de colaborar? —musitó con voz ahogada.

—¿Llamo a su compañera para que le traiga un vaso de agua?

—No, no. No es necesario.

Hilario la miró por última vez antes de decirle qué estaba haciendo allí. Esperanza Soldevilla no se había quitado del todo la pátina de su pasado. Se parecía a su hermana mayor, pero solo en el aspecto físico. Tenía la piel blanca, muy blanca, y el cabello, no muy largo, pegado al cráneo, como si acabase de quitarse los hábitos cinco minutos antes. Las manos eran suaves, los dedos abultados, los labios muy finos. Apenas si tenía rasgos excesivamente femeninos, por lo que su imagen desprendía una neutralidad casi andrógina. La mayor dulzura se concentraba en sus ojos, limpios y hermosos.

—Esta mañana una joven de entre diecisiete y diecinueve años ha matado, quizá accidentalmente pero tras una pelea, a la hermana María de la Paz Suñol.

Esperanza Soldevilla cerró los ojos.

No hizo nada más.

Tras unos segundos, asintió.

Luego bajó un poco la cabeza.

Cuando los abrió de nuevo, seguía impasible.

—No parece que la noticia le cause sorpresa.

—Sorpresa sí, mucha. Es que... —Se encogió de hombros mientras la noticia penetraba más y más en su ánimo—. Yo llegué a odiar a esa mujer. Odiar pese a mis creencias y convicciones. Ahora, de pronto... —Unió las dos manos por encima de la mesa—. ¿Han detenido a esa chica?

—No.

—¿La están buscando?

—Sí.

—No sé qué pueda decirles yo.

—La hermana María vivía sola. Lo ha hecho desde que usted se fue de su lado.

—¿Que yo me fui? —expresó con ironía.

—Conocemos la historia, o parte de ella. Pero siendo la última persona con la que convivió, nos ha parecido importante hablar con usted. Espero que lo entienda.

—Lo entiendo, y le repito la pregunta: ¿qué puedo decirles yo después de tanto tiempo.

—¿Sabe qué hacía la hermana María?

—Sí, por supuesto.

—¿Ese fue el punto de ruptura entre las dos?

Tensó un poco sus facciones. Pero se enfrentó a la pregunta con valor.

—Sí.

—Usted dijo: «Lo ha conseguido. Ha ganado», cuando la expulsaron de la orden y le revocaron los votos.

—¿Quién le ha contado eso? —balbuceó.

—Su hermana Caridad.

—Claro. —Hizo un deje de sarcasmo.

—¿Tan cruel fue con usted?

—Sí, lo fue. O estabas con ella o contra ella. En este sentido era implacable. Convivimos un tiempo y con el paso de los días, las semanas, los meses, no pude más. Me fui de su lado, pero su venganza, haciendo que me expulsaran, fue terrible.

—Señorita Soldevilla. —Hilario se inclinó un poco sobre la mesa, para dar mayor vehemencia a sus palabras pese a hablar en un tono reposado y cómplice—. Sabemos lo que hacía sor María, lo de las embarazadas, los hijos dados en adopción y también lo de ese piso franco.

—¿Seguro que lo saben todo?

—No, imagino que no. Por eso estamos aquí. ¿No cree que es hora de que lo cuente?

—Cuando traté de hacerlo nadie me escuchó —dijo llena de amargura.

—Nosotros sí lo haremos.

—¿Y luego qué?

—Eso es cosa nuestra, y de la justicia.

—No hay justicia, señor. —Le retó con una mirada desalentada.

—Háblenos de esa trama, por favor. Ayúdenos a entender qué estamos persiguiendo.

—Es que ni se lo imaginan. —Empezó a llorar suavemente, sin siquiera taparse la cara—. ¿Embarazadas, hijos dados en adopción, el piso franco? ¿Solo uno? Dios... —Las lágrimas rodaron por sus mejillas dejando dos senderos húmedos sobre la blanca piel—. Cuando le dije que lo que hacíamos no era un bien, sino un pecado, me gritó que no podía cuestionar su autoridad ni, sobre todo, la legalidad de las adopciones. Me recordó que ella llevaba más de veinte años cumpliendo con su cometido. ¡Su cometido! —Elevó por primera vez la voz, un poco, solo un poco, antes de volver a agarrotarse de nuevo—. Me pidió... No, me exigió obediencia y a partir de ese día me hizo la vida imposible. Comenzó a inventarse cosas relativas a mí o a mi trabajo, dijo que era una mentirosa, propagó infundios, algunos tan deleznable como que tenía relaciones con un hombre, que es lo peor de lo que se puede acusar a una monja. La superiora me llamó al orden y me pidió que me arrepintiera de mis pecados. —Otras lágrimas se unieron a las primeras—. ¡Mis pecados! Le dije que todo era mentira, que era ella la que conspiraba para desacreditarme, por si se me ocurría hablar. Yo ya no podía regresar al piso que compartíamos, y me ofrecieron quedarme en el convento cuidando cerdos y gallinas. —Los miró como si les contara una película de terror o un mal chiste—. ¡Cerdos y gallinas! Era más que una humillación. Era la prueba de que la hermana María había ganado y yo estaba sola. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos—. ¿De qué iba a arrepentirme yo, de cuestionarme la ética y la moral de lo que hacía y me obligaba a hacer? Le mandé una carta al superior de las Hijas de la Caridad, William Stanley, a París, y su respuesta

fue muy clara: me liberaban de los votos de pobreza, castidad, obediencia y servicio a los pobres. ¿Por qué? Pues porque tenía un informe negativo sobre mí. Informe enviado por la hermana María, por supuesto, ya que era la única que podía hacer algo así. —Su mirada fue finalmente una llamarada, y su voz también—. ¡Me expulsaron! ¡A mí! ¡Me expulsaron, señor! Tuve una crisis de fe absoluta, me hundí, dejé de creer en todo, sacerdotes, monjas, la misma existencia, y también dejé de creer en Él, ¡me aparté de Dios! —Ahora sus manos estaban crispadas, y hablaba como si estuviera poseída—. ¿Sabe lo que es eso? ¿Puede entenderlo siquiera? ¡Estuve a punto de quitarme la vida! ¡El peor de los pecados! ¡Y todo por la soberbia de esa mujer que hacía y deshacía vidas a su antojo, sin arrepentirse nunca, segura de su verdad y de su misión terrenal, como si ella y solo ella pudiera ser...!

Llegó al fin de su larga disertación, rota y vencida. Ahora sí hundió el rostro entre las manos. Sus gritos habían alertado finalmente a Soledad Arguindéi, así que su compañera metió la cabeza por el hueco de la puerta, preocupada. Hilario levantó una mano para impedirle la entrada.

—¿Puede traer un vaso de agua? —le pidió.

Desapareció no sin poner antes cara de pocos amigos. Hilario dejó que su testigo llorara, para vaciarse y limpiarse. Soledad regresó en menos de un minuto. Quesada se levantó para recogerse de la mano.

—Tranquila —le dijo—. Luego se lo explicará todo ella misma. Le aseguro que no pasa nada grave con ella.

—Pero...

La empujó suavemente, obligándola a salir de la salita. Esperanza se aferró al vaso en cuanto Quesada se lo dio. Bebió casi la mitad de un largo sorbo. Cuando lo dejó en la mesita lo mantuvo aprisionado entre las manos.

Su respiración se acompasó poco a poco.

—¿Por qué no empieza desde el comienzo? —la invitó Hilario.

Esperanza Soldevilla se quedó muy quieta.

—No sé cuándo fue el principio —dijo—. Todo estaba ya en marcha cuando llegué yo. Venía de atrás. De mucho atrás. Por lo que sé, me contaron o averigüé, nada más acabar la guerra el tráfico de bebés se convirtió en una especie de prioridad. Incluso en la paz, había que quitarles los hijos a las mujeres rojas, para que crecieran en hogares sanos. Fue una consigna. Existía una cobertura legal amparada por psiquiatras del Régimen. Se llegó al punto en el que había un hombre, Nicolás Vallejo-Nájera, que ideó una especie de eugenesia positiva para que los niños sanos nacieran y crecieran y los débiles no. A partir de aquí, imagínese. Desde hace años la trama de las adopciones está orquestada por sacerdotes, monjas como lo era yo, médicos de raíz y naturaleza ultracatólica y también notarios y jueces. La mayoría de casos que conozco son los de nuestra propia institución, las Hijas de la Caridad.

—Pero no solo se trata de una red que capta madres solteras o con problemas, ¿verdad? En las clínicas del doctor Pons y del doctor Sugrañes, mueren más niños de lo normal.

La mirada de la exmonja fue gélida.

—No mueren, señor. Se los roban a sus madres. Y no solo a mujeres solas. También a matrimonios con pocos recursos o con pasado, digamos, poco recomendable, combatientes republicanos ya libres o convictos.

—¿Cómo?

—¿Seguro que está dispuesto a escuchar esto?

—Sí —dijo Hilario.

Quesada estaba pálido.

—Cuando un bebé nace se le muestra a la madre y luego se lo llevan para lavarlo, medirlo y hacerle pruebas. A veces incluso ni se lo muestran a la madre. Se le dice que ha nacido con un problema y listos. Al poco se le comunica a esa mujer que su pequeñín ha muerto y que, claro, es mejor que no lo vea. Todas hacen caso del médico o la monja que se lo dice. ¿Cómo van a dudar? Pero por si alguna insiste, que a veces pasa, en la clínica del doctor Sugrañes hay un bebé congelado en la nevera. Es el que se usa para

demostrar a las madres que el niño o la niña ha muerto. Se lo ponen en los brazos tal cual, frío, envuelto en un sudario, y les dicen cualquier estupidez para justificarlo. Las monjas suelen decir que ya los han bautizado y que son «ángeles de Dios». —Bebió otro sorbo de agua tras decir esta última expresión—. Si, pese a todo, alguien se pone en lo peor o insiste mucho, hay otras fórmulas para que se callen. En ocasiones, las menos, incluso se le dice a la madre la verdad y que el bebé estará mejor con una familia de verdad. Se la convence de que será así. Para una mujer infeliz, sin cultura, sola, que a veces ni saben leer o escribir, esto es el fin. ¿Qué van a hacer? Porque siempre se trata de mujeres solas. Una vez a una le dijeron que llevaba ya el hijo muerto en el vientre desde hacía días, y ella respondió que eso era imposible, porque le había dado patadas apenas unas horas antes. Le contestaron que sería una mala digestión o un sueño.

—¿Y las que se empeñan más allá de ver el cuerpo?

—Queda el último paso: si vuelven a pedir más información, decirles que el pequeñín ha sido enterrado en una fosa común. Poco antes de que yo me marchara, un grupo de madres, que al hablar entre sí habían sospechado el robo de sus niños, fueron al cementerio. Allí vieron que ni constaban en los registros.

—O sea que también hay cómplices en funerarias y en los cementerios.

—La hermana María no ganaba nada, eso se lo aseguro yo. Pero hay familias que están dispuestas a pagar lo que sea por un recién nacido que, además, puedan inscribir como suyo, no como adoptado.

—Por lo que sé, el padre Amancio Galobart utilizaba también el secreto de confesión para conectar a madres solteras con la hermana María.

—Es un trabajo muy repartido. No solo está el padre Amancio. La información corre muy rápida, porque aunque un embarazo dura nueve meses, los primeros son los más decisivos. Familias que buscan, madres que ofrecen... Y si no hay oferta, queda siempre lo otro: robar el bebé al nacer fingiendo su muerte. Por eso en muchos casos, para garantizar que el embarazo sea el adecuado, hay un seguimiento y se las encierra en pisos. Así no cambian de idea o se escapan o quieren retener a sus hijos después. Cada chica metida en un piso tiene ya a una familia adoptiva que espera. Muchas mujeres se ponen cojines en la barriga para que la familia crea realmente que está en estado, y así cuando le dan el bebé, queda justificado. Un recién nacido puede valer cincuenta mil pesetas, pero también un millón. Depende de quien lo quiera.

—Dinero que iba al bolsillo de los médicos.

—Ellos, cualquiera que supiera de qué iba la cosa, como alguna enfermera de confianza, los notarios, jueces, funerarias, empleados de los cementerios o abogados, para los tramites. Los abogados creo que son los que más cobran, y como un padre adoptivo se queje, se le dice que se le va a quitar al hijo y listos. Siendo todo una trama ilegal, pagan aunque les duela o se arruinen. A veces incluso pagan durante años. Mire, con la legislación actual, unos padres adoptivos pueden inscribir a un hijo como propio, eliminando de un plumazo a la madre biológica. Eso tiene un precio. Para las familias ricas incluso se llegan a hacer desfiles de candidatas.

—¿Perdone?

—Un grupo de chicas embarazadas pasa por delante de un matrimonio que las examina como si fueran caballos. Les miran el color de ojos, del cabello, los dientes, si tienen las piernas arqueadas... Claro que siempre queda la interrogante del padre biológico, pero por lo menos están seguros de que la madre está bien.

—¿La hermana María hacía eso?

—La hermana María hacía de todo, señor. —Los ojos se entristecieron—. Era fría, calculadora, metódica, implacable... ¿Saben cuándo decidí que ya no podía soportarlo más y me enfrenté a ella? El día que le dijo a una pobre mujer que no solo se quedaba con su niña, por el bien de la pequeña, sino que como insistiera en retenerla le quitaría a la que ya tenía, por ser una adúltera. Esa mujer tuvo que irse corriendo por miedo a que lo hiciera. Veían en ella a alguien con mucho poder, y realmente, para eso, lo tenía. Nadie se atrevía a toserle. Poco antes le había dicho a una madre, con su hija muerta en brazos, esta sí, que mejor esa que no alguna de las otras tres que ya tenía. Si algo la caracterizaba era su buena oratoria y poder de convicción. Hablaba de la divina providencia y decía que el Señor la había puesto en la tierra para ayudar a familias que lo merecían y condenar el pecado de las degeneradas.

—¿Todo giraba en torno a ella?

—Después de tantos años, sí, claro. Hay muchas formas de quitarle un bebé a una mujer y muchas formas de adoptar. A veces la hermana María solo estaba en la parte final, el parto. Le dice a una señora que ella misma busque a una desgraciada para que le entregue el niño y listos. Son casos menores, porque entonces la madre real sabe dónde está su hijo, pero se dan.

—¿Qué sucede cuando el bebé nace deforme, con síndrome de Down u otros problemas?

—Si hay una familia que está esperándolo ya, se le ofrece otro y listos. Aunque a veces esa misma familia se lo queda porque entienden que así lo ha querido Dios. Como si lo hubieran tenido ellos. Lo aceptan con resignación cristiana. Se avergüenzan de «devolverlo».

—¿Cuánto tiempo estuvo con la hermana María?

—Demasiado. No sé ni cómo pude aguantar tanto. Me decía a mí misma que estaba bien, que en el fondo era lo mejor para los pequeñines, pero poco a poco aquello me superó. No lo resistí. Lo primero que me alarmó fue la diferencia de clases, el modo en que se trataba a las hijas de los ricos, familias burguesas, aristocráticas, políticos, militares, jueces, empresarios, todas adolescentes o demasiado jovencitas, frente a las desheredadas, sirvientas embarazadas por sus amos, prostitutas o incluso mujeres que ya no podían alimentar a más vástagos. En los casos de las hijas de los ricos, se trataba de «un desliz, un pecado grave pero remediable, porque Dios era bondadoso». En el caso de las otras siempre era algo más que un pecado. Hablaba de lujuria, perversión, sexo... Decía que el infierno estaba lleno de mujeres impuras y que para algo lo había creado Dios, porque los pecados de la carne eran sin duda los peores. Un día abrí los ojos ante tanta hipocresía.

—¿Se arrepiente?

—¿De haberme enfrentado a ella? No. Ahora por lo menos tengo la conciencia tranquila. Otra cosa es mi alma y toda esta impotencia. La forma en que se ha actuado todos estos años, con tanta impunidad... La hermana María ha llegado a introducir bebés en capazos y mandarlos con una monja en avión a otras partes de España. Nadie se mete con una monja. Nadie le pregunta adónde va con un bebé.

—¿Usted lo hizo?

—No, yo no. Yo tenía que estar cerca de ella, porque aunque era muy capaz y dormía poco, no siempre podía con todo. Pensó que mi voto de obediencia bastaba y se equivocó. Pertenecía al Opus. El padre Amancio era muy posiblemente el que más cerca estuviese de ella. Por algo le daba siempre misa en el edificio donde vivíamos o en el piso, con las embarazadas. Él es también un hombre de cuidado. Yo le he visto abofetear a una novicia, por preguntar. Le dijo «Tú no has visto nada, no sabes nada, y mantén la boca cerrada». Otra vez le dijo a una mujer que estaba loca, que ella no había parido en la clínica del doctor Pons. Aún la recuerdo, aferrada a una verja y suplicándole que le dijera dónde estaba su hijo.

—¿Cuándo fue eso? —Se envaró Hilario.

—Hace cuatro o cinco años, más o menos.

Quesada, que siempre le dejaba los interrogatorios a Hilario, entró en escena por primera vez.

—En noviembre murieron treinta y siete recién nacidos, la mayoría por otitis, en la clínica del doctor Sugrañes.

Esperanza Soldevilla volvió la cabeza hacia él. Fue como si se diera cuenta de que estaba allí. Si ello era posible, aumentó un poco más su amargura.

—¿Le parece exagerado?

—Sí.

—Investiguen esas clínicas. ¿En un mes? Y en menos. La otitis es una fórmula que se utiliza mucho. En el mes de enero de 1960 fueron más y en menos días. Hay fetos masculinos, fetos femeninos, párvulos y párvulas. Esas son las categorías. Esos bebés tienen que haber sido bautizados *in articulo mortis*, pero no hay ni un solo registro, nunca, en ninguna de esas clínicas. Siempre lo mismo: que el bebé ha muerto, que es mejor que no lo vean, y que ya ha sido enterrado en una fosa común. La madre bastante tiene con su dolor como para volverse loca a preguntas. ¿Quién va a sospechar de una monja, el cura o el médico que le dice que su hijo ha muerto?

Quesada no preguntó más.

Esperanza Soldevilla se acabó de beber el vaso de agua. Tenía la garganta seca y se le notaba.

Hilario sintió una profunda piedad por ella.

No le quedaba nada salvo, quizá, Soledad Arguindéi.

Un amor prohibido.

—¿Por qué no denunció esto? —preguntó sabiendo que era algo absurdo.

—¿Para qué? —La exmonja forzó una sonrisa amarga—. Me expulsaron, me lo quitaron todo, comenzando por la dignidad y el honor. ¿Quién me habría creído? Habrían dicho que yo estaba resentida, o loca. ¿Y para qué luchar? Son más fuertes, y lo serán siempre. Aquello en lo que más creía se volvió contra mí. —Miró fijamente a Hilario y dijo—: ¿Van a detenerme?

—No, tranquila. —Fue rápido.

—Solo intento sobrevivir, olvidar, ser feliz. Y le aseguro que no es fácil, porque aún me despierto sudando y gritando por las noches.

—¿Ha oído hablar de la hermana Amalia?

—Amalia Crespo, sí. Ayudaba a sor María en la clínica Buen Pastor y supongo que al irme yo también haría algo en la de la Purísima, aunque me

consta que ya no vivía con ella. Después de lo mío, la hermana María imagino que decidió seguir sola, sin nadie tan cerca.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarla?

—En el convento.

Quesada fue el que tomó nota de la dirección. Se guardó la libreta en el bolsillo de la chaqueta. Esperanza Soldevilla le miraba ahora con curiosidad.

—Es muy joven para ser inspector —le dijo.

—Subinspector, y no soy tan joven, se lo aseguro.

La exmonja se enfrentó de nuevo a Hilario.

—¿Saben algo de esa joven que ha empujado a la hermana María por las escaleras?

—No, nada, salvo que tenía entre diecisiete y diecinueve años y le pedía a la hermana María que le dijera dónde estaba su hijo. Al menos eso es lo que se deduce de sus últimas palabras según un testigo que las oyó y la vio huir. La hermana María le respondió que no iba a decírselo y que era un castigo de Dios.

—Muy propio de ella —suspiró haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Saben que hay muchas chicas como esa, ¿no?

—Sí.

—Puede que demasiadas, de la misma edad, en la misma situación. ¿Cómo esperan encontrarla?

—Lo haremos.

—Una madre desesperada. —La voz de Esperanza Soldevilla se hizo apenas audible, casi un susurro. Parecía hablar para sí misma—. No tendrían que encerrarla, señor. Aunque la hubiera matado aposta, no tendrían que encerrarla. ¿Qué madre no defiende a su hijo con uñas y dientes?

Nada más poner un pie en la calle, mientras se subían las solapas del abrigo antes de dirigirse a por el coche, Quesada se lo dijo:

—Tiene usted un estómago...

—¿Yo? Creo que lo hemos oído los dos.

—Ya, pero las preguntas las hacía usted. Y mire que ha sacado mierda, con perdón. Desde luego, si quería hacerse un cuadro con todo lo que envuelve al caso, ya lo tiene. Con marco y todo.

—Saturno devorando a sus hijos.

—¿Cómo dice?

—Es un cuadro de Goya. Y bastante macabro, por cierto.

—Todo esto se parece más a una película de terror que a otra cosa.

—Pues no es una película. Es la vida real. España aquí y ahora.

—¿Sabe que ahora no siento que estemos buscando a una homicida? —dijo Quesada a los pocos pasos.

—Somos policías, no jueces.

Caminaban uno al lado del otro. Cruzaron el paseo de Isabel II y llegaron al coche. Quesada esperó, para ver si Hilario se sentaba en el puesto del copiloto o al volante. Los dos miraron la hora al mismo tiempo.

—Es tarde, y hace frío —reconoció Hilario.

—¿Buscamos a esa monja mañana?

—No. Mañana puede que esté dando vueltas por ahí, y no sabemos su implicación en todo este lío. Quizá conozca la identidad de la chica que estamos persiguiendo. Mejor ahora. No creo que una monja salga de noche, con o sin frío. —Fue a sentarse al volante él mismo—. Usted mejor se va a casa. Ya iré yo.

—¿Por qué?

—¿Y si le esperan buenas noticias?

—Que no viene en una hora, hombre —protestó su compañero.

—De acuerdo —accedió Hilario—. Pero es lo último por hoy. Los dos. Luego a casa. Ande, conduzca usted.

Cambiaron de lugar rodeando el coche uno por cada lado y Quesada lo

puso en marcha. El convento no quedaba lejos. La tarde había caído sobre Barcelona hacía rato y, aunque faltaba un poco para la cena, la oscuridad ya era completa salvo en las zonas iluminadas por las luces de la Navidad.

Hilario las contempló con un extraño sentimiento.

Pensó en la joven a la que perseguían, en las jóvenes del piso secreto, en las decenas de jóvenes que pasarían por lo mismo en el futuro y en las cientos, quizá miles, que ya lo habían sufrido. Cuando llegara la democracia, y a veces parecía estar muy lejos, habría mucho que hacer en el país.

Por raro que pareciese, Quesada no habló en todo el trayecto.

El convento de las Hijas de la Caridad era un edificio solemne, de piedra, envuelto en el halo de misterio que cualquier convento despierta desde el exterior. Curas y monjas daban la impresión de ser sociedades secretas. Después de aquel caso, Hilario pensó que ya nunca los vería igual.

Imposible.

Aparcaron el coche en la entrada y caminaron hasta la puerta. Una celadora les preguntó quiénes eran y adónde iban, dando a entender que ya no eran horas, y menos de visita. Hilario estaba cansado. Se limitó a ponerle la credencial frente a los ojos y a adoptar la postura oficial, es decir, la de representante de la ley con cara de pocos amigos. La monja abrió mucho los ojos, impresionada.

—¿La policía? ¿Aquí? —Se estremeció.

—Es un asunto oficial. —Puso cara y voz de duro de película—. Queremos ver a la hermana Amalia. —Y por si había más de una con ese nombre, agregó el apellido—: Amalia Crespo.

La monja los dejó en una sala oscura, mal iluminada, llena de retratos de otras monjas mucho más solemnes, ancianas y serias, de rostros graves. Casi con toda seguridad las superiores de la orden a lo largo de los años. El más viejo de los retratos parecía provenir de los tiempos de la Inquisición. Intentaron no mirarlos, porque ellas sí los miraban a ellos. Ocuparon dos asientos de cuero y esperaron sin quitarse el abrigo, porque el frío allí era tan o más acusado que el de la calle.

La hermana Amalia tardó casi diez minutos en aparecer. Y lo hizo reflejando ansiedad en su rostro. Era una mujer joven, de unos treinta años, aunque de nuevo la edad se hacía indefinible a causa de los hábitos, que solo permitían ver la parte frontal de la cara. Se levantaron. Hilario estaba decidido a que los prolegómenos fueran rápidos.

—¿Querían verme?

—Inspectores Soler y Quesada. Siéntese, por favor.

—No entiendo...

—Siéntese.

La monja obedeció la orden. La gravedad se apoderó de sus facciones. Unió las manos, como si rezara.

Quizá lo hacía interiormente.

—Mire, hermana —comenzó a hablar Hilario—. No me andaré por las ramas. Es tarde y hemos tenido un día muy largo y muy duro. ¿Sabe lo sucedido esta mañana con la hermana María?

—Sí. —Tragó saliva.

—De acuerdo. ¿Tiene idea de quién pudo discutir con ella y la empujó por las escaleras?

—No, no señor.

Hilario se sintió frustrado.

—Escuche: sabemos su vinculación con la hermana María y conocemos sus actividades, la trama en la que estaba envuelta. Lo sabemos todo y más acerca del padre Galobart y los doctores Pons y Sugrañes. Queremos respuestas.

—Pero yo... no las tengo. No sé quién pudo haberlo hecho.

—Esperanza Soldevilla nos ha dicho lo necesario, y que usted era ahora el brazo derecho de la hermana María. Ya no ha de proteger a nadie. En todo caso, a sí misma. Ahórrese el pecado de una mentira. —La taladró con los ojos—. Volveré a preguntárselo: ¿sabe quién pudo hacerlo?

La hermana Amalia tenía las manos blancas de tanto apretárselas. Sin embargo se mantenía firme, sin derrumbarse ni llorar. Acusaba la tensión del momento y nada más. En el fondo destilaba paz y serenidad.

—No —insistió.

—La mujer que la empujó escaleras abajo estaba desesperada. Buscaba al hijo que le arrebataron. Eso nos da poco margen. O era un hecho reciente o, como mucho, de los últimos meses, un año a lo sumo.

—Sigo sin imaginarme quién. —Dulcificó un poco la voz—. Señor, ha de entender que yo la ayudaba, pero ella era muy personal en lo suyo. Me contaba lo justo.

La frustración de Hilario aumentó.

—Le seré sincero. —Soltó una bocanada de aire lleno de fastidio—. No sé si habrá base para acusar a la hermana María una vez muerta, aunque creo que sí. Secuestro, robo de niños, mentiras, adopciones ilegales... Una larga

lista. Desaparecida ella, puede que la responsabilidad pase a otras personas, entre ellas usted.

—¿Yo?

—Sí.

—Le repito que la hermana María lo hacía todo. Yo solo... Ella era ya mayor, necesitaba ayuda. Al irse la hermana Esperanza no tuvo más remedio que confiar en alguien, y me tocó a mí. ¿Pero quién soy yo para cuestionar lo que hacía? Si la orden se lo permitía, es que estaba bien, ¿no?

Los miró con inocencia.

Y era real.

—¿Apreciaba usted a la hermana María?

—Sí, claro. Era muy suya pero... sí, bueno, sí.

—¿Quiere que descubramos quién lo hizo?

—Sí. Es de justicia, ¿no? Quiero decir que Dios...

—Necesitamos nombres, datos. —Hilario se inclinó hacia adelante, para estar más cerca de ella y que notara la presión de su enfado—. Y no me diga que no sabe nada porque no puedo creerla.

—Claro que sé nombres —dijo con toda naturalidad—. Usted me ha preguntado si sabía quién había podido hacerlo, y eso lo ignoro. Pero nombres... sí, por supuesto.

—¿Los sabe de memoria?

—No, son demasiados.

Hilario estuvo a punto de abrir los ojos. Se contuvo.

—¿Tiene... un registro?

La voz de la hermana Amalia seguía revestida de inocencias.

Bajó la cabeza y dijo:

—Sí.

Hilario miró a Quesada. Hubiera gritado de no encontrarse donde se encontraban. Los ojos de las superiores retratadas parecían más graves y serios, acusadores. Eran dos intrusos metiendo las narices donde no debían, porque la Iglesia estaba a salvo de todo mal, incluso en un caso como aquel.

—Necesitamos ese registro, hermana.

—Señor... hay tantos nombres que pueden ser reconocidos... Personas inocentes que solo querían un hijo, y jóvenes que renunciaban al suyo...

Hilario no le recordó los falsos bebés muertos, robados a sus madres.

—Denos ese registro, por favor —pidió con autoridad.

Fueron los cinco segundos más largos.

Infinitos.

Hasta que la hermana Amalia se levantó sin decir nada, cruzó la sala con el revuelo de sus hábitos y salió de allí.

Hilario se apoyó de nuevo en el respaldo de su asiento. Parpadeó un par de veces antes de encontrarse con la mirada de su compañero.

—No puedo creerlo —mencionó el subinspector—. ¿Un... registro?

—A veces hay suerte.

—¿Lo sabría la hermana María?

—Eso ya no importa. Sea como sea, la responsable estará en esas listas.

—Pero habrá muchas. ¿Qué haremos, interrogarlas una a una?

—Dudo que haya direcciones.

—Peor me lo pone.

Dejaron de hablar. A veces parecía que sus palabras rebotaran por aquellas paredes llenas de misterios y secretos. La imagen del armario de la hermana María, con los instrumentos de flagelación, se apareció en la mente de Hilario de pronto. La vida era extraña. Quesada suspiraba por un hijo y se metían en medio de un mercado de bebés con una muerte probablemente absurda.

¿Harían santa a la hermana María siendo un diablo?

La Iglesia lo encubría todo, siempre.

Hilario sintió asco.

—Ahí está —musitó Quesada.

Hilario levantó la cabeza. La hermana Amalia regresaba llevando una gruesa libreta en las manos. Una libreta vulgar y corriente, de tapas azul oscuro. Antes de sentarse, se la entregó en silencio.

Él la abrió por una página cualquiera.

Un registro de contabilidad no era muy distinto.

Solo que en lugar de números, había nombres.

En la primera columna, la fecha. En la segunda, el nombre de una mujer, siempre en solitario. En la tercera si había tenido un niño o una niña. Y en la cuarta, el nombre de los padres, uno y otra, con apellidos.

A la libreta le faltaban pocas páginas para quedar llena.

—¿Lo sabía la hermana María? —preguntó Hilario.

—No —admitió ella.

—¿Por qué lo hizo?

—No lo sé, o en todo caso no estoy segura. —Se encogió de hombros—.

Pensé que... bueno, no, no lo sé.

—¿Remordimientos?

—Mejor... conciencia, por si un día una de esas infelices reclamaba a su hijo o los padres adoptantes lo devolvían. Yo... siempre he sido muy minuciosa, ¿saben? Detallista incluso.

—¿Sabía que cuando Esperanza Soldevilla era monja y estaba con la hermana María, se le enfrentó?

—Sí.

—¿Y que la echaron de la orden por ello?

—Sí.

—Pero usted no cuestionaba a la hermana María.

—No.

—¿No era esto un seguro de vida? —Señaló la libreta.

—¿Un seguro de vida? —Le sorprendió la expresión—. No, para nada. Nadie me dijo que no llevara ese registro. Se me ocurrió y ya está. Lo único que me da miedo es lo que vayan a hacer con él. No irán a quitarles a esos niños a tantas familias, ¿verdad?

Hablaba de cientos, miles de nombres.

—No, eso no es probable —reconoció Hilario—. Tampoco nos corresponde tomar esas decisiones. Investigamos un homicidio, nada más.

—Cuando una madre no quiere a su hijo, ¿no creen que lo mejor para él es encontrar un hogar en el que pueda crecer sano y feliz?

—La hermana María también les decía a muchas que el bebé estaba muerto y se lo robaba.

—Pensaba que era lo mejor para la criatura. —Hizo un atisbo de defensa la monja—. Siempre quería lo mejor para esos inocentes.

Hilario apretó la mandíbula.

—Gracias por esto. —Se dispuso a levantarse con ganas de salir de allí.

—¿Qué harán con esta libreta cuando termine la investigación? —Le detuvo ella.

—Dársela a un juez. Le repito que eso no es cosa nuestra.

—No hay ninguna dirección, solo los nombres.

—Mire, hermana. Sea como sea, algún implicado habrá. Los médicos, el padre Amancio... Puede que la llamen a declarar. Es todo lo que puedo decirle.

—Esas familias adoptantes... —Su rostro reflejó angustia—. Muchas son importantes. ¿Cree que les dejarán?

Hilario mezcló una súbita rabia con el peso de su impotencia.

Ahora sí se puso en pie.

Quesada le imitó.

—Ha dicho que no cuestionaba a la hermana María —dijo Hilario—.

Pero ¿le tenía miedo?

—Un poco... sí. —Hizo un leve gesto de inseguridad—. Era una persona de fuertes convicciones, fervientemente religiosa, de mucho carácter. Aquí estamos hoy de luto por su muerte. Hemos pasado el día en oración.

—Sigán rezando. Va a necesitarlo. —Se dispuso a irse.

—Que Dios los bendiga —les deseó la monja.

—Mejor que la bendiga a usted. La ha ayudado a ser valiente y no mentir.

—Soy monja, inspector. Mentir es pecar. Yo estoy al servicio del Señor y ustedes al de la justicia.

—Buenas noches, hermana. Ya sabemos el camino.

—Buenas noches.

Le dieron la espalda, cruzaron la sala, dejaron atrás las graves miradas de las monjas de los retratos y alcanzaron la salida, donde la celadora los despidió con otra frase ritual.

—Estén con Dios.

Ya en la calle incluso agradecieron el frío del exterior.

—Extraña mujer, ¿no cree? —mencionó Quesada.

—Mucho.

—Yo todavía no sé qué pensar de ella.

—Ni yo. Pero esto es todo lo que importa. —Agitó la libreta—. Nuestra candidata ha de estar aquí.

Los dos se metieron en el coche con ganas de llegar a casa.

Quesada frenó el coche delante de la casa de Hilario. A él se le antojó que hacía una eternidad que había estado allí.

¿Realmente había hecho el amor con Roser a mediodía o era un sueño?

—Suerte con lo de su mujer —le deseó.

—Gracias. Cruzo los dedos. ¿Le recojo mañana?

—No. Quiero mirar esto con calma. —Señaló la libreta—. Veré lo que saco. Lástima que no aparezcan las edades de las madres, solo las fechas del parto. Hubiera ayudado. Le veré en comisaría.

—Si aparece el comisario y pregunta, ¿qué le digo?

—Le hace un primer resumen, a ver cómo se lo toma.

—No le va a gustar nada.

—Ya lo imagino. —Su tono tuvo un deje de perversión—. Buenas noches, Quesada.

—Buenas noches, señor.

Bajó del automóvil y vio cómo su compañero se alejaba. Pensó en su ansiedad. El camino a casa se le haría largo. Si su mujer estaba embarazada, sería una fiesta. Si era lo contrario, un funeral. Y otra vez a la carga, a probar, a esperar. Y de puntilla investigaba un caso de adopciones ilegales. Cientos, miles de parejas anhelando tener un hijo que el destino les negaba y cientos, miles de madres entregando los suyos o siendo robadas, mentidas.

A veces la vida era asquerosa.

Incluso en Navidad.

Iba a meterse en el portal cuando vio en la esquina a Montserrat. Hablaba con aquel chico, el tal Pepe. Solo hablaban. Ella parecía reír.

No quiso espiarla, ni que ella le viera, así que hizo lo que tenía que hacer.

Cuando se encontró a salvo en su piso se quitó el abrigo, colocó la libreta en la mesita de la entrada y se frotó las manos para que entraran en calor. A los pocos pasos y antes de llegar a la cocina o el comedor, apareció Roser.

Sonreía.

Vaya si sonreía.

—Hola, fiero. —Le dio un beso en la comisura de los labios.

—Ya. —No supo qué decir él, sobre todo porque ignoraba si Ignacio estaba en casa.

—Venga, tonto, que ya sabes que me ha gustado, ¿qué te crees? —Volvió a besarle, esta vez en los labios, rápida y suavemente—. ¿Lo has resuelto?

—Aún no.

—¿Un caso difícil?

—¿Cuándo no lo son?

—Antes no me has dicho de qué iba. Me has dejado en el séptimo cielo, te has vestido, como un amante secreto, y te has ido.

—¿Qué quieres saber?

—Si es algo truculento, con sangre y todo eso.

—Han matado a una monja.

—¿Qué? —Se asombró ella.

—Repartía bebés como si fueran regalos de Navidad y posiblemente una madre a la que le quitó el suyo la ha matado. Digo posiblemente ya que discutían y la monja se ha caído por la escalera.

—¡Jesús!

—No sé por qué te lo cuento. —Fue sincero—. ¿Dejamos de hablar de ello?

—Sí.

Entraron en la cocina, una para dar los últimos toques a la cena y el otro para ayudar.

—¿Y esa monja...?

—Roser...

—Vale, vale.

—Montse está ahí abajo con ese tal Pepe, el del mes pasado.

—Pues si la puedes ver es que no pasa nada.

Era pura lógica.

—Lo sé —reconoció.

—No te pongas histérico, por favor. Que ya tiene dieciséis años y pronto cumplirá diecisiete.

—Yo no me pongo histérico.

—¿Y lo mal que vas a llevar que tengan novios y novias, sobre todo ella?

—Que no.

—Eres de la vieja escuela, cariño. Muy progresista en algunas cosas pero un poco machista en otras.

—¿Yo? —Se sintió ofendido.

—Que no pasa nada. —Se acercó a él, le pasó los brazos alrededor del cuello y le besó con un poco más de intensidad—. Te quiero igual.

Ignacio apareció en ese preciso instante y los sorprendió en plena acción.

—¡Oh, oh! —exclamó—. Escena íntima entre el bravo defensor de la ley y la morenaza sospechosa de mujer fatal.

Hilario alargó una mano para cogerle, pero su hijo se zafó con agilidad.

—Ves demasiadas películas, ya te lo he dicho esta mañana.

—Os dejo. Pero si me dais un hermano que sea chica, para que duerma con Montserrat. Yo ya estoy bastante apretado.

—¡Oye, espera!

Fue tras él. Lo alcanzó en su habitación. Ignacio se quedó en la puerta.

—¿Has oído lo último de Dylan, algo así como *Con Dios de nuestro lado*?

—Sí —dijo el chico—. ¿Por qué?

—¿Qué dice la letra?

—No la tengo traducida entera, pero les da un palo a todos mientras recorre un poco de la historia de los Estados Unidos. Viene a decir que no importa que haya guerras, ni robos, ni apaños, ni asesinatos, mientras Dios esté de su lado. Es como si con eso, se haga lo que se haga, se tenga una razón para hacerlo y encima Dios diga amén, porque se entiende que ellos son los buenos y los demás los malos. Puro cinismo.

—Mira a ver si puedes pasarme algo de la letra.

—Vaya, ¿tanto te interesa Dylan?

—¿Por qué no?

—No sé. Es un tío raro, y lo que canta...

—Ni que fuera un viejo carcamal de otra generación.

Su hijo le miró con escepticismo.

—*Father...*

—¿A que te doy?

—¡No, no! —Se refugió en su habitación.

Hilario regresó a la cocina en el momento en que entraba Montserrat en casa. Su hija apareció sonriente.

—¡Hola, familia!

—Hola. —Esperó a que ella llegara hasta él y le diera un beso.

—Estaba abajo, con Pepe.

Roser intercambio una mirada con su marido.

Vino a decir: «¿Lo ves?».

—Parece majó, ¿no? —Tanteó el asunto Hilario.

—¡Psé! —Su hija se encogió de hombros—. No es mal tío, y me hace reír.

«Esos son los peores», pensó Hilario.

—La cena estará en un rato —avisó Roser.

—Me voy a estudiar que mañana tengo uno de los trimestrales. —Se evadió Montserrat.

Se quedaron solos.

—¿Tú qué? —le preguntó Roser a su marido.

—Voy a darle una ojeada a unas pruebas.

—El caso es no ayudarme.

Hilario no quiso discutir. Fue al recibidor, recogió la libreta de la hermana Amalia y caminó con ella hasta su despachito, su rincón de trabajo. Se sentó en la butaca, no en la silla, conectó la lamparita que iluminaba lo que tuviera entre manos y ojeó las últimas páginas de aquel registro, yendo hacia atrás en su recorrido.

Nombres.

Solo nombres y fechas.

Centenares de bebés con el destino cambiado, madres que jamás los olvidarían y familias felices por tener el hijo o la hija tan deseados.

La libreta era un conducto que unía el infierno y el cielo. El infierno de las madres solteras o que renunciaban igualmente a sus hijos, además de aquellas a las que se les decía que el bebé estaba muerto, y el cielo de los padres que ganaban un hijo.

Y en medio, la voluntad de una única persona.

La hermana María de la Paz Suñol.

Llegó casi al principio, con fechas situadas dos años antes, cuando se encontró con aquellos nombres.

Manuela Soler Palau y Luis Flotats Miró.

Adoptada: niña.

El nombre de la madre era lo de menos.

Manuela Soler Palau.

Su hermana.

Mejor dicho, su hermanastra.

Hilario se quedó sin aliento.

Su hermanastro tenía dos hijos varones. Su hermanastra dos niñas, de cinco y dos años. De pronto resultaba que la pequeña era adoptada, y había

sido a través de la red de la hermana María.

«Hijo —le decía siempre su madre—, deberías ir a ver a tu padre, darte a conocer, que sepa de ti. Y lo mismo tus hermanastros. Quién sabe. Igual no saben que existes».

Nunca había encontrado razón ni excusa para hacerlo.

¿Orgullo?

Sí.

Su padre tenía que saber algo de él, y si jamás había dado un paso para verle...

Manuela Soler Palau.

Carolina era adoptada.

Inexplicablemente, sintió rabia.

—Mierda... —Tuvo deseos de gritar.

Roser gritaba que la cena ya estaba lista cuando Ignacio entró en el despachito. Llevaba una hoja de papel en la mano. Hilario seguía sentado, aplastado, con la cabeza en blanco.

—¿*Father*?

—No me llames así, ¿quieres?

—Vale. —Alargó la primera vocal—. ¿Malhumor?

—No, hombre, no —mintió dejando la libreta a un lado.

—He traducido algo de esa letra de Dylan. Ya sabes que cuando puedo grabo cosas directamente de Radio Luxemburgo y la tenía en el magnetófono.

—¿Esa emisora no emite de noche?

—No solo de noche. A veces la pillo ya a esta hora.

Recogió la hoja de papel de manos de su hijo. Había algunas frases garabateadas, medio escritas, tachadas... Leyó las más claras.

*La Primera Guerra Mundial, chicos,
echó su suerte.*

La razón para luchar, nunca la tuve clara.

Pero aprendí a aceptarla con orgullo.

*Porque no deben contarse los muertos,
cuando Dios está de nuestro lado.*

*Cuando la Segunda Guerra Mundial,
llegó a su fin,*

perdonamos a los alemanes

y nos hicimos sus amigos

*aunque asesinaron a seis millones
friéndolos en sus hornos.*

Los alemanes ahora

también tienen a Dios de su lado.

*Ahora tenemos armas químicas.
Si nos vemos forzados a dispararlas
debemos hacerlo.
Se da un golpe a un botón
y de un disparo se atraviesa todo el mundo.
Y nunca haces preguntas
cuando Dios está de tu lado.*

Eso lo cantaba un tipo en Estados Unidos.
En España ya lo habrían metido en la cárcel.
—¿Este disco se va a publicar aquí? —le preguntó a su hijo.
—¿Aquí? ¿Estás loco? ¡Eso lo censuran, fa... papá!
—Pues yo lo he oído hoy por radio.
—Durará poco. Algún locutor presumiendo de exclusiva. En este país como nadie habla inglés... Pero en cuanto llegue y se lean la letra... ¡kaput!
—No hables así.
—Es lo que hay, ¿no?
—Mejor no vayas diciéndolo en voz alta.
—Papá, si voy a la universidad sabes que...
—¿Qué, te meterás en líos?
—No.
—Me parece que sí, que te veo venir. La universidad anda cada día más revuelta.
—¿Y qué quieres? Son los nuevos tiempos.
«Los tiempos están cambiando», decía Dylan.
—¿Y la mili?
—De entrada quiero ir a la universidad para ahorrármela. No me veo de uniforme y con una escopeta, ya lo sabes. Igual me toca Sidi Ifni y entonces sí que me muero. Como mal menor, pidiendo prorrogas de estudios, está lo de los veranos, ir a campamentos. Pero confío librarme por lo de los pies planos. Para una cosa que hicisteis bien.
—¿Bien que nacieras con los pies planos?
—Pues mira, sí. Paso del fútbol y saltarme la mili sería lo mejor que me podría suceder en la vida. El precio vale la pena.
Roser metió la cabeza por la puerta, enfadada.
—¿Qué, cuántas veces he de llamaros?
Hilario se levantó de un salto y salió con Ignacio. Montserrat ya estaba

sentada a la mesa. Pese al cambio de escenario, no dejó la discusión con su hijo.

—Ignacio, el pasado día cinco se aprobó lo del TOP. Te lo dije, ¿recuerdas?

—Vale, o sea que ahora está peor lo de meterse en problemas. ¿Es lo que me estás diciendo?

—Siempre es complicado meterse en líos, y más políticos. Así que mejor no lo intentes. Aquí no están las cosas como para jugársela. —Instintivamente pensó en Jaume Crusat.

—Mi padre poli me sacará las castañas del fuego. —Le guiñó un ojo.

Hilario miró a su mujer.

—¿Tú le oyes?

—Siempre está de broma, hombre.

—Con según qué no hay bromas —objetó el cabeza de familia.

—Reconoce que estás traumatizado por lo de ese chico —dijo Roser como si le leyera la mente.

—Bueno, puede —admitió él.

—Una vez me dijiste que en la vida vamos abriendo círculos, y que, poco a poco, los cerramos. El último es la muerte que cierra la vida —mencionó Roser—. Pues si es así, a Peláez tarde o temprano se le cerrará ese círculo.

—Huy, qué filósofa —bromeó Ignacio.

—Pero el chico, muerto —dijo Hilario.

—Hilario... —Trató de frenarle ella para que no siguiera hablando.

—¿De qué chico habláis? ¿Y quién es Peláez? —quiso saber Montserrat entrando por primera vez en la conversación.

—No es nada —la cortó su madre.

—Vale. —Montserrat puso cara de fastidio.

—Luego no digáis que no os contamos nuestras cosas —protestó Ignacio.

—Vosotros sois una cosa, y el trabajo de papá, otra. —Quiso dejarlo claro Roser.

Se pusieron a hablar todos a la vez, los cuatro, hasta que Hilario sacó a relucir dos argumentos de peso: su autoridad paterna y su raro mal genio.

—¡Se acabó! ¡Cenad y callaos!

Cenaron y se callaron.

El teléfono sonó justo cuando comían el postre.

—No —gimió Hilario.

—Es tu madre, y lo sabes. Yo no me pongo para decirle que no estás.

Se resignó. Le tocó llevarse a la boca la última cucharada de yogur y levantarse para coger el auricular. Cerró los ojos y antes de que dijera una palabra la escuchó.

—¿Hilario?

—Sí, mamá.

—Oye, que la semana que viene ya es Navidad. ¿Cómo lo hacemos este año?

Ni lo había pensado.

—Mamá, como siempre, ¿no?

Empezó una charla-discusión inútil a la que se resignó. Una vida perdida. Su madre cuidándole, sola, cargando con él. Madre soltera. Ella nunca le habría dado en adopción. De entrada porque era del hombre al que había amado, aunque fuese efímeramente. De vez en cuando le insistía:

«Ve a verle, al menos que te vea, que sepa que lo sabes. A lo mejor no da el paso creyendo que yo no te he dicho nada».

¿Tenía una excusa por primera vez, al menos para conocer a su hermanastra?

—Hilario, ¿me oyes?

—Sí, mamá.

—Como no dices nada.

—Estoy pensando en lo que me has dicho.

Otros cinco minutos.

Se quedó solo en el comedor. Roser en la cocina. Montserrat e Ignacio en sus habitaciones. Adiós a una sobremesa tranquila. Ni siquiera habían puesto la tele, aunque tal vez su mujer la viera un rato antes de acostarse.

Cuando por fin logró deshacerse de su madre, no sin sentir el complejo de culpa habitual, regresó al despachito.

Con su libreta.

Miró las últimas páginas, los nombres de las madres anotados en ellas.

Una tenía que ser la culpable de todo aquel lío.

Una.

¿Cuál?

Ya no tenía ninguna pista, salvo que pusiera a todo el departamento a encontrarlas.

Sugrañes, Pons, el padre Amancio... ¿Habría alguno?

No, ellos tampoco debían de saber nada. La muchacha que había ido a ver a la hermana María por la mañana sabía que ella y solo ella era la

responsable.

Aunque tendría que volver a hablar con ellos.

Perdió una hora, o más, cotejando el listín telefónico con los nombres del registro. No coincidían. Además, ¿y si su teoría de que era una de las últimas resultaba errónea? ¿Y si la joven de entre diecisiete y diecinueve años había descubierto semanas o meses después que le robaron a su bebé?

Cuando salió del despachito escuchó el rumor del televisor a lo lejos. Fue a reunirse con Roser, pero primero abrió la puerta del cuarto de Montserrat. Dormía, y con la luz apagada. Después hizo lo mismo con la puerta de la habitación de Ignacio. Él estaba frito y con la luz encendida.

Se acercó a la mesita de noche para apagarla.

Entonces vio el cable saliendo de debajo de la almohada.

Metió la mano hasta dar con el transistor. Su hijo solía fingir que dormía, pero en realidad escuchaba música con un pequeño auricular introducido en su oreja. Lo tapaba con la cabeza recostada de ese lado. No quiso despertarle y extrajo el transistor con cuidado. No se trataba de un aparato precisamente pequeño, porque medía un palmo de largo por casi diez centímetros de ancho. La suerte era que Ignacio, cuando cogía el sueño, no se despertaba ni aun con rayos o truenos. Más complicado fue sacarle el auricular de la oreja. Tuvo que sujetarle la barbilla y hacerle girar un poco la cabeza. Desde que la música había entrado en su vida, estaba como loco. Beatles, Dylan... Por suerte solo pillaba aquella emisora, Radio Luxemburgo, por las noches.

Iba a cerrar la radio cuando escuchó una voz.

No, no era precisamente música, ni la voz hablaba en inglés.

Hablaba en español.

Se metió el auricular en el oído y al momento abrió los ojos.

—... por lo que no mañana, ni pasado, sino ahora, la lucha debe continuar para evitar la perpetuidad de ese Régimen asesino, que se sublevó contra nuestro Estado de derecho, que dejó un millón de muertos en las tierras de España y sembró las cunetas y los bosques de fosas sin nombres. ¿Hasta cuándo bajaremos la cabeza mientras el mundo entero nos da la espalda? ¿Qué necesitamos para decirle al dictador que nunca nos derrotará, porque las ideas y los ideales jamás pueden morir? —La voz hizo una pausa dramática—. Yo os digo que no me rendiré, y que un día volveré a España. Os lo digo y os lo prometo. Y será por las armas o a través de una nueva paz, auténtica, duradera. Los asesinos jamás han de vencer. Los asesinos han de purgar sus culpas. Os lo digo como mujer y como militante. Yo, la Pasionaria, os juro...

Hilario se quedó alucinado.

Era Radio la Pirenaica, la Radio de la España Independiente, la voz del Partido Comunista de España emitiendo desde más allá de las fronteras.

Miró a Ignacio.

Volvió a pensar en Jaume Crusat.

Luego apagó la radio y la dejó sobre la mesita de noche de su hijo, apagó la luz y salió de su habitación.

DÍA 2
MARTES, 17 DE DICIEMBRE DE 1963

23

No había sido la mejor noche de su vida.

Primer sueño: Martín Peláez tirando por la ventana a Jaume Crusat. Segundo sueño: Martín Peláez tirando por la ventana a su hijo. Tercer sueño: Ignacio detenido en La Modelo. Cuarto sueño: su padre y sus hermanastros riéndose de él porque había ido a verlos desnudo. Quinto sueño: varias monjas rodeadas de niños autoflagelándose mientras ellos cantaban villancicos. Sexto sueño: una subasta de bebés. Séptimo sueño: la hermana María tirando por la ventana a Martín Peláez.

¿Sueños? No, pesadillas.

Salvo, quizá, el último.

Se levantó el primero porque ya tenía los ojos abiertos mucho antes de la hora.

Desconectó el despertador para que Roser disfrutara más del descanso y, muerto de frío por el cambio de temperatura, se metió en la ducha. El baño le fue bien, pero se lo dio muy rápido. Quería hablar con Ignacio antes de que empezara la guerra de cada día por la ocupación del lavabo.

Logró sorprenderle ya de pie aunque todavía con el pijama.

—Hola. —Su hijo se extrañó un poco ante su presencia.

—Ayer te dormiste con la radio puesta —avanzó Hilario.

Logró incomodarle, aunque, de momento, solo fuera por lo de haberle pillado oyendo la radio mientras fingía dormir.

—Vaya —suspiró Ignacio culpable.

—No escuchabas precisamente música.

Ahora sí, se puso rojo.

Hilario sostuvo su mirada.

No le gritó.

No se trataba de eso.

—¿Alguien lo sabe? —preguntó su padre.

—No.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—¿Por qué lo haces?

El chico soltó una bocanada de aire. Le costaba hablar.

—Dice cosas interesantes...

—Pero peligrosas.

—Bueno, tú estás en homicidios, no en la Brigada Político-Social.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No eres el que siempre dice que las cosas no pueden durar mucho más, y que hay que prepararse para lo que venga?

—Lo digo con la boca pequeña, y aquí, en casa. No afuera. Además, puedo equivocarme. Franco está tan campante y el Régimen cada vez goza de mejor salud.

Ignacio se recuperó ligeramente.

—Lo siento.

—No se trata de sentirlo. —Pensó en Creix interrogándole—. Te la estás jugando, y nosotros contigo. Esto no es un juego. No hagas locuras.

—Si me hablaras de lo que pasó en la guerra.

—No es tan sencillo.

—Pero tú tienes tus ideas, y me gustaría conocerlas.

—Mis ideas son más, hijo. Quizá no te convenga conocerlas. Tú has de vivir en este país.

—¿Y tú no?

—Sí, pero menos.

Ignacio se cruzó de brazos, más cómodo. A fin de cuentas no le regañaba. Estaban hablando.

—Hubo un golpe de Estado, ¿no? Y Franco desencadenó una guerra civil.

—Ignacio, no.

—¿No te das cuenta de que no saber es peor?

—¿Quieres que lo hablemos?

—Sí.

—De acuerdo, pero no ahora. Y prométeme...

—Te lo prometo.

—No sabes qué iba a pedirte.

—Que tenga cuidado, que no vaya por ahí hablando, que no me meta en líos... —Hizo un gesto de fastidio—. Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, pero rápido que he de irme.

—Cuándo interrogas a un sospechoso, ¿le das?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Se envaró.

—Va, dímelo. A fin de cuentas son chorizos, delincuentes, o asesinos a los que hay que arrancar una confesión, ¿no?

—Yo no «les doy» —remarcó las palabras.

—Dicen que todos los polis...

—Yo, no.

—No pensaba criticarte.

—Ignacio, yo investigo, hago preguntas, resuelvo casos. Ese es mi método.

Por primera vez, el chico sonrió.

—Mira que eres raro para ser poli.

—Así que soy raro. —No pudo creerlo él.

—Sí. —Fue sincero.

—¿Cuánto hace que oyes esa emisora?

—Un par de semanas.

—¿Cómo la descubriste?

—Algunos de clase...

El horror reapareció en Hilario.

—¿Comentáis cosas?

Era inútil mentir, y lo sabía.

—Sí, las comentamos.

—¡Maldita sea, Ignacio! —Empezó a desesperarse.

—Pero si hasta ya se empieza a hablar catalán en algunos sitios.

—Mira, no voy a coartarte tu independencia el día que la tengas. Ahora vives en esta casa y punto. Pero que sepas que las cárceles están llenas de inocentes como tú, que se creían que esto es América y su libertad de expresión. ¡Maldita sea, vivimos en una dictadura! —El grito sobresaltó a Ignacio—. ¡Hubo un golpe de Estado, se acabó un sistema y ahora manda el Ejército! ¡Esto no es una broma! ¿Quieres que te cuente qué hace la Brigada Político-Social? ¿Quieres que te hable de un sádico llamado Antonio Creix, que se pasea por la Central con gotas de sangre fresca en la camisa? ¿Quieres saber cómo acabarán los que pasen por el Tribunal de Orden Público?

Ignacio estaba más que pálido.

—Lo... siento —dijo por segunda vez su hijo.

Hilario le abrazó.

—No cambies —le susurró al oído—. Pero no te hagas el héroe. Sé más listo que ellos.

Le dio un beso en la mejilla y salió de su habitación.

Montserrat ocupaba ahora el cuarto de baño. La oyó canturrear feliz por habérselo arrebatado a su hermano mayor. A veces en la vida bastaban esas pequeñas grandes victorias. Regresó a su habitación y se encontró con Roser despezándose todavía en la cama. Las imágenes de su encuentro sexual el día antes reaparecieron en su mente.

¿Volvía a estar excitado?

Sí, como si sexo llamase a sexo.

—Hola, cariño —gruñó Roser.

Se alegró de que no le hubiera oído alzar la voz en el cuarto de Ignacio. Prefería no darle explicaciones en ese momento.

—¿Te levantas ya?

—Sí, ¿por qué? Tú has pasado mala noche, ¿cierto?

—¿Me has oído?

—Gemías, dabas vueltas...

—Pesadillas.

—¿Los detenías a todos?

—A todos. —Sacó pecho mientras se quitaba el pijama para vestirse.

—¿Estás bien? —No se fío ella.

—Sí, en serio. Tranquila.

—Oh, sí, tranquila.

Prefirió salir de la habitación solo con los pantalones puestos y la camisa en la mano, para no continuar por aquel camino. Por suerte ya no hubo más preguntas, comentarios o alusiones. El resto fue tranquilo. Montserrat pareció feliz, Ignacio tímidamente silencioso y con los ojos un poco rojos, como si acusara la parte final de su matutino encuentro paterno, y Roser aparentemente distraída y con sueño pegado a los párpados. Cuando estuvo a punto de irse metió la libreta de la hermana Amelia en el bolsillo del abrigo, que era bastante grande.

Todavía no estaba decidido.

Al marcharse le dio un beso a su mujer.

—¿Volverás a mediodía? —Le guiñó un ojo ella.

—Mira que lo hago, ¿eh?

—Uh, uh, uh, menos lobos, Tarzán. —Se le burló en la cara.

—No sé por qué te quiero —rezongó.

—Yo sí: porque soy la mejor.

Se dieron otro beso, este más largo.

Se marchó excitado preguntándose qué le estaba pasado.

Finalmente la decisión la tomó en la calle.

¿Valía la pena?

¿No era incluso sádico por una parte, y masoquista por la otra?

¿La perfecta excusa para conocer al menos a su hermanastra?

—Hazlo —se dijo a sí mismo.

Una voz interior trató de disuadirle.

—A la mierda. Hazlo —volvió a decirse—. ¿Por qué no?

Detuvo un taxi y le dio la dirección de la casa de su hermanastra. Las sabía todas de memoria, la de su padre, la de su hermanastro y la de ella. Y por supuesto el despacho de Manuel Soler Raventós, por donde a veces pasaba para verle de lejos.

El hijo no querido.

El bastardo.

¿Qué le dolía más, eso, ser un bastardo, el hijo ilegítimo, o no saber si él, simplemente, no quería verle? A fin de cuentas la idea de no dejar que se casara con su madre había tenido que partir de su abuelo, el jefe del clan cuarenta años antes. El gran hombre muerto hacía unos pocos años atrás. ¿Y si su padre no se atrevía a dar el paso? ¿Y si...?

Siempre las mismas preguntas.

Manuela Soler Palau vivía cerca de la casa paterna, en pleno Pedralbes. A fin de cuentas su marido también tenía pedigrí. El taxi le dejó en la puerta, con el taxista mirando por la ventanilla el lujo del edificio. Hilario bajó y no caminó más allá de unos metros. Antes incluso de entrar en el edificio, un conserje le interceptó el paso. Lo miró de arriba abajo con rostro de celador en guardia.

—¿A qué piso...?

La placa policial le hizo bizquear y enmudecer.

Subió en el ascensor, lujoso, de madera brillante, y se apeó en un señorial vestíbulo adornado con una mesita y flores. Una alfombra cubría el suelo. Había un piso por rellano. La criada que le abrió la puerta, de correcto uniforme, le mostró una cara afable pero seria. Ella también le miró como el conserje.

Hilario echó a rodar cuesta abajo.

—La señora, por favor.

—¿De parte?

—De la policía.

Eso la impresionó.

No hubo preguntas.

—Si quiere pasar. La aviso enseguida.

No fue una espera larga, aunque el piso era enorme. La criada reapareció, pero solo para llevarle a la consabida salita y que aguardase en ella.

Esta vez sí, los minutos cayeron a plomo.

Uno, dos, cinco...

Hasta que Manuela Soler Palau hizo acto de presencia.

La había visto siempre de lejos, bien vestida, maquillada. Nunca tan de cerca.

Lo más asombroso era el parecido.

Porque eran casi como dos gotas de agua.

Manuela Soler Palau, treinta y dos años, casada con Luis Flotats Miró, constructor de treinta y nueve años, madre de Luisa y Carolina, de cinco y dos años de edad respectivamente.

Su hermanastra.

Hilario sintió el vértigo, el zumbido en las sienes y el nudo en el estómago.

¿Qué estaba haciendo allí?

¿Se estaba vengando, aunque el único responsable de todo fuese su invisible padre y el abuelo muerto que había impedido el enlace de su madre embarazada cuando era joven?

Comprendió que era demasiado tarde para echarse atrás.

Manuela también se lo quedó mirando, como si se hallase ante un espejo distorsionado.

—Siento molestarla a estas horas de la mañana —quiso justificarse Hilario.

—¿Me ha dicho la chica que es usted policía?

—Sí. Inspector. —No le dijo el apellido.

—No entiendo...

—¿Puede sentarse aquí conmigo diez minutos? —Abarcó la salita con una mano—. He de hablar con usted. Puro formulismo, se lo aseguro, sobre todo si me dice la verdad.

Su hermanastra se envaró.

—No tengo por costumbre mentir —manifestó.

Hilario saltaba de charco en charco.

Intentó ser y parecer un policía.

O eso o salía corriendo y se olvidaba de todo.

—Por favor. —La invitó a sentarse en una de las sillas.

Ella le obedeció. Él hizo lo mismo en otra.

—Estoy investigando un homicidio.

Las cejas de Manuela se dispararon hacia lo alto casi un par de centímetros.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Señora Soler...

—Señora Flotats, si no le importa —le rectificó empleando el apellido de su marido.

—Señora Flotats. —Fue condescendiente—. ¿Recuerda usted a la hermana María de la Paz?

Por primera vez, ella dejó de parecer una estatua.

El torpedo estalló en todo su ánimo y mermó su resistencia.

—No estoy segura... —Trató de recomponerse.

—Ella le facilitó la adopción de Carolina. Y muy posiblemente también la de Luisa.

La palidez se hizo máscara.

La inmovilidad arenilla.

Empezó a desmenuzarse.

—Sí, la conozco, pero no entiendo...

—¿Puede decirme cómo fueron esas adopciones?

—Absolutamente legales, por supuesto.

—No lo dudo, pero necesito saberlo.

—¿Por qué?

—La hermana María ha sido asesinada. —Decidió emplear la palabra aunque no fuese exacta, solo para darle una mayor contundencia al hecho.

—Dios mío. —Se llevó una mano al pecho—. ¿Qué me dice?

—La hermana María dirigía una red de adopciones ilegales. Unas veces las madres los cedían en adopción, sí, pero otras se les decía que su hijo había muerto y se lo entregaban a familias pudientes, como la suya.

Manuela tragó saliva.

—Yo no sabía... Nosotros no sabíamos nada de eso, puedo jurárselo.

—¿Cómo llegaron hasta ella?

—Por una amiga que también había adoptado. Nos facilitó su nombre. Todo le había ido bien, así que no lo dudamos.

—¿No les extrañó que el proceso pasara por una simple monja en lugar de hacerlo a través de cánones más oficiales?

—¿Por qué habría de extrañarme? Precisamente nos pareció lógico por ser ella una religiosa. ¿Cómo imaginar que una monja pueda cometer algún delito? Además, mi marido se ocupó de los trámites porque yo... tenía tal ansiedad, sobre todo la primera vez... Tenemos los papeles en regla, puedo asegurárselo. Los abogados se encargaron de eso. Inspector —cambió el

sesgo de la conversación—, ¿qué es exactamente lo que ha sucedido?

—Alguien a quien la hermana María le quitó su hijo, la mató ayer al tratar de recuperarlo.

—¿Me está hablando de... la madre de Carolina o la de Luisa?

—No. —La tranquilizó.

Pareció venirse abajo, por un lado expulsando aire al saber que no se trataba de una de las dos mujeres que había engendrado a sus niñas, pero por el otro porque, de pronto, se veía inmersa en una pesadilla extraña.

«Vete, ya está», le dijo a Hilario su voz interior. «Ya la has visto, le has hecho daño, lárgate».

—Mire, inspector. —Reunió fuerzas su hermanastra—. Le puedo asegurar que mi marido jamás cometería un delito, y lo mismo yo. Dada nuestra posición, habríamos conseguido adoptar en cualquier parte. Todo lo que se hizo fue legal, se lo repito. Espero que no esté insinuando que pueden quitarnos a mis hijas.

—No, eso no, se lo aseguro. Hay cientos, miles de afectados. Sería una locura. Lo único que tenemos es el nombre de la madre y el de los padres adoptivos, y tampoco sabemos si las madres los cedieron de buen grado o se los robaron. Yo solo investigo la muerte de la hermana María. Por eso hablo con algunas personas cuyos nombres han destacado en una lista que encontramos.

—Mis hijas no saben que son adoptadas. Si esa lista se hace pública...

—No lo creo. Se lo repito, esté tranquila. Solo intento hacerme un cuadro de los métodos de la hermana María.

—¿Quién tenía esa lista? La hermana María nos aseguró que todo esto era secreto.

—Una ayudante suya. ¿Conoció usted a las donantes de sus hijas?

—No.

—¿Tuvieron que esperar mucho?

—No.

—¿Cuánto?

—Luisa dos semanas. Carolina un mes y medio. Quería dos niñas. Cuando me dio a Carolina me dijo que si quería un niño ya sabía dónde encontrarla.

—¿No les sorprendió que todo fuera tan rápido?

—Pensamos que era el procedimiento habitual.

—¿Su marido pagó por ellas?

Reapareció el miedo. No era tonta. Sabía que «pagar» equivalía a «comprar». Pero por otra parte no se atrevió a mentir.

—Entregó un dinero compensatorio, sí. Para gastos de parto, hospital... Ni siquiera sé cuánto fue. Yo lo único que quería era ser madre, sentirme madre. —Contuvo un atisbo de emoción y el tono de su voz acabó revestido de dolor—. Usted no sabe lo que es desear algo tan intenso y no poder conseguirlo. Acabas enferma, ciega, no sé si me entiende.

—¿Les pidió ella el dinero?

—Sí, pero se lo dimos al médico que firmó los papeles.

—¿El doctor Pons o el doctor Sugrañes?

—Pons. —Se llevó una mano a la frente—. Dios... esto puede llegar a ser una pesadilla. Acabará siendo una bola de nieve.

—Se lo repito, es improbable salvo que haya alguna denuncia puntual, y eso también sería raro. Son demasiados casos.

—¡Pero usted está aquí!

—He interrogado a tres o cuatro familias, para estar seguro de los métodos de la hermana María, nada más. Es un procedimiento habitual. Perseguimos un delito grave, un homicidio, no el castigo a unas mujeres que en su mayor parte dieron a sus hijos para que tuvieran una vida mejor o los padres que los adoptaron para ser felices. Yo...

No pudo acabar la frase. Un pequeño vendaval en forma de niña de cinco años irrumpió sin más en la sala. Primero se detuvo al verla acompañada por un extraño. Luego soltó lo que había ido a decirle.

—¡Mamá, Carolina te llama!

—Voy, cielo.

La pequeña, ahora sí, se quedó mirando fijamente a Hilario.

Y no se cortó un pelo.

—Mamá, este señor se te parece mucho.

—¡No seas impertinente! —La regañó su madre antes de dirigirse a él—. Lo siento, es que mi hija pequeña está resfriada.

—Yo ya había terminado. —Se puso en pie—. Siento de veras haberla conocido en estas circunstancias, y, sobre todo, haberla preocupado.

—Espero que encuentre a quien lo hizo. Para mí esa monja fue una santa, una buen mujer.

Hilario no dijo nada.

Quería salir corriendo antes de que la niña volviera a hablar del parecido.

Su madre la llevaba firmemente sujeta de la mano.

Llegaron al recibidor. No le encargó el cometido a la criada. Se detuvieron los tres para la despedida y entonces sucedió el resto.

Lo inesperado.

Lo que, ni en sus peores pesadillas, Hilario hubiera imaginado.

Se abrió la puerta y por ella apareció Manuel Soler Raventós.

Su padre.

Jamás lo había tenido tan cerca. Jamás había estado con él cara a cara. Jamás lo habría planificado, y menos de aquella manera.

Manuela no sabía que existía, era evidente.

Ni ella ni su hermano Federico.

Pero Manuel Soler Raventós, el gran hombre, sí.

Hilario lo supo de inmediato.

Bastó con ver su reacción.

La que rompió el silencio fue Luisa.

—¡Abuelo! —Se lanzó a sus brazos—. ¿Has venido a ver a Carolina?
¡Tiene unos mocos...!

La cogió, como un autómata.

—Papá —intervino Manuela—. Este señor es inspector de policía.
¿Recuerdas a la hermana María?

—Sí. —Logró reaccionar.

—La han matado —continuó Manuela—. Por desgracia nuestro nombre ha salido en un listado de... bueno, ya sabes. —No quiso decirlo delante de la niña—. Al parecer lo que hacía no era del todo legal.

—¿Matado?

Le tocó el turno de reaccionar a Hilario.

—Disculpe las molestias. Es parte de la rutina. Ayer una joven la empujó escaleras abajo causándole la muerte. Creemos que buscaba a su hijo.

—Lo lamento. —El rostro de Manuel Soler Raventós era una máscara impenetrable—. En nuestro caso nos aseguramos de que todo fuera correcto, y tenemos los papeles. Mi yerno y yo mismo nos ocupamos de ello.

—No lo dudo, señor.

—Espero que su visita sea, como dice, pura rutina.

—Lo es.

—Si he de hablar con su superior...

—No creo que sea necesario. Además, la investigación de lo sucedido la llevo yo.

Luisa volvió a meterse en la conversación.

—¿De qué habláis, mamá? —Y sin esperar una respuesta, le dijo a su abuelo—: ¿Verdad que este señor y mamá se parecen?

Hilario le acarició la mejilla.

Por primera vez, Manuela frunció el ceño.

Manuel Soler Raventós acabó de envejecer cinco años.

Hilario les tendió la mano a los dos. Primero su hermanastra. Después su padre.

El primer contacto a lo largo de sus vidas.

—Buenos días —se despidió—. Que se mejore Carolina, señora.

Les dio la espalda y no se paró ni a coger el ascensor.

Al llegar a la calle quiso detenerse porque las piernas le temblaban.

No lo hizo.

Siguió caminando mientras buscaba un taxi cercano.

Ninguno.

«Idiota, idiota, idiota», se repetía.

Había usado una investigación para acercarse a su familia a través de uno de sus miembros, su hermanastra, sin recordar que una vez, de lejos, ya le había asombrado el parecido. Además, la había inquietado con el tema de que sus adopciones pudieran ser ilegales, que desde luego lo eran si por medio estaba la hermana María y sus métodos.

Pero lo peor era aquello.

Ahora su padre sabía que él conocía más de lo imaginado.

Era el bastardo, el hijo secreto e ilegítimo, su «pequeña gran tara» de juventud.

—¡Has hecho el ridículo! —gritó apretando los puños.

No era un crío. Tenía cuarenta y dos años. Pero se había portado como un completo imbécil.

La rabia le invadió más y más.

Ignacio y Montserrat jamás conocerían a su abuelo, salvo que él diera el paso, y estaba seguro de que jamás lo haría.

El gran Manuel Soler Raventós.

Logró detenerse ya lejos de la casa. Se apoyó en la esquina y dejó que sus piernas se flexionaran hacia delante. Temblaba. Más aún: tenía ganas de llorar.

Él.

Llorar por toda una vida de impotencia, por su madre consumida a lo largo de los años y prematuramente envejecida, por ser parte de un secreto cargado de espinas y doloroso, tal vez, por ambas partes.

Dudaba de que Manuel Soler Raventós le hubiera dicho a su esposa que tenía un hijo anterior, producto de una relación de juventud.

Si en lugar de ser inspector de policía hubiera sido un chorizo, igual le

habría podido chantajear.

Se rio de su propia estupidez.

—Venga, gran cerebro, vete a trabajar —volvió a decirse en voz alta.

La próxima vez que su madre insistiese en que fuese a verle, le diría que ya lo había hecho. Tal vez así se quedase tranquila. Y le diría, de paso, que no valía la pena, que podían irse al diablo los Soler, su dinero y su posición.

¿Qué habría hecho el entonces prometedor Manuel Soler Raventós, heredero de los Soler i Fabre, casado con una simple muchachita capaz de acostarse con él sin estar casados, como una vulgar cualquiera?

Finalmente vio el taxi que deseaba y necesitaba. Casi saltó a la calzada para atraparlo. Pedralbes y sus casas señoriales no era zona de taxis. Se metió dentro de cabeza y se sintió a salvo.

Volvía a la normalidad.

—Jefatura Central de Policía —le pidió al taxista.

El hombre le lanzó una mirada de respeto a través del retrovisor colgado cerca de su cabeza. Solo eso. Lo mejor fue que en todo el recorrido no abrió la boca para hablar del frío, el fútbol o lo que siempre solían hablar los taxistas. Había palabras que imponían respeto, y la Central era una de ellas. Palabras y destinos.

Solo cuando pagó la carrera y bajó, el hombre le dijo.

—Feliz Navidad, jefe.

Feliz Navidad.

¿Un eufemismo?

Se dirigió a homicidios todavía con la cabeza en lo que acababa de hacer y el hecho de haber estado cara a cara con su padre. Se miró la mano derecha. Temblaba. Cuarenta y dos años después, ese había sido todo su contacto, salvo el visual. La huella de la mano de un padre que nunca le había acariciado de niño ni reñido de mayor.

Ahora, de vuelta al caso.

La hermana María, el padre Amancio, los doctores Pons y Sugrañes... Mucho por hacer, muchas tuercas que apretarles a los vivos para saber qué madre había decidido recuperar a su hijo o su hija.

Quizá las cuatro monjas del edificio sabían más de la cuenta. Adiós al tacto del día anterior. Era la hora de ser implacables, prescindiendo de que fuesen religiosas.

Entró en el departamento y con la primera que se encontró fue con Miriam.

Siempre se encargaba de darle las malas noticias.

Y no fue una excepción.

—¡Inspector, por Dios! ¿Dónde estaba?

—¿Qué sucede?

—¡Llevan horas buscándole! —Lo exageró al máximo empleando el plural—. ¡El subinspector Quesada le espera en la parroquia de San Justo! ¡Le han pegado un tiro al párroco! ¡Quesada ha dicho que ayer hablaron con él! —Dejó para lo último lo más duro—: ¿Sabe cómo está el comisario? ¡Se sube por las paredes! ¡Una monja, un cura...! ¡De locos!, ¿no? ¡Peláez iba a salir ahora para allá!

Hilario apretó las mandíbulas. Martín Peláez ya le había visto de lejos.

—Es mi caso —le recordó a Miriam, aunque ella no tenía nada que ver en las decisiones de Pablo García.

—¡Ya, ya! —Levantó ambas manos en señal de inocencia—. Le digo ahora mismo que ya se ocupa usted. ¿Aviso a alguien de abajo para que le lleve?

—Sí. Quesada ya tendrá allí el coche. ¿Quién ha llamado para dar la noticia?

—Un hombre que trabaja o ayuda en la parroquia, no sé. Ha sido todo muy confuso. Parece que lo ha visto todo.

—Si vuelve a llamar Quesada, dile que estoy en camino.

—Oiga, ¿qué está pasando? —preguntó de pronto Miriam con cara de susto, frenando su retirada.

—¿Qué quieres decir?

—Una monja, un cura... Si empezamos así, como en el 36...

—No seas alarmista, Miriam.

—Pero...

—Que no tiene nada que ver, mujer.

La dejó atrás para no perder más tiempo. Miriam había sufrido los bombardeos de la guerra siendo niña. Lo más normal era que estuviese marcada para siempre con esos recuerdos. Martín Peláez se quitaba ya el abrigo cuando él abandonó el departamento. Si hubiera llegado cinco minutos tarde, el cabrón asesino de jóvenes se habría metido en su caso.

Encima.

Le volvió la rabia, por su acción anterior y porque, de pronto, todo se complicaba.

¿El padre Amancio Galobart muerto de un disparo?

¿La muchacha que buscaba a su hijo la emprendía a tiros con el sacerdote?

No tenía sentido.

¿De buscar a una joven asustada, pasaban a buscar a una asesina con un arma?

Un policía le esperaba ya con uno de los coches oficiales, es decir, no precisamente camuflados. Se metió dentro, a su lado, y lo primero que le preguntó fue si sabía la dirección.

—Me la han dado, sí, inspector.

Lo segundo fue:

—Ponga la sirena, y a toda hostia.

No hablaron a lo largo del trayecto, así que siguió dándole vueltas a la cabeza al giro del caso. No quería pensar más en la idiotez que había cometido yendo a ver a su hermanastra. Una vez metida la pata, lo demás no contaba. Una lección aprendida. Una barra de hierro candente instalada en su mollera. Lo importante ahora era el crimen del padre Amancio.

Cuando llegaron a la parroquia, el policía sí le preguntó:

—¿Quiere que le espere o me quede, señor?

—No. Ahí está nuestro coche, gracias. Seguiré con el subinspector Quesada.

—Suerte —le deseó el agente.

Iba a necesitarla.

En grandes dosis.

Lo mismo que el día anterior ante la casa donde había muerto la hermana María, la gente se arremolinaba frente a la iglesia y bajo el frío con una buena y heterogénea mezcla de sentimientos. Lágrimas, estupor, miedo... Los rumores subían en espiral hasta el cielo, donde algunos y algunas miraban santiguándose, como si estuvieran ya seguros de que el cura estaba en él. Tuvo que abrirse paso en la entrada para acceder al templo en el que había estado veinticuatro horas antes. El policía que custodiaba la entrada lo saludó.

—En la sacristía, inspector.

—Gracias.

Cruzó la vacía planta de la iglesia con paso vivo y entró en la sacristía. El padre Amancio Galobart estaba tendido en el suelo, boca arriba, rodeado por media docena de expertos en buscar huellas, pruebas y detalles que sirvieran en la investigación. En un rincón vio a Quesada con Dimas, que tenía la cara hundida entre las manos.

Fue hacia ellos.

No mediaron saludos. No hacía falta.

—Me ha dicho Miriam que lo ha visto todo —dijo Hilario.

—Sí, señor —se lo confirmó Quesada.

—¿La chica de ayer?

—No.

—¿Cómo dice? —Puso cara de pasmo.

—Un hombre. Y ha sido deliberado. Es todo lo que he podido arrancarle.

—Dirigió una mirada a Dimas—. Estoy esperando a que se calme, porque como se lo lleven al hospital o algo así...

—No, no. Este no se mueve de aquí —asintió él.

—Pues está en estado de *shock*. Ya me dirá.

Hilario miró a Dimas. Seguía en la misma posición, sentado en la silla, el cuerpo inclinado hacia delante, la cara hundida entre las manos, negándose a ver o atrapado en su propio universo. Como muchos feligreses que colaboraban en las funciones de su parroquia, debía adorar al padre Amancio.

—Sáquelo de aquí y llévelo a la iglesia. Yo voy ahora.

Dejó que Quesada cumpliera su orden y se acercó al cadáver. Amancio Galobart había dejado este mundo con una absoluta cara de no creérselo. Nadie le había cerrado los ojos, ni la boca, entreabierta y convertida ya en una mueca. Los que lo examinaban seguían inspeccionando lo evidente.

La mancha roja estaba justo encima del corazón, con el centro, el lugar por el que había entrado la bala, mucho más negro. La sangre formaba un pequeño charco bajo el cuerpo.

—Un solo disparo —le dijo uno.

—A quemarropa —le dijo otro.

—Un puro ajusticiamiento —manifestó un tercero.

—¿Han tocado algo aquí dentro? —preguntó él.

Los rostros dijeron que no con la cabeza.

Hilario salió de la sacristía y caminó hasta Dimas, sentado en el primer banco de la izquierda, con Quesada a su lado.

Dimas continuaba con la cabeza entre las manos pese al cambio de ubicación.

—Sigue igual —manifestó desalentado Quesada.

Hilario se sentó a su lado.

—Dimas —lo llamó.

Nada.

—Dimas, escuche. Ha de hablar con nosotros.

Intentó quitarle las manos de la cara. El hombre se resistió, igual que un niño al que le diera vergüenza que le vieran.

—¿Quiere que le detengamos y le llevemos a comisaría?

La amenaza surtió efecto.

Bajó las manos despacio, muy despacio, y le lanzó una mirada de horror. Parecía más autista o parado que el día anterior.

—Bien, bien —ponderó Hilario.

Dimas dirigió los ojos a la puerta de la sacristía. Fue como si no supiera que le habían cambiado de lugar y se diera cuenta ahora. Movié una mano en dirección a ella y se puso a llorar y a gritar.

—¡Padre! ¡Padre!

—Cálmese. —Lo retuvo Hilario.

—¡No, déjeme, él me necesita! —gimió el hombre.

—Él necesita que nos cuente lo que ha visto. Se lo está pidiendo, Dimas. Oiga su corazón. ¿No quiere que atrapemos al que hizo esto?

Cambió la dirección de su mirada.

La centró en Hilario.

Ojos alucinados. Expresión ida.

—Sí —admitió con un hilo de voz—. No era... bueno, ¿sabe? Ha de... cogerle. Era... una mala... persona.

—Entonces hable. Dígame qué vio.

Otra pausa. La misma cara revestida de estupor.

—Ha dicho que era un hombre el que ha disparado —quiso insistir Hilario.

—Loco... Loco... ¡Loco! —desvarió su testigo.

—¡Dimas! —le gritó.

Logró sobresaltarle, retener su atención. Lo malo era que por la puerta abierta de la iglesia los alcanzaban las voces del exterior. Lo que los envolvía era un vértigo difícil de aplacar.

—Quesada —ordenó a su compañero—, que se lleven a toda esta gente más lejos, formen un cordón de seguridad y cierre la puerta de la iglesia.

Esperó a que cumpliera su cometido y le dio un margen a Dimas para que se calmara y se habituara a él. Ernesto Quesada regresó a los dos minutos. En este tiempo Dimas se mantuvo con la mirada perdida. Ahora la iglesia estaba sumida en la penumbra, con la escasa luz proporcionada por las cuatro ventanitas y la exigua iluminación del altar, donde un Jesucristo con cara de dolor miraba al suelo desde las alturas.

Hilario tuvo una idea.

—Jesús le está observando, Dimas. ¿Lo ve? —Señaló el crucifijo.

—¿A mí? —balbuceó el hombre.

—Vamos, trate de entender lo que le digo.

—Yo... lo entiendo —asintió despacio.

—Respire.

—Lo intento, sí.

—Le necesitamos, ¿comprende? Todo depende de usted. Ahora es quien manda.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Mando yo —lo repitió con un atisbo de realidad en su desconcierto.

—Claro. —Hilario se sintió psicólogo—. Lo ha visto todo. Gracias a usted cogemos a ese hombre. Gracias a usted, Dimas. El padre Amancio estaría orgulloso.

No supo si mentarle al sacerdote había sido una buena o una mala idea.

—El padre... era una buena persona —asintió Dimas hablando más para sí mismo que para ellos—. De verdad. Todo... todo lo hacía por esos niños infortunados.

—¿Se refiere a las adopciones?

—Angelitos, hijos del... pecado.

—¿Se refiere a las adopciones? —insistió.

—Sí. —De pronto centró toda su atención en él—. Las adopciones, claro.

—¿Le han matado por eso?

—Ese... mal hombre lo ha dicho, sí.

Prefirió dar un rodeo, tratar de ganárselo despacio, no dejarle ir, como un pescador dando carrete a su presa.

—¿Lo había visto otras veces?

—No.

—¿Mayor, joven?

—Joven.

—¿Veinte años?

—Más, más.

—¿Veintidós?

—Más.

—¿Veinticuatro, veinticinco?

—Sí —lo aprobó.

—Lo está haciendo bien, Dimas. De verdad. Y estamos hablando, ¿ve? Lo está haciendo muy bien. Ahora ya puede decirme lo que ha sucedido.

La voz le tembló un poco.

—Le ha... disparado.

—¿Dónde estaba usted?

—Aquí, cuidando la iglesia, como siempre.

—¿En los bancos, en el altar?

—En el altar, sí. Entonces ha llegado él.

—¿Le ha visto bien?

—Sí, de cara, sí.

—¿Y él a usted?

—No.

—¿No?

—No sé. No creo. Estaba ahí. —Señaló el altar, por detrás de la mesa ceremonial—. Ha... cruzado la iglesia, muy rápido y ha entrado en... la sacristía.

—¿Había alguien más aquí?

—No. A esa hora no.

—¿Qué ha hecho usted?

—¿Yo? —Hizo memoria—. Limpiaba. Sí, limpiaba.

—Y ha oído voces.

—Sí —suspiró.

—¿Una pelea?

—No, solo... voces fuertes.

—¿Qué ha hecho al oírlas?

—Acercarme a ver.

—Pero no ha entrado en la sacristía.

—Iba a hacerlo, pero...

—¿Qué le ha disuadido?

—La... pistola.

—¿Ese hombre ya empuñaba la pistola?

—Sí, y apuntaba... al padre... —Se detuvo un momento para ordenar sus ideas—. El decía que apartara el arma, y luego... ha dicho. «No va a disparar. No puede hacerlo».

—Buena memoria —dijo Hilario animándole—. Es fantástico, ¿sabe Dimas? ¿Y el hombre qué decía? Porque diría algo, ¿no? O le ha disparado sin más.

—El hombre... decía... «Usted lo sabe. Tiene que saberlo. Dígamelo». Sí, eso decía.

—¿Y el padre Amancio qué respondía a eso?

—El padre Galobart —pareció rectificarle—, decía que no, que no lo sabía, que eso... no era cosa suya. Decía que de ello se ocupaba la hermana María y que en... en su caso... los papeles los había firmado el médico.

—¿Qué médico? ¿Pons, Sugrañes?

—No lo sé. Yo estaba... junto a la puerta y ellos... hablaban alto y claro. Pero eso... eso no...

—Siga.

Movió la mano derecha con calma, a cámara lenta.

—El hombre ha dicho... ha dicho. —Hizo memoria—: «Todos sois unos... cerdos, ladrones, y merecéis... el infierno». Y luego... «Hacéis y deshacéis a vuestro antojo. Os creéis que podéis manejar la vida... de los demás». Entonces ha... gritado...

—¿Qué ha gritado? —preguntó al ver que se santiguaba.

—No puedo... repetirlo.

—Vamos, dígalo.

—Estamos en... la iglesia, señor.

—Dios le perdona. Nos está ayudando. ¿Qué ha gritado?

Dimas se santiguó por segunda vez.

—«Mierda, mierda, mierda», enloquecido, casi... llorando y...

—¿Ha disparado?

—No. Aún no. El padre le ha... suplicado que... no lo hiciera. —Aunque

hablaba a veces a trompicones, su memoria empezaba a ser casi prodigiosa cuanto más se calmaba—. Decía que... no le denunciaría, que se marchara. Decía: «Lo entiendo, hijo, lo entiendo». Y el hombre... El hombre... —Cerró los ojos mientras lo repetía, extrayéndolo del fondo de su mente—: El hombre finalmente ha dicho «Es demasiado tarde. En cuanto salga de aquí llamará por teléfono y todo estará perdido. Me detendrán y nunca la encontraré».

—¿Ha dicho «la encontraré»?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy.

Hilario y Quesada intercambiaron una rápida mirada.

—Y entonces...

—¡Pum! —musitó gráficamente.

—¿Qué ha hecho usted?

—He... corrido a esconderme en el... confesionario.

—Ha hecho bien.

—¡Me habría matado a mí lo mismo que al padre! —Se agitó un poco.

—Ha hecho muy bien —se lo reiteró Hilario—. Así puede contármelo ahora. Por eso soy policía.

—Es un... asesino, ¿verdad?

—Lo es, Dimas. Un asesino.

Bajó la cabeza interiorizando el concepto. Quizá no tuviera un grado mínimo de autismo. Tal vez, al fin y al cabo, no fuese más que un infeliz.

Un pobre diablo atrapado en su propia tela de araña.

—Irá al infierno —asintió Dimas—. El padre Galobart quería mucho a esas pobres... desgraciadas. Les aliviaba su pena. Ellas... no querían a... a sus hijos.

—Entonces sabe que ha sido por eso por lo que le han matado.

—Buscaba... una niña, ¿no?

—¿Sabe cuál?

—No, no.

—¿Conocía usted a la hermana María?

—Sí.

—¿Era amiga suya?

—No, amiga no. Venía, me saludaba... Solo eso.

—¿Qué hacía cuando estaba con el padre?

—Hablaban. Él le daba nombres, direcciones. Yo no... entraba en la sacristía entonces.

No quedaban muchas más preguntas por hacer, y de un momento a otro podían sacar el cadáver del sacerdote. Si sucedía eso volvería a naufragar en las marismas de su mente y le perderían.

—¿Cómo iba vestido ese hombre?

—Chaqueta, una bufanda... Debía pasar frío, porque la chaqueta no era muy... gruesa. Llevaba chirucas.

—¿Algún color?

—No. Era una chaqueta... oscura, solo eso. También los pantalones.

—¿Y la cara? ¿Algún rasgo específico?

—Tenía la... nariz torcida o desviada hacia... un lado.

—¿Como un boxeador?

—No. Esos la tienen... chata. Él la tenía... desviada. Así. —Se llevó una mano a la cara y apretó el pabellón derecho de su nariz hacia el lado contrario.

—Es un buen fisonomista. —Hilario le puso la mano en el hombro.

—Me... fijo en la gente y tengo buena... memoria, sí. Usted lo ha dicho. Aunque dicen... A veces dicen...

—No les haga caso.

—No les hago caso. Yo estoy aquí. —Abarcó la iglesia—. Veo cosas...

—¿Vino por aquí en estos días una muchacha joven, de diecisiete o dieciocho años, para hablar con el padre?

—Vienen muchas... chicas jóvenes. Y también señoras.

—Pero a gritarle y pedirle que le dijera algo...

—No, eso no recuerdo. Gritarle desde luego no. Pero vienen, sí, muchas, la mayoría... muy guapas... Yo... me fijo en ellas. Son tan... bonitas.

Hilario se dio por vencido.

Iba a ponerse en pie.

—Dimas —hizo una última pregunta—, ¿ha llamado a la policía inmediatamente o ha tardado un poco?

—He... tardado, porque antes... he ido a la sacristía para...

—¿Para qué? —Lo apremió a continuar.

Le estaba perdiendo. Su mirada se hacía vacua de nuevo.

—Me he... arrodillado junto al padre y él me... ha mirado...

—¿Vivía?

—Sí.

—¿Le ha dicho algo?

—Una palabra, sí. Antes de... cerrar los ojos ha dicho... una palabra.

Bueno, un... nombre.

—¿Cuál?

—Sugrañes.

Hilario se levantó de un salto. La bomba silenciosa explotó en su mente.

Entonces lo dijo él, sin siquiera santiguarse como había hecho Dimas.

—¡Mierda!

Fue un segundo antes de que él y Quesada salieran a escape.

Esta vez sí llevaban la sirena atronando el espacio y abriéndoles paso. Conducía Quesada, tenso pero con los reflejos bien engrasados. Ni siquiera se habían quitado los abrigos, así que dentro del coche notaban el calor de sus respectivas adrenalinas a tope.

—¿Usted entiende algo? —preguntó Quesada ante el silencio de su superior.

—Sí —suspiró él—. Dábamnos por supuesto que la chica estaba sola y resulta que no.

—¿Un marido, un novio?

—Lo de menos es eso. Puede incluso ser un amigo que la ayude. Ayer murió su última esperanza, la monja que lo había urdido todo. Lo único extraño es que veinticuatro horas después aparezca él y ate cabos, o piense en el cura y el médico como parte del tinglado. ¿Por qué ha esperado un día entero después de lo de la hermana María?

—Algo no encaja.

—No, algo no encaja —se lo confirmó—. Pero ahora es lo de menos.

—Si va a por Sugrañes...

—Ya no sé si además de buscar a esa niña, ahora también se trate de una venganza. Ha matado al cura para que no le delatara ni advirtiera a Sugrañes. Eso significa que el padre Amancio no sabía nada acerca de dónde pudiera estar la pequeña. Pero Sugrañes posiblemente sí lo sepa, y lo malo es que vamos una hora por detrás de ese tipo. Eso es mucho tiempo.

Quesada se saltó un semáforo en rojo y un poco más adelante un urbano detuvo el tráfico para que pasaran ellos. La gente se paraba para lanzarles miradas de respeto y también, a veces, miedo. En un momento dado Hilario tuvo que sujetarse donde pudo porque se vio empotrado en un tranvía.

Su compañero lo eludió *in extremis*, sin detenerse.

—Fangio —le dijo.

—Creo que es la primera vez que me deja ir rápido.

—¿Le gusta?

—Tiene su morbo. —Sonrió Quesada—. Oiga, ¿dónde estaba esta

mañana?

Hilario temía la pregunta.

—Inspeccionando ese listado de la hermana Amalia —mintió.

—¿Ha sacado algo en claro?

—Solo que hay nombres conocidos, pero sin direcciones ni datos relevantes.

—¿Lo entregará al juez?

—Sí, pero si quiere saber mi opinión, nadie hará nada. Demasiado complicado. Madres que renuncian a sus hijos y parejas que los adoptan. Hasta aquí todo perfecto. Lo malo es que la red de la hermana María era ilegal. Y encima robaban niños a madres que no los habrían dado jamás en adopción. Todo según el baremo de esa monja, que si consideraba que una mujer no merecía a su bebé... Dios. —Movi6 la cabeza de lado a lado—. No estamos hablando de unos pocos niños. Ese listado es enorme, y solo es de los últimos dos años. La hermana María llevaba más de veinte haciendo esto. ¿Se lo imagina? ¿Quién va a meterle mano a eso? Alguien lo tamará, primero porque es un escándalo para el Régimen, una pérdida de credibilidad para sacerdotes y monjas. Cualquiera que vaya a dar a luz pensará que pueden quitárselo. Y segundo y más definitivo, porque habrá demasiadas familias importantes del lado de los adoptantes. Mejor no investigar nada. Si no hubiera sido por la muerte de la hermana María esto habría seguido años y años.

Quesada seguía centrado en la conducción, sin que por ello dejara de hablar. Hilario le vio la cara.

Además de la tensión por el manejo, le notó alarmado.

Preocupado.

Y recordó algo muy personal del día anterior.

—No me lo diga: su mujer está embarazada.

—Sí —admitió forzando una sonrisa.

—¡Quesada! —Hilario le palmeó el hombro.

—Me lo confirmó anoche. Estaba muy contenta. Fue... Bueno, imagínese, algo estupendo.

—¡Enhorabuena! ¡No sabe lo que me alegro, hombre!

—Ya. —Chasqueó la lengua—. Pero justo este caso ahora... Te pone los pelos de punta.

—Tranquilo que todo irá bien. A usted no se lo quitarán.

—Ya lo sé.

—¡Prepárese a cambiar pañales y a llegar al trabajo con unas ojeras hasta aquí! —Se llevó una mano al pecho.

—¡Pues sí que me anima!

—¡Por Dios Quesada, llevamos dos días asquerosos! ¡Esto es lo mejor!, ¿no?

Venían de ver a un muerto. Corrían para tratar de salvarle la vida a otra persona. Y de pronto...

Un regalo de Navidad.

La vida seguía.

Y la peligrosa conducción de su compañero.

—Intente no dejarle huérfano antes de hora. —Se aferró de nuevo a donde pudo porque el autobús y ellos no ocuparon el mismo espacio de milagro.

Estaban cerca. Aun así Quesada no aminoró la velocidad. Irrumpió en la placita con la clínica de la Purificación y el edificio donde la hermana María había rodado escaleras abajo como el Séptimo de Caballería en mitad del desierto para salvar a los colonos acorralados. La mayor diferencia era que allí no había indios. La estruendosa sirena rompió el aire por última vez y los dos saltaron del vehículo a la carrera. Por la puerta de urgencias ya habían asomado algunas enfermeras y médicos, creyendo que la sirena era de una ambulancia con un herido grave.

Hilario prescindió de darle explicaciones a la recepcionista de las bonitas pantorrillas. Pasó por su lado como una exhalación.

Cuando ella vio a Quesada con su arma reglamentaria en la mano, cerró la boca de golpe.

Luego les cerró el paso la segunda mujer, la que el día anterior los había llevado de la sala en la que esperaron a que el médico acabara de asistir en un parto hasta su despacho. Interpuso su voluminoso cuerpo entre ellos y la puerta.

—¿Pero qué...? —Se alarmó.

—¿Está el doctor Sugrañes dentro? —Intentó apartarla Hilario.

—¡Sí, y me ha pedido no ser molestado! —Insistió en bloquearles el paso sin reparar, de momento, en la mano armada que Quesada mantenía pegada al cuerpo, con el cañón hacia abajo.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Hilario.

—Un rato —dijo ella—. Como media hora.

—¿Está solo?

—No, tiene una visita.

—¿Un hombre joven, con la nariz torcida?

Fue la primera señal de alarma desatada en el rostro de la mujer.

—Sí —reconoció.

Hilario no le dio otra explicación. También él sacó su arma reglamentaria con la mano derecha mientras con la izquierda la apartaba de una vez.

Ella ya no opuso resistencia.

Hilario y Quesada intercambiaron una última mirada. Fue el primero el que puso una mano en el tirador de la puerta.

Cerrada por dentro.

—¿Hay otra entrada? —Bajó la voz dirigiéndose a la mujer.

Lo negó con la cabeza.

Estaban en un hospital. Un disparo habría alertado a todo el mundo.

—¡Doctor Sugrañes! —llamó Hilario.

Silencio.

—¡Policía, abra la puerta!

Nada.

Fue Quesada el que descargó la patada sobre la cerradura. No lo consiguió a la primera, pero sí a la segunda. Cuando la puerta se vino abajo tensó el brazo armado mientras Hilario se precipitaba hacia el interior.

El despacho de Mariano Sugrañes no se parecía en nada al del día anterior. En primer lugar porque estaba revuelto de arriba abajo, con papeles caídos por todas partes dando sensación de revuelo y caos. En segundo lugar porque la ventana estaba abierta y el frío exterior había penetrado ya en él. Y en tercer lugar porque el médico estaba caído en el suelo, lo mismo que el padre Amancio, boca arriba, muerto.

La única diferencia era que a él lo habían asesinado con su abrecartas, que todavía estaba hundido en su garganta.

El alarido de la mujer al ver la escena les atravesó los tímpanos.

—¡Sáquela de ahí! —gritó Hilario—. ¡Y que no entre nadie! ¡Avisé a la Central!

La puerta estaba rota, así que lo primero que hizo al irse Quesada fue colocarla en su lugar para garantizarse un poco de intimidad. Los gritos y la histeria de la enfermera se alejaron hasta casi desaparecer, porque el revuelo empezó a llenar la clínica de voces que parecían surgir de todas partes y flotar en el ambiente movidas por un viento de desconcierto. En segundo lugar se asomó a la ventana y tras comprobar que allí no había nadie, la cerró. Por último se arrodilló junto al cadáver y comprobó su estado.

La tibieza final desaparecía muy rápido por el tiempo que había permanecido a la intemperie, aunque la muerte no debía haberse producido más allá de la media hora mencionada por la mujer al hablar de su visitante.

Dos muertos.

El hombre de la nariz desviada se movía rápido.

Y les llevaba ya mucha ventaja.

Miró los papeles caídos por todas partes y los cajones abiertos. No tenía ni idea de si el asesino había encontrado lo que buscaba, pero casi podía apostar a que sí. Se lo decía su instinto. Y también le decía que si Sugrañes era el médico que había asistido en el parto a la joven madre cuyo hijo estaba perdido, el doctor Pons estaba a salvo.

Aun así, lo primero que le dijo a Quesada cuando reapareció, fue:

—Que alguien llame a Claudio Pons para estar seguros de que se halla a salvo, y mande a un agente al lugar en que se encuentre, por si acaso.

—¿Pons también? —Vaciló Quesada.

—No lo creo. Está buscando a la niña. Primero la hermana María, y al morir ella, quedaban el cura y el médico del parto. Si fue Sugrañes no fue Pons.

—Bien, señor. —Su compañero volvió a salir.

Hilario continuó el registro.

Cajones, archivos, carpetas, los papeles revueltos...

Ningún listado de pacientes.

¿Habría muerto Sograñes sin decirle nada?

—No —musitó en voz alta, para oírse reflexionar a sí mismo—. Lo has conseguido, ¿verdad? Sabes exactamente quién tiene a esa niña. Y lo has matado por lo mismo que mataste al cura: para impedir que diera la alarma y advirtiera a los padres adoptivos.

Les llevaba toda la ventaja del mundo.

La pregunta era, ¿mataría también a esos padres?

—Dios, muchacho, estás loco... —suspiró.

Quesada reapareció por segunda vez.

—¿Algo? —preguntó.

—No —se lo certificó Hilario—. Pero al menos ahora sé por dónde empezar a buscar.

Salieron del despacho del muerto. El primer frente de curiosos y enfermeras llorosas estaba al final del pasillo. Fue raro no ver a ninguna monja, aunque tal vez estuviesen de luto, rezando por la hermana María o velando su cuerpo, si los de la autopsia ya habían acabado con ella, que seguro que sí a causa de las presiones del obispado o las mismas Hijas de la Caridad. No debía de gustarles que un profano mancillara sus cuerpos abriéndolos en canal.

—¿Dónde está administración? —preguntó Hilario.

Un par de manos señalaron otro pasillo.

—¿Hay alguien allí?

Asintieron.

—¡No se les ocurra pasar de aquí! ¿Entienden? —les previno sacando a relucir toda su autoridad—. ¡Y no toquen nada hasta que llegue la policía! ¡Vayan arriba a cuidar a sus pacientes y tranquilícenlos si han oído este tumulto!

Algunas cabezas asintieron.

La puerta del departamento de administración estaba abierta, y dentro dos mujeres se abrazaban llorando. No era un lugar muy amplio. Tres mesas, archivadores, una ventana y poco más. Las dos mujeres se separaron temblando al aparecer ellos.

Por lo menos sabían que eran policías.

—¿Quién manda aquí? —las interpeló Hilario.

Una de ellas levantó un inseguro dedo índice de la mano derecha.

—¿Cómo se llama?

—Aurora Díaz Peñafiel, señor.

—De acuerdo, Aurora. —Hilario intentó tranquilizarla empleando el mejor de sus tonos verbales mientras le ponía una mano en el hombro para transmitirle confianza—. Ahora usted es la pieza más importante de esta investigación.

—¿Yo?

—Necesito que me dé los registros de todos los nacimientos que hayan tenido lugar en esta clínica en los últimos tres meses. Todos, sin faltar uno, y también los de los padres que hayan adoptado a una niña en este tiempo a instancias de la hermana María y el doctor Sugrañes.

La mujer se lo quedó mirando como si acabase de pedirle la Luna.

—Pero señor... —Hizo un amago de resistencia.

—Todos —se lo repitió Hilario con más vehemencia—. Ahora.

Iba a agregar: «O la mando directamente a comisaría», pero no hizo falta.

—De acuerdo. —Se rindió ella.

—Quesada, vaya a esperar a las tropas de asalto y luego vuelva aquí conmigo.

—Bien, señor.

Aurora Díaz Peñafiel abrió un archivo metálico de cuatro pisos cerrado con llave. Tiró del cajón superior, a la altura de sus ojos. Las carpetas se alineaban cuidadosamente, sostenidas por dos guías laterales. No tuvo que buscar demasiado. Su objetivo estaba en primera fila. Extrajo dos voluminosos dosieres y se los tendió a Hilario.

—Señor, esto es como el corazón de esta clínica, no sé si me entiende.

—¿No cree que eso ya no importa?

—¿Por qué?

—¿Qué harán ahora sin Sugrañes?

No supo qué contestarle. Los ojos se le llenaron de lágrimas y fue víctima de su propio aturdimiento. Quizá no supiera los tejemanejes de la hermana María y su recién asesinado jefe, pero las muertes de bebés prematuros o el número de adopciones constantes probablemente no escapaban a su atención, aunque no lo controlara.

Descubrir quién sabía cada cosa era muy complicado, y lo esencial seguía siendo dar con el responsable de todo aquello. Lo otro...

—¿Qué hay en cada archivo? —le preguntó Hilario.

—Aquí los nacimientos o defunciones, con el nombre de la madre y la fecha, si es niño o niña. En este otro las familias que han adoptado recién

nacidos por mediación del doctor.

El primero era mucho más grueso que el segundo.

—Gracias. —La invitó a salir—. Voy a sentarme aquí para echarles un vistazo.

Se quedó solo y ocupó una de las mesas, la que tenía menos cantidad de papeles encima. Apartó los más cercanos con una mano y colocó los dos listados delante de sus ojos. Luego sacó del bolsillo del abrigo la libreta de la hermana Amalia. En el peor de los casos, tardaría un poco. En el mejor de ellos, algún nombre de las últimas páginas coincidiría en al menos dos de los tres registros. El único de los tres en el que constaban los nombres de la madre y los padres adoptivos era el de la hermana Amalia.

Confiaba en su percepción de que, como mucho, tuviera que remontarse a un máximo de dos o tres meses atrás.

Las anotaciones de los dos archivos estaban hechas a mano, pero con letras claras y legibles, diferentes ambas. Apostó que el general lo llevaba la mujer que acababa de irse y el de las adopciones era cosa de Sugrañes. La administrativa se lo había especificado bien. En el registro de nacimientos constaba la fecha, el nombre de la madre, el sexo del bebé y, en una columna de observaciones, los detalles finales. Si el niño o la niña había muerto, en esa columna podían leerse comentarios del tipo *no nato, prematuro sin posibilidad de supervivencia, incubadora con resultado de parada respiratoria, otitis*, etc. Lo que más había era muertos por otitis. Una epidemia.

Si la muchacha que empujó a la hermana María buscaba a su hija, era porque sabía que no estaba muerta. La prometió en adopción en el transcurso del embarazo y luego se había echado para atrás, así que la hermana María, directamente, se la había arrebatado. También podía tratarse de un arrepentimiento posterior, algo que no cambiaba nada. En cualquier caso, eso eliminaba la lista de defunciones.

Lógica. Lógica Si no era así...

Pero por alguna parte tenía que empezar. Siempre podía volver atrás.

Abrió el registro de la hermana Amalia.

Cuando regresó Quesada, lo encontró inmerso en sus comprobaciones.

—¿Han llegado? —le preguntó Hilario.

—Ya están con el muerto, sí. ¿Ha encontrado algo?

—En el último mes constan tres adopciones que coinciden con nacimientos de bebés muertos —le informó—. Pero no creo que sea el caso

de la muchacha a la que perseguimos. Creo que ella se arrepintió a última hora y que se lo quitaron porque había unos padres adoptivos esperando. Hay otros cuatro nacimientos, tres varones y una hembra. La hembra nació hace apenas una semana, el 10 de diciembre. Nombre de la madre, Pilar Heredia Sánchez. Ahora mire el registro que nos dio la hermana Amalia.

Quesada lo hizo.

—Isabel Pastor Cuevas y Leonardo Matesanz Ripoll constan como adoptantes de la niña de esa mujer ese mismo día —se lo confirmó.

—En cambio en este listado, el «oficial» —puso un dedo en el primero de los archivos—, Isabel Pastor Cuevas figura como madre real de una niña que dio a luz sin ningún problema, y no aparece el nombre de Pilar.

—¿La tenemos? —Abrió los ojos Quesada.

—Creo que sí —suspiró Hilario—. Podemos remontarnos más atrás pero...

—¿Por quién vamos primero?

—Por los padres adoptivos. Si es lo que yo creo... seguimos yendo por detrás de ese hombre. Llame a la administradora.

Quesada no estuvo fuera más de diez segundos. Reapareció con Aurora Díaz Peñafiel. La mujer estaba lívida y con los nervios desarbolados.

—Señora —le advirtió—, cada segundo cuenta. Necesito las direcciones de estas personas.

Pareció ser incapaz de leer los nombres.

—Pilar Heredia Sánchez —se los dijo en voz alta él—. Dio a luz a una niña el 10 de diciembre. Los padres adoptivos fueron Isabel Pastor Cuevas y Leonardo Matesanz Ripoll.

La administradora siguió petrificada.

—¡Por Dios! —gritó Hilario—. ¿No ha oído lo que acabo de decirle?

Ella se enfrentó a él.

—Cuando una mujer... da a su hijo en adopción, no... no hay datos —le informó asustada—. Aquí dice que el parto lo tuvo Isabel Pastor Cuevas.

—Un dato falso.

—Es para que... nadie del hospital pueda un día conocer la identidad real de la madre y decírselo a ella o a los padres adoptivos, o incluso chantajearlos...

—¿No saben nada de una mujer que ha dado luz aquí? —No pudo creerlo Hilario.

—En estos caso... no, señor. El doctor Sugrañes pone... ponía a la madre

adoptiva como si lo hubiera tenido ella. Y... perdone pero ¿de dónde ha sacado este listado? —Señaló con extrañeza el registro de la hermana María.

—Aurora, míreme.

—Sí, señor.

—Necesito el domicilio de los señores Matesanz, los padres que adoptaron a esa niña.

Aurora Díaz Peñafiel fue al mismo archivo del que había extraído los dos registros. Abrió el segundo cajón, buscó una carpeta, encontró la hoja y se la entregó a Hilario.

El domicilio del hombre y la mujer constaban en ella.

Se la devolvió a la administradora.

—Vamos, Quesada. Toca correr —gruñó con un extraño tono de voz antes de agregar de forma menos audible—: Aunque todavía no sé si es para hacer justicia o qué.

La sirena volvía a sonar y Quesada repetía su alarde de conducción temeraria. El problema era que, ya avanzada la mañana y en plena semana prenavideña, el tráfico aumentaba en el centro.

Por suerte, esta vez, la distancia era corta.

—¿Cuánto cree que nos lleve? —preguntó Quesada.

—No creo que ese individuo tenga coche. Como mucho, una moto, y lo dudo. Tampoco creo que se mueva en tranvía, autobús o el metro. Tiene prisa. Pero los taxis son caros y me da en la nariz que busquemos a alguien sin demasiado dinero.

—O sea que poco, menos de media hora.

—Bastan cinco minutos de margen. Cuando tenga a la niña... le perderemos.

—¿Cree que vaya a matar también a esas personas, los padres adoptivos?

Hilario meditó la pregunta. Sentía una opresión en el pecho.

—Depende de lo loco que esté —dijo.

—Señor —volvió a hablar Quesada al cabo de unos segundos sin dejar de concentrarse en su carrera suicida—. Estamos revolviendo mucha mierda, ¿no le parece?

—Toneladas —admitió él.

—De una muchacha que quiere recuperar a su hija y mata a una monja quizá accidentalmente, hemos pasado a un hombre capaz de matar a dos personas a sangre fría.

—Eso tendría que decirnos algo.

—¿Qué?

—Aún no lo sé. Si el de la nariz torcida es el padre de la niña, o un amigo que ayuda a la madre... —Chasqueó la lengua con fastidio—. La clave sigue estando en esas veinticuatro horas que separan los dos incidentes, la muerte de la hermana María y las de esta mañana. ¿Por qué no actuaron ayer? ¿Por miedo? ¿Y qué ha cambiado de ayer a hoy?

—¿Desesperación?

—Eso ya es lo que sentía la madre de la niña —consideró Hilario.

—Después de ver a los Matesanz, pase lo que pase con ellos y estén como estén, ¿cómo daremos con esa tal Pilar Heredia Sánchez? En la guía telefónica dudo que aparezca.

—Opino lo mismo. Pero si no la localizamos cuanto antes, va a ser tarde para todo lo demás. Como el de la nariz torcida se haga con la niña, van a desaparecer.

—Ya estamos cerca. —Quesada pisó todavía más el pedal del gas.

La sirena rompía el aire, sus tímpanos, todo.

Una voz de alarma espectral.

Hilario alargó la mano y cogió el micrófono de la radio. Una vez establecida la comunicación con el agente de guardia no esperó ni un segundo para dar su orden.

—Inspector Soler, coche nueve —dijo—. Que uno de los agentes que se encuentra todavía en la parroquia de San Justo coja al testigo y lo lleve a comisaría para que se deje las pestañas en los archivos. A ver si nuestro hombre está fichado y lo reconoce. Es muy urgente.

—De acuerdo, inspector Soler.

—Y que tenga cuidado con él. Es una persona muy impresionable y con cierto grado de autismo, o algo parecido. Si le aprieta mucho le perderá, se pondrá histérico, llorará y será peor. Hay que emplear el mayor de los tactos.

—Se lo diré a Melgar, que está allí. Es un santo.

Hilario cortó la comunicación.

—Tenía que haberlo pensado antes —refunfuñó.

—Vamos un poco de cráneo —le excusó Quesada.

Los dos últimos minutos fueron tensos.

Músculos preparados para dispararse en cuanto se detuvieran.

—Súbase a la acera o lo que sea, pero pare delante de la casa —pidió Hilario.

El sonido de la radio irrumpió otra vez en el interior del vehículo.

—Coche nueve, ¿me recibe? —escucharon nuevamente la voz del agente de guardia.

—Sí —respondió Hilario tomando el auricular con el ceño fruncido—. ¿Qué sucede?

—Me dicen que han tenido que llevar al testigo al hospital, con una crisis de ansiedad o algo parecido.

Quesada se subió encima de la acera, todavía haciendo sonar la sirena para alarmar a los peatones y que se apartaran de su camino. Los dos

brincaron en sus asientos.

—¡Sáquenlo de donde esté! —gritó Hilario fuera de sí—. Que le den una inyección de sangre de caballo o lo que sea, pero lo quiero en comisaría mirando los archivos cuanto antes!

—Sí, inspector.

Los dos cortaron la comunicación al unísono.

—¡Mierda! —Hilario golpeó el salpicadero con el puño cerrado.

Toda la mañana, desde que había ido a ver a su hermanastra con aquella estúpida excusa, estaba siendo un infierno.

Llevaban dos asesinatos.

El coche se detuvo. La sirena calló.

Estaban delante de la casa de Leonardo Matesanz e Isabel Pastor.

Salieron a escape dejando el vehículo en mitad de la acera. El portal, grande, antiguo, estaba abierto, y la garita de la portera vacía. No esperaron el ascensor, que se hallaba en las alturas. Subieron los tres pisos saltando los escalones de dos en dos. Cuando llegaron al rellano Quesada sacó su arma reglamentaria, como ya había hecho antes al irrumpir en la clínica del doctor Sugrañes.

La puerta del piso estaba entornada.

Hilario se llevó una mano a los labios para pedirle silencio a su compañero.

Luego la empujó despacio, rogando que no gimieran sus goznes.

Nada.

Silencio.

Si la casa era vieja, antigua y con un añejo regusto señorial de comienzos de siglo, el piso no le iba a la zaga. Techo alto, dibujos labrados en el yeso como remate de las paredes, los marcos de las puertas grandes, cierta oscuridad... Pero tampoco era el hogar de un matrimonio pobre. Más bien de clase media. Los adornos eran bonitos, los detalles sobrios.

Hilario no se atrevió a preguntar si había alguien.

Caminaron por el pasillo.

Una de las puertas, abiertas, era la habitación de un bebé.

Cuna, juguetes, muñecos muy grandes, biberones, pañales, ropita de color rosa...

Abrieron dos puertas más.

Un lavadero, un pequeño retrete.

Las dos últimas puertas antes de llegar al comedor eran las de la cocina y

la habitación de matrimonio, igualmente vacías.

Pero en la cocina, alguien había derramado un vaso de leche.

Hilario asomó la cabeza por la puerta del comedor.

La mujer estaba allí, cuarenta años, atada a una silla y amordazada, con los ojos desorbitados por el pánico y un charco de orín a sus pies.

Isabel Pastor Cuevas estaba sentada en el sofá, destrozada, convertida en un guiñapo, aunque ya había dejado de llorar y lo que más la colapsaba eran el miedo y el pánico. Miedo por lo sucedido y pánico por lo que estaba viviendo. Sus ojos no dejaban de perderse entre sí misma y la puerta del comedor, como si por allí esperase ver algo, un milagro, tal vez a la niña que había adoptado hacía una semana y a la que había llamado «hija» a gritos cuando la desataron tras decirle que se calmara, que eran policías.

—Tranquila, estamos aquí para ayudarla.

Era la tercera vez que Hilario se lo decía.

Tarea infructuosa.

—¿Dónde está? ¿Por qué se la ha llevado? —Gemía ella también sin parar.

El tiempo parecía haber dejado de contar.

Tarde. Tarde. Tarde.

Tarde para impedir la muerte de Sugrañes. Tarde para evitar que los hechos del día se consumaran.

—Señora...

—Vaya a buscarla, por favor.

—Necesitamos hacerle unas preguntas. Si no colabora, no tenemos nada.

—Dios... —Volvió a llorar.

Quesada entró en el comedor. Como en muchas casas, el teléfono era de pared y estaba a mitad del pasillo. Acababa de colgar.

—Su marido ya viene para aquí. —Se dirigió a él, no a ella—. Solo le he dicho que su mujer estaba bien, pero que ha sufrido un percance. Trabaja cerca. Me ha asegurado que llegará en un par de minutos.

Isabel Pastor hundió el rostro entre las manos.

Dimas también lo había hecho.

¿Por qué las personas escondían su dolor?

—Señora —insistió Hilario—. Hemos de hablar.

—¿Qué quiere que le diga? —Gimoteó.

—Le haré unas preguntas. Asienta o niegue con la cabeza. De momento

será todo, ¿de acuerdo?

Primer asentimiento.

—¿Ha sido un hombre joven, con la nariz un poco desviada?

Segundo asentimiento, acompañado de una mirada perpleja, casi desconcertada.

—¿Le ha dicho que no llamara a la policía porque la niña no era suya y podían acusarla de secuestro o algo así?

La mirada se tornó difusa.

Volvió el pánico, multiplicado por mil.

No se movió. Dejó de respirar.

No hizo falta que respondiera para que Hilario supiera que la pregunta había dado en el blanco.

—¿La ha amenazado con una pistola? —Intentó reemprender el interrogatorio.

Ella volvió a asentir, pero seguía colgada de la pregunta anterior.

La pregunta y su realidad.

—¿Estaba solo?

Un asentimiento más, pequeño.

—¿Hace mucho que se ha ido?

Isabel Pastor empezó a ponerse roja, como si fuera a darle un ataque. Dio síntomas de ahogamiento, al borde del colapso. Quesada salió corriendo. Hilario la sujetaba de la mano y le daba golpecitos en la espalda cuando regresó con un vaso de agua que ella tragó en tres sorbos, ansiosa.

—Escuche. —La voz de Hilario volvió a ser suave—. Ese hombre no le hará daño a la niña. Posiblemente sea su padre. Pero ha matado a dos personas y está desesperado, ¿me explico?

Era inútil.

Se vino más y más abajo.

Hilario se sintió impotente.

De pronto ella empezó a gemir:

—Es un... castigo... de Dios...

Hilario experimentó un acceso de rabia.

Una monja, un cura. Incluso dos médicos radicalmente creyentes.

¿Todo en nombre de Dios?

—Señora. —La voz se hizo más dura—. Si Dios existe no va por ahí castigando a las personas. Bastante se castigan ellas solas. Ahora se lo diré por última vez: sé lo que está pasando, pero si no colabora, será peor. Usted

es madre desde hace una semana. La mujer que dio a luz a esa niña la llevó en su vientre nueve meses y está desesperada. ¿Entiende la diferencia y por qué es urgente encontrar al hombre que ha estado aquí?

No dijo «si queremos recuperar a la niña».

No pudo.

Hilario también sintió un nudo en el estómago.

—¡Clara! —Se puso a gritar ella abrazándose a sí misma—. ¡Clara, Clara!

La dejó en el sofá y se levantó. Las miradas que intercambiaron Quesada y él fueron ingravidas. La mañana estaba siendo un volcán en erupción. Y seguía vomitando lava. Prometía hacerles arder a todos.

Escucharon la puerta del piso abriéndose.

Luego, unos pasos a la carrera.

—¡Isabel!

La esposa del recién llegado saltó del sofá.

—¡Leonardo!

Se encontraron en la entrada del comedor. Uno asegurándose de que su esposa estaba de una pieza y ella vomitándole, de pronto, toda la intensidad de su drama.

—¡Se la ha llevado! ¡Se la ha llevado, Leonardo! ¡Ha dicho...! ¡Oh, Dios mío! ¡Mi niña! ¡Mi niña...!

Leonardo Matesanz asimiló sus palabras. Los miró a ellos.

Hilario le enseñó la credencial.

—Inspectores Soler y Quesada —le informó.

—¿Qué... ha sucedido?

Su esposa colgaba literalmente de sus brazos, incapaz de sostenerse por sí misma. Le ayudaron a devolverla al sofá. Él se sentó a su lado, presa de su abrazo. Hilario ocupó una silla frente a ambos y Quesada se quedó de pie.

—Señor Matesanz, le seguíamos el rastro al hombre que se ha llevado a la niña, pero hemos llegado tarde y el tiempo apremia. Hemos de hacerle unas preguntas. Su esposa, de momento, no ha podido colaborar demasiado.

—Espere, espere... ¿Cómo que se han llevado a mi hija? ¿Un secuestro? Pero ¿quién? ¿Y por qué?

Hilario buscó las palabras más adecuadas.

—Me temo que ha sido su verdadero padre, señor.

Leonardo Matesanz acusó el golpe.

Parpadeó.

Su mujer se apretó más y más contra él.

—Clara... —gimió una vez más.

—La madre de la niña —Hilario se resistió a llamarla Clara— lleva días buscándola después de que la hermana María se la quitara para dársela a ustedes.

El hombre se quedó blanco.

—¿Qué... se la quitó?

—Sí.

—A nosotros nos dijo que ella renunciaba a su hija voluntariamente, porque era... una adolescente y no... —Se quedó sin fuerzas para seguir.

—Sé que les mintió. —Prefirió creerle y ser condescendiente—. Pero la hermana María cometió un delito.

—¿Quiere decir que... nos la quitarán?

—No lo sé, señor. Pero esa joven es la madre legal, biológica. La niña llegó a sus manos mediante un procedimiento irregular.

Leonardo Matesanz cerró los ojos, acarició la cabeza de su esposa y la besó.

—Pero no estamos aquí por eso —continuó Hilario—. Necesito que me responda a unas preguntas.

—Si no están aquí por eso, ¿por qué están? —Pareció un hombre derrotado tras comprender la magnitud de la tragedia.

—¿Cómo contactaron con la hermana María?

—Nos hablaron de ella. Teníamos problemas para adoptar, por ser mayores y cosas así. Yo tengo cuarenta y siete años. Mi mujer cuarenta y tres. Llevábamos tantos años buscando un hijo que no llegaba que cuando acudimos a la adopción ya... bueno, era tarde, o al menos eso nos argumentaron. Alguien nos dijo que la llamáramos, que ella solía arreglar estas cosas, sin intermediarios, y así fue. La hermana María solo nos preguntó si éramos buenos católicos. Le dijimos que sí, le dimos pruebas, y nos aseguró que en unas semanas tendríamos un bebé. Le pedimos una niña. Cuando nos llamó... Bueno, imagínese.

—¿Les pidió dinero?

—Para gastos. Clínica, papeleo, ayudar a la madre...

—¿Qué les dijo de ella?

—Solo que estaba sana, que era muy joven, fuerte, y que no podía mantenerlo.

—Y nació en la clínica del doctor Sugrañes.

—Sí.

—¿No les extrañó un proceso tan rápido?

El hombre logró mantener la mirada.

—¿Ha estado usted desesperado, inspector?

—Responda.

—Era una religiosa. ¡Una monja! ¿Por qué íbamos a dudar de lo que nos dijo? Nos pareció de lo más lógico. Una madre soltera, adolescente... Nosotros podíamos darle a su hija todo lo que ella jamás podría, sin olvidar la vergüenza por ser madre soltera. Sinceramente... vimos el cielo abierto. Ni lo pensamos.

—¿Conocieron a la madre?

—No. La hermana María nos avisó, nos dijo que era una niña sana y preciosa. Fuimos a buscarla, firmamos unos papeles...

—Conforme su mujer era la que la había parido, para que fuera más legal.

—Sí —tragó saliva—, aunque un abogado está haciendo los últimos trámites. O eso nos dijo. Salvador García, del bufete Marimón y Plans. La hermana María estaba tan feliz como nosotros de que todo hubiera salido bien. —Ahora al que se le llenaron los ojos de lágrimas fue a él, a medida que la verdad crecía imparable en su mente—. Dios mío...

—Lo siento, señor Matesanz.

Se quedó sin fuerzas, formando un solo cuerpo con su mujer, destilando una amargura difícil de describir. Consiguió hacer una pregunta más, de manera automática.

—¿Por qué le seguían el rastro a ese hombre?

—La madre de la niña mató ayer a la hermana María, cuando esta se negó a revelarle dónde estaba su hija. Y hoy ese hombre ha asesinado al sacerdote que la puso en contacto con ella y al doctor Sugrañes, que la asistió en el parto y falsificó sus papeles.

A Leonardo Matesanz se le desencajó la mandíbula.

Su esposa también miró a Hilario con los ojos muy abiertos.

—¿Todo... por esa niña? —balbuceó el hombre.

—Sí —asintió él.

Le cayeron dos lágrimas por las mejillas.

Solo pudo agregar tres palabras, sentidas y emocionadas.

—Amor de madre.

Hilario se levantó de la silla. La cara de Ernesto Quesada era un mapa. Se adivinaban los continentes, los mares, las montañas, los ríos. Tenían que

marcharse y dejarlos solos.

Con su vacío.

El mismo vacío con el que habían vivido toda su vida de casados esperando el hijo que ya no tendrían.

—Ya no le encontraremos —suspiró Quesada.

No supo qué responderle. Se dirigió al desconcertado Leonardo Matesanz por última vez.

—Hemos de dar parte de lo sucedido, ¿me comprende?

—Sí.

—Tendrán que contar la verdad, como lo han hecho conmigo.

—Lo entiendo, señor.

—Nosotros hemos de irnos. Su esposa va a necesitar ayuda.

—Lo sé. —Continuó en el sofá, sin poder soltarla. Desde allí hundió en ellos una patética mirada de dolor que lo resumió todo tanto como sus palabras—. La teníamos hace muy poco, ¿saben? Apenas unos días. Pero... ya la sentíamos como nuestra.

—Lo sé, y lo siento. Dígales que han hablado conmigo: inspector Soler. Yo les daré los detalles del caso.

—Si esa mujer va a la cárcel, ¿pueden quitarle a la niña y devolvérsela?

Hilario apretó las mandíbulas.

Aun en el infierno, la gente se empeñaba en buscar el cielo.

No respondió la pregunta. Fue el primero en salir del comedor, seguido por Quesada. Al pasar por delante de la habitación de Clara se negó a mirar hacia su interior. Pero en el recibidor, al lado de la puerta por la que habían entrado, vio un retrato de la pequeña, en un marco de plata, y colgado de la pared, sobre ella, la imagen de Jesucristo.

Parecía estar bendiciéndola, con la mano derecha proyectada hacia delante y los dedos índice y medio alzados y envueltos en un halo de luz celestial.

El retorno a la comisaría, sin sirena y en silencio, fue sepulcral. Solo al aparcar el coche y apagar el motor, Quesada se atrevió a decir:

—Y esto antes de Navidad.

Hilario le palmeó la espalda.

Con simpatía.

Lo único bueno de dos días amargos era la noticia de su futura paternidad.

—Me han dado lástima, pero no son del todo inocentes —dijo.

—No, claro. Y tampoco es lo mismo parir a tu hija que tenerla una semana y llovida del cielo, por mucho que les duela.

—Me ha impresionado la señora Matesanz cuando lo ha resumido todo con esas tres palabras: amor de madre —suspiró Hilario. Y lo repitió—: Amor de madre. Eso sí es una fuerza de la naturaleza.

—Yo pensaba en mi mujer y en mí, en estos dos años buscando quedarnos embarazados, y en lo que hablamos —exhaló Quesada.

—Ande, vamos a ver si ya han traído a Dimas. Ahora mismo es todo lo que nos queda, salvo buscar esa aguja llamada Pilar Heredia Sánchez en el pajar de nuestra falta de datos.

—Esa monja bien que borraba pistas y huellas —asintió su compañero con un gesto hosco.

—Bueno, hemos tenido suerte al menos con el registro de la hermana Amalia y la coincidencia en los listados del hospital. Eso y que todo haya sucedido en los últimos días, que solo hubiera una niña en ellos...

—Y que el asesino del cura y el médico dijera «la encontraré» en lugar de «le encontraré».

Los archivos con las fichas policiales estaban en la planta baja. Así, los posibles testigos de un delito no tenían que pasearse por las dependencias de la Central. Se sentaban en una de las mesas y pasaban páginas y más páginas llenas de rostros a cual menos recomendable, por lo menos la mayoría. Muchos llevaban impresas en el rostro las marcas de sus interrogatorios o lo accidentado de sus persecuciones.

También sus azarasas vidas.

Ni siquiera llegaron al pasillo.

Miriam se materializó delante de ellos, como surgida de la nada, o peor aún, como si hubiera atravesado la pared de golpe. Prescindió de Quesada. Se centró exclusivamente en Hilario.

Era una buena chica, pero cuando se ponía nerviosa o se agitaba...

—¡Inspector! —Tembló—. ¡El comisario anda como loco buscándole!

—¿El comisario? ¿No estaba en casa con la gripe?

—¡Está con la gripe, pero no en casa! ¡Ha venido aquí! ¡Caray, que tres muertos son muchos muertos, y si encima son curas y monjas...!

—¿Quiere verme ahora?

—¿No le oye gritar? —preguntó Miriam.

Prestaron atención, pero no. Hilario casi estuvo a punto de sonreír.

No lo hizo.

Lo que menos le apetecía era hablar ahora con Pablo García.

Intentó parecer tranquilo.

—Quesada, aunque sé que es improbable, mire en la guía telefónica y llame a los Heredia que encuentre. Quizá tengamos suerte como con lo de las hermanas Soldevilla.

—Sí, señor.

—Vamos, Miriam —le dijo a la única aprendiz de agente que andaba por allí.

Pablo García tenía más que pinta de griposo. Parecía recién salido de una autopsia fallida. Ojos hundidos, enrojecidos, con dos o tres kilos menos, el escaso cabello alborotado y el rostro muy pálido pese a que la fiebre solía provocar el efecto contrario.

Eso sí, su mal genio estaba intacto.

O peor.

—¡Soler! —le gritó nada más entrar en su despacho.

—¿Comisario?

No se puso en pie. O no podía, porque las piernas le fallaban, o prefería no arriesgarse demasiado y controlaba los esfuerzos. Llevaba una bufanda alrededor del cuello y el tono de voz era muy nasal. En su mesa, arrugados, dos pañuelos, un inhalador y un tubo de aspirinas junto a un vaso de agua a medio llenar.

—¿Qué coño está pasando, Soler? —le increpó con un dedo acusador.

—¿Quiere la versión larga o la corta?

—¡Quiero los cojones, coño! —tronó hasta casi ahogarse—. ¿Una monja, un cura y un médico? ¿De qué va esto? ¿Alguien ha declarado una guerra o qué?

—Es más sencillo que eso, comisario. —Hilario se sentó delante de él, presumiendo que no iba a dejarle marchar de rositas y estaba cansado—. Y sabemos quién lo hizo y por qué lo hizo.

—¿En serio?

—Sí.

Pablo García pareció calmarse.

Solo un poco.

—Deme la versión corta. —Soltó una bocanada de aire.

Hilario escogió sus palabras.

—La monja se llamaba María de la Paz Suñol, de las Hijas de la Caridad. Trabajaba como asistente social en un par de clínicas, atendiendo, sobre todo, a mujeres embarazadas antes y después de los partos. Era una fanática religiosa dispuesta a hacer su propia justicia. ¿Jóvenes pecadoras embarazadas? Al infierno. ¿Matrimonios católicos sin hijos, y mejor con posibilidades? Al cielo. Fue así como montó una red perfecta con el padre Amancio Galobart, párroco de una iglesia llamada San Justo, y los doctores Mariano Sugrañes, responsable de la clínica de la Purísima, y Claudio Pons, de la del Buen Pastor. Hay más implicados, abogados, personal del cementerio, pero vamos a ceñirnos solo a los que acabo de mencionarle. —Hizo su primera pausa—. La hermana María captaba a muchachas embarazadas, jovencitas a veces adolescentes, prostitutas, incluso mujeres que ya tenían varios hijos y se veían incapaces de sostener a uno más. Es decir, mujeres con problemas frente a una maternidad. La forma de captarlas era diversa. El boca a boca o el secreto de confesión. En este último caso una joven hablaba con el cura y este la ponía en contacto con la monja. Los partos se hacían en las dos clínicas y los padres adoptivos ya esperaban la entrega de sus hijos. Si había más demanda que bebés, a muchas mujeres, incluso casadas, pero casi siempre pobres o sin mucha cultura, se les decía que su hijo había muerto en el parto.

—¿Habla en serio? —Le detuvo el comisario.

—Absolutamente, señor. Y si una madre insistía en ver a su pequeño, a pesar de todo, tenían un cadáver congelado en la nevera y le decían que ese era su niño. En una de las clínicas el mes pasado se declararon treinta y siete muertos, la mayoría por otitis. No hay registros de que estén encerrados en

fosas comunes del cementerio, y en cambio sí tenemos un listado de los nacimientos y las adopciones de los dos últimos años, aunque la hermana María llevaba más de veinte haciendo esto.

—¿De dónde han sacado ese listado? —preguntó con estupor.

—Una monja que ayuda a la hermana María tuvo la ocurrencia de llevar la cuenta.

—De acuerdo, siga. —Se mostró enteramente calmado.

—Una muchacha llamada Pilar Heredia Sánchez, de unos dieciocho años, creo que madre soltera, debió arrepentirse a última hora de su decisión de dar a su hija en adopción. Pero la hermana María ya le había prometido a un matrimonio una niña. Cuando nació el bebé puede decirse que se lo arrebataron de las manos. Tal vez le hablase de que era mejor, que no fuese tonta, que no se echase para atrás... Eso todavía no lo sé, pero el caso es que la niña cambió de manos ese mismo día. El médico de la clínica escribió en el registro que la madre era la adoptiva, como si la hubiese parido ella. Pilar se arrepintió, o si la sedaron y despertó más tarde, reaccionando, empezó a reclamarla. Tampoco sé esta parte. Ayer por la mañana la muchacha se presentó en el piso donde vivía la hermana María, le pidió que le devolviera a su hija, le pidió que le dijera dónde estaba, y la hermana María no solo le dijo que no, sino que «Dios la había castigado». Pudieron suceder dos cosas: que Pilar la empujara víctima de su desesperación o, nada descartable, que la monja tropezara y cayera, descalabrándose por las escaleras. Y hasta aquí el drama de ayer. —Se tomó un respiro.

—Coño, Soler —gruñó Pablo García aplastado en su silla.

—Ayer dimos con una monja que había vivido con la hermana María. Lo que nos contó nos puso los pelos de punta, a Quesada y a mí. También hablamos con la que la asistía ahora, que fue la que nos dio ese registro, lleno de nombres, cientos de nombres. Tantos que, si tuviéramos que empezar a investigar esa parte, nos faltarían años.

—¿Y lo de hoy, esas dos muertes? No me diga que la chica cogió una pistola y se puso a hacer justicia por su parte.

—La muchacha buscaba a su hija, no matar a nadie. El que ha asesinado hoy al cura y al médico ha sido un hombre, veinticuatro o veinticinco años. Creo que el novio de la chica y, en cualquier caso, el padre de la criatura.

—¿Pero por qué?

—Yo lo veo así —dijo Hilario—. Pilar mata accidentalmente a la hermana María, porque la vieron huir con cara de pánico. Está sola. No ha

conseguido su objetivo: recuperar a su hija. Entonces se lo cuenta a él, asustada, y él decide recuperar a la niña como sea. ¿Por qué pasan veinticuatro horas? No lo sé. A lo mejor no viven juntos y tarda en localizarle. El padre se mete de lleno y sin contemplaciones. ¿Quiénes estaban en el asunto además de la monja? El sacerdote con el que se confesó Pilar y el médico que la asistió en el parto. El hombre ha ido a ver al cura, pero este no sabía nada de la adopción. Le ha matado para que no avisara al médico...

—Eso indica desesperación —le cortó el comisario.

—Sí —lo aceptó Hilario—. Matar a un sacerdote así es lo que parece. Va a la clínica de Mariano Sagrañes, consigue su objetivo, saber el nombre de los padres adoptivos, y también le mata, por venganza, tal vez, pero más para que no los avise. Acto seguido se presenta en casa de esa familia y se lleva a la niña.

—¿Se ha llevado a la cría? —saltó Pablo García.

—Venimos ahora de la casa.

—Joder... —dijo muy abatido—. ¿Encima un secuestro?

—Yo no diría tanto.

—¿Por qué?

—Esas personas adoptaron a esa niña ilegalmente. Solo se llevó lo que era suyo.

—¡No me joda, Soler!

—Mire, comisario. Esa monja era una hija de puta, aunque ahora todos digan que era una santa. Ayer estuve en un piso escondido lleno de jóvenes embarazadas, unas sin medios, y otras, hijas de personas influyentes, allí escondidas a la espera de dar a luz. El tinglado que tenía montado era de aúpa. Tanto la madre de la niña como ese hombre han hecho lo que cualquiera haría por un hijo.

—¿Hasta matar a un sacerdote y una monja?

—Hasta matar a un sacerdote y una monja. Por lo menos él.

—¿Tan desesperado ha de estar ese tipo?

—No lo sé. Se lo preguntaré cuando le coja.

—¿Le cogerá?

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero lo haré, señor.

Pablo García le atravesó con una de sus miradas glaciales.

Llevaba meses haciéndolo.

Demasiados.

—¿Alguien más sabe todo esto?

—No.

—Pues que no lo sepan.

—Ningún periodista publicaría algo así. Se lo impedirían.

—¡Faltaría más! ¿Sabe lo que sería este escándalo?

—¿Qué cientos de mujeres empezaran a buscar a sus hijos y los reclamaran en los tribunales, cosa factible habiendo un registro?

—Soler, no me vaya de quijote, ¿quiere?

—Sé que ningún juez le meterá mano a este caso, y más si muchos de los nombres de los padres adoptivos son de gente conocida, políticos, empresarios, militares... Pero lo cierto es que, además de las adopciones consentidas, a decenas de madres se les dijo que sus hijos habían muerto, y no es verdad. La hermana María se los robo. Les cambió la vida a todas esas personas, madres y niños.

—Para su bien, claro. No lo haría al tuntún.

Hilario apretó las mandíbulas.

¿Le preguntaba cómo podía ser una sola persona juez de tantos destinos?

A lo peor, si lo hacía, acababa defenestrado de una vez.

Pablo García se inclinó sobre la mesa. Su aspecto no había mejorado precisamente con el relato de los hechos.

—¿Tiene ese listado?

—Sí.

—¿Aún lo necesita para la investigación?

—Sí.

—¿Me lo entregará cuando termine?

—Claro, comisario.

Pareció bastarle.

—¿Cómo espera encontrar a esos dos, sobre todo el hombre? —Llevó el interrogatorio a su recta final.

—Hay un testigo que le vio matar al padre Amancio Galobart. Espero que esté abajo, examinando las fichas, por si hay suerte y le tenemos fichado. Si no es así, la buscaremos a ella, aunque solo tenemos su nombre. No hay más datos en la clínica.

—Bien.

Hilario se levantó para irse lo más pronto posible.

—Soler. —Le detuvo su superior.

—¿Sí?

No le gustó nada la mirada del comisario.

—Estoy pensando en volverle a juntar con Martín Peláez.

Le entró un sudor frío.

—¿Por qué?

—Porque no es bueno que haya bandos entre nosotros, en el departamento, ni siquiera en la comisaría. Somos un equipo. Nadie les pide que sean amigos, pero sí que trabajen juntos. Esa es su responsabilidad. Una vez se ha exonerado a Peláez del accidente de ese chico, las aguas han de volver a su cauce.

Las palabras «accidente» y «exonerado» se le hundieron en el estómago. Sintió náuseas.

—He formado un buen tándem con Ernesto Quesada, señor. —Buscó la mejor defensa posible ante aquella barbaridad.

—¿Cuestiona mi autoridad para saber lo que es mejor?

—No la cuestiono, pero se lo pido por favor: no lo haga.

—Soler...

—Por favor.

Pablo García movió los labios formando una mueca de desagrado. La gripe debía fastidiarle. Pero más que uno de sus hombres no le obedeciera ciegamente.

No debía de sentirse lo bastante fuerte para discutir.

—Resuelva este caso —dijo secamente—. Hablaremos cuando lo haya hecho.

—Sí, señor.

Abandonó el despacho del comisario con los puños tan apretados que se le clavaron las uñas en la palma de la mano. Las mandíbulas también formaban un sesgo de noventa grados a ambos lados de su rostro.

—Jodido cabrón... —musitó.

¿Le había hablado de «equipo»?

¿Entonces por qué le daba siempre a él los casos más problemáticos?

Bajó a la planta baja sintiéndose más impotente que furioso. Ernesto Quesada estaba con Dimas, más calmado, sentado pacíficamente mientras pasaba las páginas con las fotos de los fichados. Parecía tomárselo con calma, porque los miraba uno a uno a pesar de que su asesino tenía un claro signo de identificación: la nariz desviada. Las fotos, de frente y de perfil, resultaban a

veces duras, otras estremecedoras, las más patéticas.

Hilario se acercó a su compañero para hablarle al oído.

—¿Cuánto lleva aquí?

—Me han dicho que casi media hora. ¿Dónde estaba usted? ¿Todavía con el comisario?

—Sí.

—¿Algo de nuevo?

—No —mintió—. Los gritos de siempre.

—Caray, pero si hasta tenemos identificado al asesino.

—Se ha levantado de la cama con gripe y todo. Está de un humor de perros.

Quesada se fijó en Dimas.

Pasaba otra página con la mayor de las parsimonias.

—No creo que identifique a nadie —dijo pesaroso.

—¿Por qué?

—Porque sería demasiado que estuviese fichado. Nunca tenemos esa clase de suerte.

—Nadie tiene una pistola si no es un delincuente, o se hace con una sin contactos de baja estofa. ¿Qué hay de las llamadas a los Heredia de la guía telefónica?

—Ruiz está con eso. He bajado para estar con Dimas, por si acaso. Aunque puede pasarse horas aquí. Ahora subo.

—Bien.

Se dieron cuenta los dos al mismo tiempo de que Dimas se había quedado quieto.

Muy quieto.

Miraba atentamente una fotografía.

El testigo de la muerte del padre Amancio Galobart puso un dedo encima de ella.

Exactamente sobre la nariz torcida del hombre al que acaba de identificar.

La sirena volvía a rasgar el aire con su estridencia. La única diferencia era que ahora el que conducía era él y Quesada estaba de copiloto. Hilario solía marearse si tenía que leer en un vehículo en marcha, y más a toda velocidad, así que su compañero era el que examinaba la ficha de Pedro Molls Casals mientras volaban rumbo a la única dirección que constaba en ella.

—Veinticinco años, detenido cinco veces, dos por vagancia, otra por una pelea, una por robo y la última por estafa. Salió hace un mes de La Modelo.

—¿De cuánto fue esa última condena?

—De seis meses.

—¿Y antes estaba libre?

—Sí.

—O sea que pudo ser el padre de la niña.

—Sí.

—Y con cinco delitos, ¿por qué no ha estado más tiempo detenido?

—Bueno, no parece el mayor de los delincuentes. —Quesada siguió leyendo la ficha policial—. El robo y la pelea fueron siendo menor de edad. Pasó por el reformatorio. A la salida llegan las dos detenciones por vagancia, una antes y la otra después de cumplir el servicio militar. La última ha sido la estafa, aunque, literalmente, apenas si se sacó para tabaco: tres mil pesetas. Desde luego un buena pieza, pero también un pobre desgraciado.

—¿Algo de los padres?

—Espere... —Buscó entre las apretadas líneas escritas con distintas máquinas de escribir antes de cerciorarse de ello—. No, no veo nada.

—Fantástico. —Chasqueó la lengua Hilario.

—¿Cree que le encontraremos en esa dirección? —Dudó Quesada—. Esa gente no para dos días quieta en el mismo lugar.

—Es todo lo que tenemos.

—¿Y si tenemos suerte, vive ahí y tiene a la niña?

—La niña estará con su madre.

—¿Y con él?

Meditó la pregunta.

—No lo sé —admitió preocupado—. Sigue habiendo algo en toda esta historia que no me cuadra.

—¿Qué es?

—Veinticuatro horas entre los dos incidentes —repuso—. Le he dicho al comisario que ella actuó primero sola, y que al morir la monja, debió de pedirle ayuda a él. Es lo único que tendría sentido. Eso implica que no estaban juntos antes de que ella tuviera el percance con la hermana María.

—Si la ha ayudado a recuperar a la niña, seguro que ahora sí lo están. Se necesitan mutuamente. No pueden huir solos.

—No los veo haciendo planes. —Hilario movió la cabeza de lado a lado—. Ese tal Pedro Molls apenas tiene a la pequeña desde hace un rato. Dudo mucho que dispongan de dinero. O están escondidos, o él cometerá algún otro delito para conseguirlo. Y si hay desesperación, hay locura. Como alguien más salga herido, o muerto... Apague la sirena. No quiero que nos oigan llegar desde un kilómetro antes.

Se hizo el silencio, aunque no por ello disminuyó la velocidad. Hilario conducía menos rápido pero con mayor elegancia. Quesada guardó la ficha policial de Pedro Molls Casals en la guantera del coche. Los dos tenían ya impresa en la retina la cara de su perseguido.

Incluso con la nariz torcida, era guapo.

Un bala perdida con imagen.

—Hoy no comemos —lamentó Quesada llevándose una mano al estómago.

Las últimas señas conocidas de Pedro Molls correspondían a Horta, un pasaje próximo a la calle Campoamor y al Turó de la Peira. Hilario decreció la velocidad del coche para fijarse en los rótulos de las calles. Quesada tenía el callejero a punto.

—Un poco más arriba y a la derecha —le indicó tras examinar el mapa.

Siguió el curso de la calle. Ahora iba tan despacio que un coche situado tras él protestó haciendo sonar el claxon. Les bastó con poner un segundo la sirena, breve y rápida, para que se callara.

—Señor. —Quesada volvía a estar hablador.

—¿Qué le preocupa?

—¿Qué haremos cuando le cojamos?

No hubo respuesta.

—¿Inspector?

—¿Qué quiere que le diga? Ha matado a dos personas. Ese desgraciado

no se escapa del garrote vil.

—¿Y ella?

—Es la madre de su hija, pero si la acusan del homicidio de la hermana María, tanto si es voluntario como si es involuntario, la detendrán. ¿Qué pasó en esa escalera? No lo sé. No creo que le sirva de mucho que la monja le arrebatara a la pequeña. Y una vez detenida, que le quiten o no a la niña es otra historia. Depende de los jueces.

—Es injusto, ¿no?

Ante el nuevo silencio, Quesada dejó de preguntar.

Los dos se concentraron en dar con el pasaje.

—Es aquí —dijo el subinspector un minuto después.

Un grupo de casas bajas, de una sola planta, con un largo patio central en torno al que se agrupaban todas las puertas, formaba un microcosmos único en mitad de su entorno. Cuando la Barcelona del desarrollismo llegase hasta allí, aquel minipueblo sería barrido por el progreso y la necesidad de que la ciudad creciera hacia arriba ya que no podía hacerlo a lo ancho por culpa del mar y Collserola. Pero de momento la zona se salvaba. Todos los barrios populares se veían ya amenazados. Gracia, Sants, Horta...En el centro, en el Ensanche, se añadían pisos nuevos a los edificios que antes no podían superar una cierta altura.

El lugar era humilde pero hermoso.

Tiestos y macetas, una acacia para que el agua de la lluvia no se almacenara formando charcos, incluso un pozo central, cerrado, que en otro tiempo debió de dar agua al vecindario. Algunas de las casas, las menos, estaban encaladas. Las ventanas tenían cortinas. Una isla.

Una vez más, mientras se internaban por el lugar, Quesada sacó su arma.

—¿Y ahora qué hacemos, llamamos a todas las puertas?

Se encontraron con un niño.

Un crío pequeño, de siete u ocho años, que jugaba con una canica justo al terminar la entrada y hacerse visible el patio interior.

—¿Sabes dónde vive Pedro Molls Casals? —le preguntó Hilario.

—No. —Se los quedó mirando muy serio.

—Es un hombre con la nariz torcida.

—Ah, bueno, ¿El Guapo? Antes vivía allí. —Señaló una de las puertas del fondo.

Se acercaron a la vivienda y se apostaron uno a cada lado de la entrada. Quesada seguía con la pistola en la mano. Hilario fue el que llamó a la

madera.

Del interior surgió una voz de hombre, enfadada.

—¡Maruja, coño! ¿Te has vuelto a dejar la llave? ¡Hostias!

Al abrirse la puerta se encontraron con un hombre de unos treinta años, muy delgado, ojos saltones, dientes mal repartidos. Llevaba un grueso jersey roto y viejo. Al verlos no tuvo que preguntar nada. Su instinto le hizo dar un paso atrás y tratar de huir.

No fue tan rápido como Hilario, que le sujetó por el jersey.

Quesada le puso el arma bajo la nariz.

—Cálmate —le dijo el primero.

—No... he... hecho... nada... —Bizqueó él—. Se... lo... juro.

—¿Cómo te llamas?

—Narciso.

—¿Narciso qué más?

—Auladell Pérez.

—¿Estás solo, Narciso?

Asintió con la cabeza.

Hilario acabó de empujarle dentro de la vivienda. Quesada cerró la puerta. El lugar era pequeño y olía a tabaco. Apenas si había muebles. Dos sillas, una mesa, un aparato de radio sobre unas tochanas apiladas y una bombilla colgada del techo. Por una puerta abierta se veía una cama alborotada.

—De acuerdo. —Hilario le soltó—. Estamos buscando a Pedro Molls.

—¿Quién?

Quesada volvió a hundirle el cañón de la pistola en la nariz.

—¡Ah, El Guapo! —Tragó saliva—. Ya no vive aquí, joder. Se marchó hace mucho, cuando la Maru y yo... —Empezó a ponerse nervioso—. Oigan, en serio, se lo juro. No sé nada de él. Me dijeron que salió de la trena y se fue a vivir con su abuela, que para eso están las abuelas, ¿no? Aquí no podía venir, no cabemos. Y encima mi mujer no es que le aprecie.

Hilario le hizo un gesto a Quesada. Su compañero se guardó la pistola y se fue a inspeccionar la vivienda.

—¿Dónde vive la abuela?

—No lo sé.

La mano de Hilario le aprisionó la garganta.

Como agarrar un palillo.

—¿Dónde? —Empezó a cerrar los dedos.

—¡Ay!

—¡Habla, coño!

—¡Hostias... que me hace daño! Yo... ¡Deje que haga memoria, hombre!
¡No me ponga nervioso!

Aflojó la presión.

De pronto recordó a Ignacio, preguntándole si él pegaba a los detenidos.

A los que tenía que «arrancarles una confesión».

Le había dicho que no, y su hijo le había llamado «raro».

Tal vez no lo fuera tanto.

—¿Dónde vive? —insistió.

Quesada regresó de su rápida inspección. Movi6 la cabeza negativamente. Eso significaba no solo que Pedro Molls no estaba allí escondido, sino que tampoco había rastro de 6l y que Narciso decía la verdad.

O parte de ella.

La mano de Hilario seguía en la garganta del hombre.

—Vallcarca —acab6 rezongando—. Donde el viaducto, ¿saben? Por allí, en la calle Rubens, pero no sé el número... ¡Ay! —Tens6 el cuello ante la presión de Hilario—. ¡Que no lo sé, joder! ¡Es una casa pequeña, con las ventanas verdes, o al menos eran verdes la última vez que le vi allí, hace tiempo!

—¿Cómo se llama?

—¡Y yo qué sé! ¡Es la abuela!

Hilario opt6 por separarse de 6l. Narciso dio un paso atrás, en parte asustado, en parte furioso. Los barrió con una mirada opresiva. La cucaracha temerosa ante la bota dispuesta a aplastarla. Parecía lo que era: un pobre diablo.

—¿Estás bien? —Quiso tranquilizarle Hilario.

—Pues vaya pregunta. —Se acarici6 el cuello.

—¿Cuánto hace que no le ves?

—Mucho.

—Sali6 hace un mes.

—Pues de antes. No ha venido a verme, ya le digo. Sabe que con mi Maru aquí...

—¿Y a Pilar?

—¿Pilar? —Su cara fue de desconcierto—. ¡Joder, inspector, que eso fue en la prehistoria, antes de que le enchironaran! Anda que no ha llovido ni nada.

—¿Era su novia?

—Claro, hasta que ella pasó de él. Es todo lo que puedo decirle.

—¿Cómo es?

—¿Pilar? Una monada, eso sí. Demasiado cría para él, con esa carita de ángel... Eran tal para cual, y además colados, pero colados, ¿eh? Lo malo es que ya conoce a las mujeres, ¿no?

—No, no las conozco.

—Coño, que ella quería una seguridad. Por eso lo dejó. Después él hizo lo que hizo y, hala, otra vez preso.

—¿Dónde vive Pilar?

—¡Y yo qué sé! ¿Pero se piensa que soy una guía de direcciones? Era la novia del Guapo y ya está. ¡Como si hubiera sido la primera!

Hilario abrió la boca para formular una última pregunta.

No pudo.

Una mujer apareció en la puerta. Más o menos de la misma edad que Narciso, pero mucho más entrada en carnes y con un rostro feroz que se acentuó al verlos. Lejos de sentirse intimidada o acobardada, se puso a gritarle.

—¿Otra vez? ¡Serás hijoputa! ¿Y ahora que has hecho?

Narciso se defendió como pudo, con su orgullo herido tanto por la duda de su compañera como por la imagen de calzonazos que les estaba dando a ellos.

—¿Yo? ¿Y por qué he de ser yo? ¡Que no están aquí por mí, Maruja, coño, que están buscando al Pedro!

Lejos de calmarse, la Maru gritó aún más.

—¡Otro que tal baila! ¡Menuda joya, maldita sea! —Se puso brazos en jarras y se enfrentó a ellos pasando de que fueran policías—. ¿Y ustedes qué, jodiendo al personal? ¿Es que no nos pueden dejar tranquilos ni nada! ¡Váyanse a perseguir delincuentes, que como aparezca por aquí El Guapo yo misma lo capo!

—Ya les he dicho que no le vemos desde hace... —intentó meter baza Narciso.

—¡Tú cállate! —Le apuntó con un dedo iracundo.

Quesada fue el primero en cruzar la puerta.

Hilario se detuvo en el quicio.

—Lo siento —le dijo a Narciso.

Salió al patio.

Un par de vecinos ya se asomaban a las ventanas para ver por qué la Maru estaba gritando tanto.

La casa de las ventanas verdes tenía dos plantas y la puerta de la calle abierta. Era pequeña, tan o más humilde que la que acababan de abandonar, con Narciso y la Maru peleándose en su interior. La calle también era pequeña, al final del viaducto de Vallcarca. Por la parte de la derecha se encaramaba retorciéndose colina arriba. El tráfico era exiguo. Por allí todavía se veían campos y sembrados, con los edificios del Hospital Militar recortados en gris sobre el perfil izquierdo.

Miraron en los dos buzones de la entrada. Cuatro nombres en el de la planta baja. Uno en el primer piso.

—Este —dijo Quesada—. Carmen Soto Vinyales. En el otro vive demasiada gente.

Subieron el corto tramo de escaleras y se detuvieron frente a la puerta de la vivienda. Hilario puso el oído en la madera más de diez segundos.

—Nada —cuchicheó.

—¿Entramos a lo duro? —Dudó su compañero.

—Ahí adentro hay una anciana. Mejor no. ¿Y si le provocamos un infarto?

—¿Y si él nos recibe a tiros?

—Entonces póngase detrás de mí —le sugirió.

—¿Va de héroe?

—¿Anoche se entera de que va a ser padre y ya quiere meterse en líos? Ande, cállese.

Lo hizo, pero, una vez más, sacó la pistola y la mantuvo en posición de guardia, a un lado de la puerta.

Hilario fue el que pulsó el timbre.

No hubo preguntas. Ni siquiera un sonido. La puerta se abrió y se encontraron con una mujer menuda, de edad indefinida, tal vez setenta años por lo bien que se movía, tal vez ochenta por las arrugas que surcaban su rostro, tal vez incluso más por la eternidad que destilaba, como si toda la historia de su humanidad se manifestara a través del cansancio de sus ojos.

Los miró con amable curiosidad.

—¿Señora Carmen?

—¿Venden enciclopedias?

—No, no señora. Estamos buscando a su nieto Pedro. ¿Está en casa?

—No. —Se dibujó una sombra de tristeza en su expresión.

—¿Vive aquí?

Vaciló.

Una duda cargada de nostalgias.

—Sí, bueno... —No supo encontrar las palabras adecuadas para expresar lo indefinido—. Va y viene, ¿comprenden? No sabría decirles...

—¿Cuánto hace que no le ve?

—Pues... no sé, uno o dos días. Estoy acostumbrada. Los jóvenes... —Empezó a reaccionar ante las preguntas—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Para qué le buscan? ¿Son policías?

—Me temo que sí —dijo Hilario.

La expresión de tristeza dio paso a una de pesar y dolor.

—Ay, ese nieto mío... —desgranó—. ¿Qué ha hecho ahora? Me prometió...

Hilario pensó en su madre.

Era distinto, y sin embargo...

—¿Podemos entrar, señora?

—¡Oh, sí, claro, perdonen! —Les franqueó el paso apartándose de la puerta.

Quesada ya había guardado la pistola.

El piso también era pequeño, como la casa, pero acogedor. Los muebles justos, antiguos, muy viejos, y los recuerdos de una vida repartidos aquí y allá. La puerta de entrada daba directamente al comedor, sin pasillo. En una pared, grandes retratos de personas posiblemente muertas, abuelos, padres, con rostros y vestimentas de fines del siglo pasado y la primera mitad del XX. La pulcritud era extrema, las cortinas limpias, la alfombra deslucida pero cálida. El calor lo daba un brasero visible en la parte baja de una mesa camilla, sin tapete ni faldones, para que se expandiera por el piso. Ella iba cubierta con una mantellina oscura.

—¿Quieren sentarse? —los invitó.

—Me temo que mi compañero tendrá que registrar la casa. Lo lamento.

—Si es su trabajo... —Miró a Quesada—. Haga lo que tenga que hacer, joven, pero, por favor, no rompa nada y toque lo mínimo.

—Sí, señora.

—La habitación de Pedro es la que está al fondo.

Hilario se quedó solo con ella. La anciana se sentó en la silla más próxima al brasero. Lo primero que hizo fue coger la pala para remover las brasas y expandir el calor. Un chisporroteo de luces rojizas acompañó su acción. Él ocupó una silla más alejada, aunque cercana a la mujer. Una fotografía de Pedro Molls Casals, tomada unos años atrás, cuando era mucho más joven, presidía el aparador con los platos y los vasos.

—¿Va a decirme para qué le buscan? —suplicó la anciana.

—Investigamos algo en lo que puede estar relacionado. —Empleó la palabra «relacionado» y no «involucrado».

—Espero que no sea nada. —Se encogió un poco sobre la silla.

—¿Y los padres de su nieto?

—Mi hijo murió en la guerra, en el Ebro. Pedro no llegó a conocerlo. Mi nuera murió cuando él tenía diez años, de tuberculosis. Tuve que hacerme cargo de él, y... bueno, supongo que no lo hice muy bien. Siempre ha sido muy rebelde, muy suyo. Creció muy rápido y lleno de resentimientos.

—Han sido tiempos difíciles. —Decidió darle espacio para que se tranquilizara y se confiara, sabiendo que interrogar a una persona mayor siempre suponía una dificultad añadida.

No quería perderla.

Era su casi última baza.

—Lo sé —asintió ella un par de veces—. Dígamelo a mí. ¿Usted ha pasado hambre y frío, señor?

—No —admitió.

La sonrisa de la anciana fue pesarosa.

Quesada reapareció con la misma cara que cuando había registrado la vivienda de Narciso y su mujer.

Nada.

Ni una pista.

Hilario intentó mantener la serenidad, su apariencia de calma.

—¿Tiene idea de dónde pueda estar su nieto?

—Vaya usted a saber. En cualquier parte. No es de los que cuentan las cosas. Y eso que es muy bueno, ¿eh? A mí me adora, y me lleva así, oigan. —Juntó las dos manos con las palmas abiertas hacia arriba en una muestra de orgullo.

—¿Y de Pilar, sabe algo?

—¿Pilarín? —Le cambió la cara, se le llenó de luz y amor—. ¡Ay, no!

¡Qué pena! ¡Ojalá hubieran seguido juntos, porque ella era la única que sabía manejarle y llevarle por el buen camino! ¡Bendita criatura!

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace casi un año, a fines de marzo, antes de que encerraran a Pedro por última vez. Vivían aquí los dos, conmigo.

—¿Y qué pasó?

—Pues que ella ya no pudo más y se marchó. ¡Tan niña, tanto! La bebida, las mentiras de Pedro, la falta de dinero, el miedo de que volvieran a encerrarle, como así fue... Una lástima, créanme. Eran almas gemelas, tal para cual. Se querían... —Puso cara de ensueño.

—Háblenos de ello.

—¿Le interesa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesito encajar algunas piezas de su historia, señora. También estamos buscándola a ella.

—No entiendo...

—Tranquila. Lo está haciendo bien. Y no solo nos ayuda a nosotros. También está ayudando a su nieto.

—¿Van a encerrarle?

Soportó estoicamente la pregunta.

—Depende de algunas cosas —mintió—. Investigamos un caso que tiene que ver con Pilar.

—Entonces pierden el tiempo. —Sonrió feliz—. Pilar no le haría daño a una mosca. No tiene ninguna maldad. Ya se lo he dicho, no he conocido a nadie más dulce y cariñoso. A mí me llamaba a veces mamá. No abuela, mamá. Cuando se tienen vidas duras, el amor lo es todo. Mire —Carmen le puso la mano a Hilario en la rodilla—, Pilar fue la que hizo cambiar a Pedro. Era capaz de eso y más. Cuando estaban juntos ya no les importaba nada. Si hubieran tenido un poco más de suerte, solo un poco. Pedro quería darle tanto, ¡tanto! Una vida mejor. Y ella lo único que pretendía era que él fuese bueno, nada más.

—¿Cuándo empezó su relación?

—Ella tenía catorce años, él veintiuno. Parecía una niña, pero era una mujer. Para Pedro fue el asombro, ¿comprenden lo que quiero decirles? El asombro de su belleza, su madurez, su carácter. Raramente almas gemelas se han encontrado como ellos. Y además eran dos solitarios. Se comprendían

mutuamente. Se identificaban el uno con el otro y se veían y reconocían el uno en el otro. —Hizo un leve gesto de dolor al ir hacia atrás en sus recuerdos—. A Pilar la abandonaron de pequeña. No conoció a sus padres. Por suerte apareció una tía suya que la acogió. Pero esa mujer era mala. Mala de verdad. Le pegaba, la obligaba a trabajar, apenas si fue a la escuela. La habría llegado a prostituir, porque muchas veces, ya con doce o trece años, le decía que Dios le había dado belleza y un cuerpo hermoso para que se sirviera de ello y se beneficiara de tales dones. Pilar me contó una vez que no sabía qué habría sido de su vida, de no aparecer Pedro. Él la rescató, y ella le salvó. Se enamoraron. —Puso cara de éxtasis—. ¡Oh, sí, se enamoraron! ¡Daba gozo verlos! Nunca me importó que durmieran juntos sin estar casados. ¿Por qué habría de importarme? ¿Acaso un papel vale más que un sentimiento? Pedro cambió de la noche al día. Ya había tenido problemas con la ley, se fue al servicio militar, lo devolvieron a las pocas semanas por tener un problema en el corazón. Entonces trabajó, hizo lo que pudo, y se aferró a un sueño imposible, imposible... —Cerró los ojos víctima de una súbita emoción.

—¿Qué clase de sueño imposible?

—Vivir en paz, trabajar, tener una oportunidad —suspiró la anciana—. Tenía antecedentes, solía perder la paciencia pronto, se enfadaba... La semilla del mal a veces consigue arraigar profundo. Cuando bebía y volvía a casa borracho, lloraba y le pedía perdón a Pilar. Aun así, jamás le levantó la mano. Ella no se lo hubiera consentido. De todas formas se lo perdonaba todo, todo, hasta que finalmente... ya no pudo más, tiró la toalla. Le dijo que no quería autodestruirse, ni verle sucumbir a él. Creo que la pobrecilla se sintió agotada. Se marchó y nos dejó sumidos en la tristeza. Nos faltaba el aire, la luz. Pedro quiso arreglarlo, necesitaba dinero para hacer algo, un negocio. Ideó una estafa con la que conseguirlo. Nunca supe de qué plan se trataba. Le detuvieron antes de que pudiera ponerlo en marcha y acabó de nuevo preso, hasta hace un mes.

—¿No fue a buscarla al salir?

—Yo le dije que lo hiciera, pero él me repetía que no, que ya no volvería, que ella tenía razón y no era bueno. Me dijo que sin él, tendría una oportunidad. Dios... —Se llevó una mano a los ojos—. Habría matado por Pilar. Más aún, habría muerto por Pilar. Lo vi en su mirada. Por eso pensé que lo mejor era dejarla volar libre. —La mujer exteriorizó toda la pena que sentía llevándose una mano al pecho—. Pobrecillo... De noche le oía llorar.

La amaba. ¡La amaba tanto y se sentía tan solo!

—¿No la visitó Pilar durante los meses que Pedro estuvo en la cárcel?

—No.

—¿Le extrañó?

—Pensé que no querría saber nada de Pedro ni de mí, para no sentirse atada, u obligada. A lo mejor, si se hubiesen visto, habrían caído el uno en los brazos del otro sin más. ¿Cómo saberlo? Las emociones y los sentimientos humanos son tan impredecibles.

—¿Pudo saber ella que su nieto estaba preso?

—No lo sé.

—¿Y dónde cree que pueda estar ahora?

—Imagino que habrá vuelto con su tía. ¿Adónde iba a ir si no? No se me ocurre otra cosa, salvo que haya encontrado a otro hombre. Pedro está intentando rehacer su vida, empezar de cero, pero si ya le están buscando...

Guardaron unos segundos de silencio. Los tres. Quesada miraba directamente al suelo. Hilario sabía que era hora de irse.

La dejarían sola, con sus dudas, sus preguntas, sus renacidos miedos.

¿Qué haría cuando supiese que Pedro había matado a dos personas?

¿Bastaría con saber que había sido por amor?

—Señora, una última pregunta. ¿Sabe cómo se llama y dónde vive la tía de Pilar?

—Sí, la acompañé una vez. En el veintidós de la calle Sors, una paralela de Escorial por la parte de arriba. No quería ir sola a buscar unas cosas. Por suerte su tía no estaba esa tarde. Se llama Paqui.

—Gracias. —Hilario se puso en pie.

Quesada hizo lo mismo.

La anciana se quedó en su silla, como si un enorme peso le impidiera moverse.

—Señor. —Hundió en Hilario una mirada suplicante—. Si le encuentran... no le hagan daño, por favor.

—Dependerá de él, señora Carmen.

—Ha tenido mala suerte, eso es todo.

Dos extrañas palabras.

«Mala suerte».

Había otra: «destino».

¿Quién podía escapar de él?

—Si viene por aquí... —Hilario se quedó a la mitad.

—Descuide, le diré que no complique más las cosas, sea lo que sea lo que haya hecho, aunque no creo que me haga caso, ¿verdad?

—Buenas tardes, señora. —Movi6 la cabeza en un gesto de cortesía.

Abrieron la puerta del piso y se enfrentaron al frío exterior. La tarde se abría muy rápido sobre Barcelona. A Quesada le crujió el est6mago por el hambre. Cuando cerraron la puerta bajaron a la calle en silencio.

—¿Le ponemos vigilancia, por si Pedro viene por aquÍ?

—No vendrá —dijo Hilario—. No hasta que Pilar esté a salvo, sola o con él.

Hilario dejó que Quesada se sentara al volante.

De pronto, parecían no tener tanta prisa.

Caminaban.

—¿Quiere parar a comprar un bocadillo? —le preguntó a su impresionado compañero.

—No, no importa.

—Otro gemido de su estómago y la gente empezará a mirarle.

—Vamos a ver si damos con ellos, en serio.

—¿Optimista?

Quesada puso a rodar el coche. Primero se concentró en la maniobra.

—No. —Fue sincero.

—Nunca suelo verlo así.

—¿Así, cómo?

—Abatido.

—No estoy abatido, solo pensativo. Este caso da para mucho. Y sí, creo que con la ventaja que nos llevan, ya estarán lejos.

—O escondidos.

—¿Por qué?

—Véalo de esta forma: una mujer, una niña de pocos días y un hombre que sabe que le están persiguiendo todos los policías de Barcelona. Y sin dinero, me juego lo que quiera. ¿Cree que Pedro Molls tenía previsto todo esto esta mañana, cuando ha ido a ver a su primera víctima? Él mismo se ha metido en una espiral de la que sabe que es imposible salir. Ha improvisado, y sigue improvisando. Cuando alguien está acorralado es cuando es más peligroso, y más si quiere defender con uñas y dientes a Pilar.

—Un choricillo de poca monta convertido en asesino —asintió Quesada.

—Por desgracia ha dejado atrás esa categoría —le hizo ver Hilario—. Con dos crímenes a cuestas, ahora juega en primera división.

Ernesto Quesada manejó el volante a través de un par de calles, orientándose para salir de Horta y dirigirse a la parte norte de Gracia.

Hilario sabía que volvería a hablar.

Y lo hizo.

—Todo por amor, ¿verdad?

—Sí.

—Increíble.

—No tanto —afirmó él—. Tenemos a una pareja de locos enamorados. Ella adolescente, él prisionero de su destino. —Hizo una leve pausa—. ¿Sabe, Quesada? Siempre he pensado que el amor nos cambia. Somos de una forma y de pronto... Es como darle la vuelta a un calcetín. Lo interior se convierte en exterior y viceversa. Nos volvemos transparentes, dejamos de ser racionales. En el caso de Pedro Molls, pese a todo, no ha sido suficiente. Como Humphrey Bogart en *High Sierra*. Haga lo que haga, camina hacia su destrucción. Destino sellado. Al principio el amor le cambia pero no lo suficiente, ella le deja, él acaba en la cárcel sin saber que la ha embarazado. Cuando Pilar lo descubre está más que sola: está perdida.

—Y acude a un confesor que le propone dar a su hija en adopción. La solución perfecta. ¿Cómo va a salir adelante, sin nada, sin nadie, con un bebé?

—¿Se imagina a esa chica durante estos meses?

—Sí —suspiró Quesada.

—Yo no —dijo Hilario—. Lo que debió pasar fue... Y sin embargo, al llegar la hora, tiene las agallas de decir que no, que se queda con su hija. A lo mejor, incluso, porque era de él y así conservaba un poco de su vida y su aliento.

—Pero la hermana María ya tenía como quien dice a los padres adoptivos al otro lado de la puerta, esperando. Le arrebató a la niña mientras dormía o vaya usted a saber. Tal vez le dijo que había muerto, tal vez que, como era una pecadora, lo justo era que mantuviera su palabra de darla en adopción y no podía echarse atrás. Fuera lo que fuera, Pilar no la creyó o se rebeló ante ella. Se encontró en la calle, con las manos vacías, pero no se rindió. Debió volverse loca, perseguirla, hasta que la encontró ayer por la mañana, en su piso. Discutieron y cuando la monja le dijo aquello del castigo divino...

—Un simple gesto de rabia —convino Hilario.

—Cuando Pilar vio que la hermana María estaba muerta, huyó despavorida. Se quedaba sin su hija y, además, iban a buscarla por homicidio. Debió pasar un día de locos, asustada, aterrorizada, sin saber qué hacer, hasta que por la noche...

—Solo podía contar con él, el padre de su hija.

—Y Pedro la tiene allí, delante, de nuevo, la mujer que ama, la mujer que le pide ayuda desesperada, la mujer con la que descubre que ha sido padre. — Quesada se estremeció—. Debió ser... impactante. Tan dramático... Así que, por una vez en la vida, está decidido a todo por ella. A todo.

—Muerta la hermana María, ¿quién podía saber algo de esa niña? Solo el padre Amancio y el doctor Sugrañes. Y Pedro, enamorado, dispuesto a lo que sea por Pilar y por su hija, hace lo que cree oportuno según su código de vida. Ya no le importa nada, no cree en nada. Tiene una oportunidad de redimirse y punto. Si ha de meter la pata, que sea por ellas.

—Si hubiera ido a ver primero a Sugrañes... —Lamentó Quesada.

—El sacerdote se habría salvado, sí, pero al médico le habría matado igual, para que no alertara a los padres adoptivos. Estaba dispuesto a sacrificarse desde el primer momento. Con las señas de los Matesanz, se lleva a su hija y fin de la historia. Pedro Molls Casals se ha condenado, pero ahora Pilar sabe hasta qué punto la ama.

—Joder, señor... —Masticó las dos palabras Quesada tras la revisión de los hechos.

—¿Se da cuenta de lo peligroso que es ahora ese hombre?

—Sí.

—Tiene una pistola, no lo olvide. Si se ve acorralado, la utilizará. ¿Qué más le da ya un policía si se ha llevado por delante a un cura y un médico?

—Si le detenemos, lo ajusticiarán, ¿verdad?

—¿Usted qué cree?

—Esto es *Romeo y Julieta* a lo bestia. No son más que dos infelices. ¿Ha oído lo que ha contado la abuela? Pilar abandonada y con una tía medio loca. Pedro sin padre y huérfano de madre en la niñez. ¿Qué clase de vidas son esas?

—Dos islas.

—¿Qué quiere decir?

—Que son dos islas. Sobre todo él, a la deriva. Pilar era su norte, su esperanza. Ahora están escondidos y acorralados, ¿pero dónde?

Quesada se concentró un poco más en la conducción. Una motocicleta los pasó rozando por la derecha, adelantando imprudente. En un pequeño atasco tuvieron que poner la sirena unos segundos, para conseguir romper el cerco. En las proximidades de la calle Escorial se orientaron para dar con Sors. Dejaron el coche a unos veinte metros y caminaron por la estrecha calle hasta la casa. Al pasar por delante de un bar alguien salió de él y por la puerta

abierta un aromático efluvio les sacudió la pituitaria. El estómago de Ernesto Quesada rugió otra vez.

—No pasa nada, en serio. —Quiso tranquilizar a Hilario.

La casa no era mejor que la de la abuela de Pedro o la de Narciso y Maruja. Vieja, sucia, delgada, con una entrada y una ventana por planta. Tenía tres. A la derecha, un descampado. Enfrente, otro. La puerta estaba rota, no tenía cerradura. Tampoco había buzones. Caminaron hasta el fondo y llamaron a la puerta del entresuelo. Un hombre mayor, con boina, jersey y un caliqueño apagado en la comisura del labio, les dijo que la señora Francisca vivía en el primero. No les preguntó ni quiénes eran ni qué querían. No era cosa suya. Subieron la escalera y se encontraron en un rellano oscuro y una puerta desvencijada. Ni siquiera tenía timbre, sino aldaba. La golpearon dos veces.

Paquí, la tía de Pilar, era una mujer cuarentona, pero por su aspecto desaliñado y desastrado la edad podía ser indefinible. Los labios se le curvaban hacia abajo, los ojos eran duros, la nariz aparatosa y el cabello, hirsuto, más parecía un estropajo mal puesto en su cráneo. Vestía un delantal sucio con el que, en ese momento, se secaba las manos, y llevaba una zapatilla de estar por casa distinta en cada pie. Se los quedó mirando sin saber muy bien qué hacer o decir, por un lado molesta, pero por el otro cauta. Le cambió la cara al ver la credencial de Hilario.

—Buenas tardes, señora. Sentimos molestarla.

—¿Policía? —Frunció el ceño—. ¿Qué es lo que quieren?

—Hablar con su sobrina Pilar.

Levantó las cejas.

Cara de asombro.

—¿Pilar? Pues aquí no está, se lo aseguro. Vaya con esa. ¿Para qué la quieren?

—Para hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—¿Podemos entrar?

—¿Van a registrar la casa? ¡Adelante! —Se apartó haciendo un gesto ostentoso—. Ya les he dicho que no está, y es más: no sabía nada de ella hasta hace unos días. La muy...

Hilario no cruzó el umbral de la puerta.

Ya no era necesario.

—¿Cuándo la vio?

—Díganme para qué la buscan.

—Ya se lo he dicho: para hacerle unas preguntas.

—Dios, en qué lío se habrá metido esa niña. —Se cruzó de brazos.

—A veces la gente se mete en problemas si nadie la ayuda —dejó caer Hilario.

La tía de Pilar lo atravesó con una mirada revestida de escepticismo, aunque tal vez no hubiera captado del todo la intención.

—Mire. —Se rindió—. Vino aquí llorando, diciendo que le habían quitado a su hija. ¡Su hija! —Desorbitó los ojos como si no pudiera creerlo—. ¡Yo ni siquiera sabía que estaba preñada! ¡Y sin marido! ¡La puse de patitas en la calle y le dije que aquí no volviera nunca más, que era una vergüenza!

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos o tres días, no me acuerdo. —Se encogió de hombros de mala manera.

—¿Le dijo dónde vivía?

—¿Esa? ¡Ni mu! ¡Llorar sí lloró, pero yo llevaba la tira sin verla! ¡La tira! ¿Qué quería que hiciese? ¿Se va de casa para vivir en pecado con un sinvergüenza y luego viene aquí con esa historia? ¿Quién iba a quitarle a su hija? Le dije que estaba loca y la eché, sí, ¿pasa algo?

—¿No tiene ni idea de dónde pueda encontrarse?

—¿Yo? No. Pregúntenle a su amiga Ester. Es la única que creo que ha conservado en estos años.

—¿Ester qué más?

—Ester Prats. Vive aquí cerca, calle abajo, justo la última casa antes de llegar a la calle Argetona. Pero si creen que pueda estar allí, van listos. Esa sí es una buena chica. Vive con sus padres, y son gente seria.

—Gracias, señora —se despidió Hilario.

Antes de que ella pudiera decir nada, el estómago de Quesada crujió una vez más. La mujer se lo quedó mirando un segundo.

Luego cerró la puerta dando un portazo.

Mientras bajaban la escalera la oyeron hablar sola, protestando en voz alta.

—Bruja —dijo Quesada al llegar a la calle.

Hilario echó a andar.

Otro paso más.

La casa de la amiga de Pilar tanto podía ser la del lado izquierdo como la

del derecho. Su tía no lo había precisado. Probaron primero en una y tras comprobar que no era la buena cruzaron la estrecha calle y entraron en la otra. Una anciana dormitaba en la portería y no llegaron a despertarla. El buzón con el nombre de Prats estaba señalizado como el del segundo primera.

También les abrió una mujer, pero muy distinta a la Paqui que acababan de dejar atrás. Cuarenta y cinco años, arreglada, bien peinada, con un sobrio toque que la hacía parecer elegante y, aunque algo entrada en carnes, manteniendo el tipo. Daba la impresión de acabar de llegar de la calle, porque llevaba zapatos de tacón y sus mejillas estaban sonrosadas por el contraste del frío exterior y el calor de su hogar. La placa policial de Hilario la hizo envararse.

—¿Ester Prats?

—Es... mi hija. —Vaciló—. ¿Para qué la quieren?

—Estamos buscando a una amiga suya, Pilar Heredia. Creemos que tal vez ella sepa dónde está.

La mujer acusó un invisible golpe.

Se quedó sin aliento.

Se puso aún más roja.

—Dios... —balbuceó.

Hilario tensó los músculos.

De no esperar nada a...

—¿Dónde está, señora?

—Le dije que no se metiera. Se lo dije, señor.

—¿Dónde está Pilar Heredia? —lo preguntó con mayor contundencia.

—¡Vino aquí, pero...! ¿Qué quería que hiciese? ¡Nos dio pena, la pobrecilla...!

—¿Quiere que su hija sea cómplice de algo muy serio?

—¡No! ¡Ay, Dios! —Se llevó una mano a los labios—. ¿Qué ha hecho esa chica?

—Hable.

Se vino más y más abajo.

—¡Mi hija ha ido a llevarle comida y una manta hace un rato! ¡Estaba tan asustada! ¡Creo que se ha metido en la vieja fábrica, aquí cerca, a dos calles! ¡Con este frío...! ¡Pero es que aquí no podía quedarse! Y... ¡Oigan! ¿Adónde van? ¡Mi hija no tardará en volver! ¡Oh, Dios mío!

La fábrica era un decrepito conjunto enclavado entre dos calles y con un muro de dos metros de alto que en algunos tramos ya no se sostenía en pie. Por encima de él se veía un edificio de ladrillos rojizos, bajo, aunque en algunas zonas tenía dos plantas. Media docena de chimeneas, una muy alta, como de veinte metros o más, jalonaban el perímetro. Parecía llevar abandonada mucho tiempo, a la espera de que fuera derribada y se construyeran pisos para la nueva Barcelona. Cada semana los trenes que venían del sur traían más y más emigrantes en busca de la prosperidad. Se construía por todas partes. Los solares disponibles empezaban a ser muy valiosos, y la fiebre formaba ya una mancha de aceite extendida por los barrios más limítrofes, especialmente los del lado sur, desde Les Corts y los alrededores del nuevo estadio del Fútbol Club Barcelona hasta la Diagonal, la avenida del Generalísimo.

Siguieron el muro desde la acera frontal, buscando un hueco por el que penetrar en su interior y a unos quince metros, de pronto, vieron salir por uno a una muchacha de unos diecinueve o veinte años, muy abrigada. Los dos se detuvieron al instante, fingiendo mirar un escaparate. La joven oteó el panorama arriba y abajo de la calle. Llevaba una bolsa aparentemente vacía colgada del brazo.

Caminó en dirección contraria, con el paso breve y rápido, la cabeza gacha.

—¿La cogemos? —preguntó Quesada.

—No, no vale la pena.

—Nos llevaría hasta ella.

—Y también podría gritar. Si están ahí, daremos con ellos.

—Habla en plural.

—Creo que están juntos. ¿Usted no?

La chica desapareció de su vista.

Bastante tendría con llegar a casa y encontrarse con la bronca de su madre.

Se colaron por el mismo hueco, como ladrones furtivos, tras estar seguros

de que nadie los veía. Si un vecino llamaba a la policía llegarían con las sirenas puestas y, a lo peor, eso los alertaba y escapaban por otra parte. Una vez dentro se dieron cuenta de que el espacio era muy grande. Un patio lleno de máquinas herrumbrosas, con el suelo quebrado y plantas surgiendo por las grietas envolvía al edificio.

Apenas si quedaba media hora de luz diurna, la tarde declinaba rápido hacia el anochecer.

Y a oscuras, todo sería mucho más difícil.

—Tienen que estar en un lugar cerrado —dijo Hilario—. Unas oficinas, o un sótano.

—Con este frío, esto es el Polo Norte —mencionó Quesada.

Alcanzaron el edificio principal tras cruzar el patio con sumo cuidado. Cualquier ruido los delataría, y bastaba una simple piedra rodando para que ese eco se esparciera como un trueno. Lo más importante era vigilar dónde pisaban. Se encontraron en una nave vacía, con el techo lleno de claros. A su alrededor se extendían sombras quietas y, lo más intenso, un silencio cargado de malos presagios. Se sintieron como si acabasen de entrar en una nevera, porque el frío, allí dentro, era mayor.

Hilario se sintió un poco abrumado.

—¿Y si pedimos ayuda? —susurró Quesada.

—No. Esto es nuestro —dijo él.

—Va armado —le recordó su compañero.

No hubo respuesta. Caminaron hacia otra puerta, situada a su izquierda, y vieron que el edificio central quedaba justo frente a ellos, pero comunicado con dos naves más, igualmente grandes. Lo que allí pudiera fabricarse era lo de menos. Lo de más eran los restos de su pasado en forma de máquinas herrumbrosas y rotas.

—Separémonos —ordenó Hilario.

—De acuerdo.

Tomó la izquierda. Quesada hizo lo propio enfilando la parte derecha. Ninguno de los dos llevaba de momento la pistola en la mano. Preferían tenerlas libres para tantear o apoyarse donde hiciera falta. Lo esencial seguía siendo ver dónde ponían los pies.

Cada paso marcaba una eternidad.

Hilario se detuvo.

No se oía nada.

Ni siquiera el llanto de un bebé.

Encontró lo que estaba buscando unos metros más allá. Si había un sótano, tal vez costase dar con él, sin olvidar que allá abajo sí reinaría la oscuridad. Pero las oficinas en las fábricas siempre solían estar en la parte de arriba, desde donde se pudiera controlar lo que se hacía en la planta. Oficinas con despachos pequeños y más resguardados.

Hilario se detuvo al pie de la escalera.

Era de metal.

Podía gemir.

Se arriesgó, despacio, paso a paso. Suspiró aliviado al comprobar que era resistente y seguía bien encajada entre la pared, el suelo y las oficinas a las que daba acceso. La mayoría de cristales se veían rotos. A lo peor, de día, los niños jugaban allí, con riesgo de sus vidas.

Y, tal vez esos mismos niños, o alguien más, había dejado restos de pisadas en la escalera.

Restos como los que estaba viendo.

Llegó a la parte de arriba.

La puerta de la oficina ya no existía, solo quedaba el marco. En el primer despacho tampoco encontró nada. Estaba vacío. Algunos papeles por el suelo y poco más. Desde el ventanal se apreciaba la planta por la que acababa de cruzar. Caminó hasta el otro lado para atisbar la de la zona derecha, por si veía a Ernesto Quesada, pero no fue así. Cruzó otros dos despachos que ya no tenían techo. Quedaban incluso charcos de agua producto de las nevadas del sábado. La sensación de frío se hizo entonces mayor.

Si Pilar y su hija se escondían allí, tenían que estar heladas, a pesar de la manta de su amiga Ester.

Frente a sí apareció otra escalera, más pequeña, hecha de obra. Conducía a un altillo o terrado. A la derecha más oficinas, estas con techo. Prefirió ese camino al del terrado y entonces...

El mundo en forma de pared se le cayó encima.

Escuchó el ruido una fracción de segundo antes de que el muro se le desplomara sobre la cabeza. Eso le ayudó a protegerse. Primero levantó las manos, por mero instinto. Después volvió el cuerpo lo más rápido que pudo. La pared le arrolló igual que una ola sólida. Lo derribó hacia atrás aunque sin llegar a aplastarle.

Para cuando quiso reaccionar, ya era tarde.

Aturdido, ni siquiera pudo sacar su arma.

Sin contar que Pedro Molls era más joven y estaba desesperado.

Le bastó con apuntarle con la pistola.

La misma con la que había matado al padre Amancio Galobart y a Mariano Sugrañes.

—¿Quién es usted?

Hilario calculó sus posibilidades.

Dedujo que eran muy pocas.

Tenía piedras y cascotes por encima, estaba un poco aturdido, y llevando puesto el abrigo jamás conseguiría coger su propia pistola antes de que Pedro disparara.

—Inspector Soler. —Fue sincero.

Pedro frunció el ceño.

—¿Policía?

—Sí.

—¡Mierda! —rezongó por lo bajo, tensándose más y más, y con ello también la mano que sostenía el arma—. ¿Cómo ha dado conmigo?

—Eso no importa, muchacho. —Se movió despacio, haciendo rodar los cascotes que tenía encima y con las manos en alto—. Ya está. Se acabó. Tira esa pistola.

—¡No! ¡Y estese quieto!

—Todo ha terminado, ¿es que no lo ves?

—¡Maricón hijo de puta, no se mueva!

Dejó de hacerlo, pero le miró a los ojos.

Pedro Molls estaba asustado.

Muy asustado.

—No seas tonto ni lo compliques más —le habló con calma, casi con dulzura—. Te salió bien. Ella tiene a la niña. Tu hija. Cuando crezca, sabrá siempre que la salvaste.

—¡Cállese!

No lo hizo.

—No puedes huir y lo sabes. Has matado a dos personas.

—¿Personas? —Los ojos le brillaron con una punta de locura—. ¡No eran personas, eran ratas!

—De acuerdo, sí, sé lo que hacían. Pero eso ahora no cuenta. Si vienes conmigo...

—¡Está loco si cree que voy a entregarme!

—¿Y qué harás, matarme?

—¡Sí! —Tensó de nuevo el brazo, la mano, el dedo en el gatillo de la

pistola.

Hilario vio el agujero por el que podía salir aquella bala.

—No lo harás —consiguió decir.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—A ellos los mataste porque le quitaron a Pilar su hija. Yo solo intento ayudarte.

—¡Mentira! ¡Usted no es mejor! ¡Sirve a este maldito poder capaz de permitir estas cosas, que a una madre le quiten a su hijo! ¡Usted es parte del Régimen! ¡Si he de morir, prefiero hacerlo de pie! ¡No acabaré en el garrote vil!

—Tienes una oportunidad...

—¡No la tengo! —gritó—. ¿Un cura? ¿Un médico? A ellos los pondrán en un altar, tapanán lo que han hecho, lo mismo que esa monja hija de puta. ¡A mí no!

Tenía que hacerle hablar.

Cuanto más lo hiciese, más oportunidades de evitar aquella bala.

La oscuridad del anochecer pronto los convertiría en sombras.

—¿Dónde está Pilar?

—¡Lejos!

—¿Ha huido?

—¿Iba a quedarse aquí? —Se pasó una mano por la frente, como si sudara, aunque con aquella chaqueta y la simple bufanda protegiéndole el cuello debía estar pasando mucho frío—. ¡No la cogerán! ¡Y si lo hacen...! —Se mordió el labio inferior, más y más desesperado—. ¡Es su hija! —gritó—. ¡Es suya, coño! ¡Le pertenece!

—Entonces has ganado. Las has salvado. Ahora afronta lo que has hecho tú.

—¡No! —gritó por enésima vez.

Hilario empezó a levantarse.

—¡Quieto!

No le hizo caso, apartó los cascotes, con movimientos lentos y las manos a la vista. Primero quedó sentado en el suelo. Después, poco a poco, se puso en pie.

—¡He dicho que no se mueva!

Quedaron frente a frente.

—Pedro...

—¡Mierda! —Alargó la mano para que la bala le diera en mitad de la

frente mientras constreñía el rostro al borde de las lágrimas.

El sonido fue inesperado.

Extraño.

Algo así como si un estómago crujiera cerca de ellos.

A Pedro no le dio tiempo a volverse.

La voz de Ernesto Quesada los alcanzó en ese instante.

—¡Tira la pistola!

El hombre se quedó rígido.

No apartó los ojos de Hilario.

Tampoco la dirección de su mano.

—¡Tírala ya! —ordenó Quesada.

Hilario miró hacia él. Su compañero llegaba por el otro lado, a espaldas de Pedro Molls. El crujido estomacal le había impedido acercarse más. La distancia entre ambos era de unos cinco metros. Se estaban convirtiendo en sombras.

—Haz lo que te dice —sugirió Hilario mientras empezaba a desabrocharse el abrigo.

No le obedeció. Pedro dio un paso atrás e, inesperadamente, volvió su cuerpo para enfrentarse al aparecido.

Los dos se apuntaron ahora el uno al otro.

—¡Ni se te ocurra! —tronó la voz de Quesada.

—Vas a tener que disparar, porque no voy a rendirme —proclamó Pedro con una extraña frialdad, sin gritar, cambiando por completo el tono de su voz al sentirse acorralado.

—Esto no tiene por qué acabar así —insistió Hilario.

Ya no le apuntaba, pero tampoco dejaba de verle, aunque fuera de reojo.

—¿Y cómo queréis que acabe? —Una tensa desesperación se adueñó por completo de sus palabras—. ¿Es que no lo entendéis? ¡No estoy negociando! ¡No voy a morir como una bestia en ese garrote vil! ¡Lo haré de pie! ¡Así que dispara ya, porque yo voy a hacerlo igualmente!

Hablaba en serio, y lo sabían.

Tres segundos, dos, uno.

Apenas si quedaba un atisbo de luz.

La mano de Hilario se movió rápida.

El último botón del abrigo. Su arma bajo la axila.

—¡Decidle que la quiero! —gimió Pedro.

Los tres disparos sonaron casi al unísono.

Primero el de Hilario.

Después el de Quesada.

El último el de Pedro Molls.

El de Hilario le alcanzó de lleno, en la cabeza.

El de Quesada se perdió más allá de su objetivo, al ladearse Pedro, ya herido.

El de Pedro fue inútil, un último gesto reflejo. Ni siquiera rozó al subinspector.

El muerto se desplomó hacia atrás, envuelto en una bola de sangre.

Los dos supervivientes se quedaron mirando.

—¡Jesús! —exclamó Quesada con un hilo de voz.

Hilario se acercó. Guardó su arma y se arrodilló junto a él. A Pedro Molls Casals ya no le habrían llamado jamás El Guapo. La parte derecha de su rostro era una masa de carne lacerada. Cogió su muñeca solo para estar seguro de que su corazón ya no latía.

—Gracias —suspiró Quesada.

—Quería morir —se limitó a susurrar Hilario—. Lo ha provocado, como un suicidio. Una vez atrapado, no le quedaba nada, salvo su orgullo.

—Mierda...

Ya no se veía apenas.

Se levantó y se enfrentó al pálido rostro de su compañero. Una máscara en la penumbra.

Quedaba una pregunta final.

Y no tuvo que hacerla.

El llanto de un bebé llegó hasta ellos de forma nítida aunque lejana.

Pilar Heredia Sánchez estaba oculta en un cuartito muy pequeño, en otro tiempo un archivo o, tal vez, el simple cubículo en el que se guardaban las cosas de la limpieza. La luz de una vela confería al lugar un halo espectral, porque ella, además, parecía una pequeña virgen, con su hija en brazos.

Ya no lloraba.

Le estaba dando el pecho para que no lo hiciese.

Se los quedó mirando con ojos tristes, grandes, limpios y hermosos. Y ellos a ella. Era muy bonita. Una mujer de dieciocho años. Una niña de dieciocho años. La luz de la vela era cálida, porque proyectaba en su rostro un tono casi cárdeno. Apoyada en un ángulo de la habitación, envuelta con la manta que acababa de llevarle Ester Prats, y con unas latas de comida y leche en el suelo, frente a ella, su presencia era menuda.

Hilario no supo qué hacer.

La niña mamaba feliz, con los ojos cerrados.

Una bolita de carne rosa.

Acabó tendiéndole una mano.

—Vamos, Pilar —le dijo.

La muchacha negó con la cabeza.

—Todo ha terminado —insistió Hilario.

—No van a quitármela —habló por primera vez.

Su voz era débil, su firmeza no.

Quesada no apartaba los ojos de la niña.

Hilario se arrodilló, como acababa de hacer ante el cadáver de Pedro. Estaba hecho un asco, sucio. Ya no le importaba. Intentó parecer sincero.

—No te pasará nada.

—Me acusarán de haber matado a la hermana María y me encerrarán. Claro que van a quitármela. Dirán que soy una mala madre, que no la merezco. Dirán cosas horribles. Yo... prefiero morir aquí, y llevármela conmigo.

Hablaba con serenidad. Ni siquiera lloraba.

Y tampoco era resignación.

Era valor.

—Nadie ha de morir.

—No se acerque.

—No voy a arrebatártela de las manos, tranquila.

—Sí lo hará. Es policía, ¿verdad?

—Soy un ser humano.

—Lleva una placa.

—Escucha...

—No, escuche usted. —Acarició la cabecita de la niña—. No tiene ni idea...

—Sí la tengo.

—No puede.

—Te haré una pregunta, ¿de acuerdo? Una sola. Quiero que me mires a los ojos y me la respondas.

Pilar no dijo nada.

Esperó.

—¿Qué pasó ayer por la mañana entre la hermana María y tú?

No tuvo que meditar, ni reflexionar. Tampoco se demoró. Fue rápida.

Sincera.

—Fui a verla, para suplicarle que me dijera dónde estaba mi hija. Me sacó del piso a rastras, empujándome, furiosa. ¡Ella, furiosa conmigo! —Se agitó por primera vez un poco—. Yo le insistí, destrozada, desesperada, y me dijo que no me respondería, que Dios me había castigado. Al oír eso yo le grité que se callara y entonces... dio media vuelta, airada, para bajar la escalera. Se hizo un lío con el hábito, tropezó y...

—¿Se vino abajo ella sola?

—Sí.

—¿No la empujaste?

—¿Yo? —Lo atravesó con una mirada expectante—. ¡No! ¡Ni siquiera la toqué!

—Cuando viste que estaba muerta, ¿por qué no llamaste a la policía? ¿Por qué huiste?

—¿Está loco? ¿Quién me habría creído? ¡Era una monja! ¿La acusaba de haberme quitado a mi niña? ¡Si lo hubiera hecho habría sido peor! Al verla muerta... me asusté y eché a correr. ¿Qué quería que hiciese? Cuando me di cuenta estaba lejos, con el corazón a mil, pensando en lo único que podía pensar: que ya nunca recuperaría a mi hija. —La apretó un poco más contra

sí.

Hilario intentó no mirar a la niña.

Pero tampoco podía mirarla a ella.

Se sentía desnudo.

Aplastado.

La palabra de Pilar Heredia Sánchez contra el mundo.

Contra la santa hermana María de la Paz Suñol.

No, nadie iba a creerla.

—¿Qué pensabas hacer? —le preguntó de pronto.

—Mañana me iba al sur, con un amigo de Pedro que es camionero. Salíamos antes de amanecer, a las cinco. Iba a vivir con su familia, en las cosechadoras.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Sin Pedro?

Bajó la cabeza. Su seriedad era indefinible.

—Sí —suspiró.

Hilario soltó un jadeo y se incorporó. Miró a Quesada con una determinación que su compañero ya conocía bien a pesar de llevar solo tres meses juntos. Casi ni le extrañó que le dijera aquello.

—Váyase.

—No. —Fue categórico.

—No sea estúpido. Déjenos solos. Espéreme en el coche.

—Le digo que no, que me quedo.

—Esto es responsabilidad mía. —Intentó mantener una autoridad que perdía por momentos.

—Somos compañeros, y voy a ser padre, ¿recuerda?

Hubo un atisbo de orgullo en la mirada de Hilario.

También de respeto.

—¿Está seguro?

—De lo único que no estoy seguro es de si se nos ha escapado, y no tenemos ni idea siquiera de su nombre, o si, simplemente, ni tan solo estaba aquí. —Sonrió Quesada.

Pilar no sabía de qué estaban hablando. Debía de sonarle incluso irreal, o surrealista. La niña se había quedado dormida. La apartó de su pecho y se subió la blusa sin dejar de observarlos con miedo. La luz de la vela se mantenía firme, repartiendo sombras estáticas a su alrededor.

—Escucha, Pilar. —Hilario intentó que lo comprendiera a la primera—. Vas a levantarte y te irás de aquí, con tu hija. Sé que va a anochecer, sé que faltan muchas horas para las cinco de la mañana y que hace frío, pero es tu única oportunidad. Vete ahora, antes de que esta fábrica se llene de policías.

La muchacha lo comprendió a la primera, sí. Pero también comprendió otra cosa.

—¿Qué le ha pasado a Pedro?

—Lo siento.

—¿Le han detenido?

—No.

—¿Ha muerto?

Buscó la forma de responderle sin que un «sí» sonara terrible.

—Cuando pueda entenderlo, dile a tu hija que su padre murió por salvarla y ayudarla a estar contigo. —Fue sincero Hilario.

Pilar se vino abajo.

Las lágrimas de sus ojos brotaron inevitables.

Tal vez ya no lo amase. Tal vez sí. Pero Hilario acababa de resumirle toda la verdad.

Salvarla y ayudarlas.

Había muerto por ellas. Lo último o lo único bueno que había hecho en la vida era eso.

—Le pedí que lo hiciera... —gimió—. No tenía... a nadie... y él... Le conté que era su hija y... por un momento... por un momento fue el hombre más feliz de la tierra...

La dejó llorar unos segundos, hasta que besó a la niña en la cabeza y soltó una bocanada de aire.

—¿Tienes dinero?

—Un poco, sí.

Hilario le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Quesada lo hizo por el otro lado. Pilar cubrió a la niña con la manta. No tenía nada más que llevarse. Miró a los dos hombres y ni siquiera les preguntó por qué.

No era necesario.

—Gracias —consiguió decir.

—¿Te ayudamos a llegar abajo?

—No —dijo más serena—. ¿Puedo verle?

Hilario movió la cabeza negativamente.

—Por favor...

Pedro Molls tenía media cara destrozada. La peor imagen para conservarla como recuerdo final, y sin embargo...

Pilar le puso una mano en el brazo.

En alguna parte, muy, muy lejos, pareció sonar un villancico navideño.

—Un minuto. Luego saldremos de aquí. Tú te perderás en la noche y nosotros iremos al coche para llamar por radio, ¿de acuerdo?

DÍA 3
MIÉRCOLES, 18 DE DICIEMBRE DE 1963

Fue Roser la que le sorprendió absorto, mirando por la ventana y en silencio, mientras la guerra del cuarto de baño tenía lugar lejos de allí.

—¿Hilario?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Ayer dijiste lo mismo cuando llegaste, y no abriste la boca en toda la noche, ni cuando Montserrat te pidió permiso para irse de juerga en Nochevieja.

—¿Me lo pidió?

—Sí.

—Estaría...

—En las nubes, está claro. ¿Qué sucede?

—Nada, en serio.

—¿Y tu caso?

—Resuelto.

—¿Pero?

No supo cómo salir del lío ante la pregunta de Roser. Ni él lo entendía muy bien. ¿Ética? Pilar ya estaría lejos. El culpable, a todos los efectos, era Pedro Molls. Faltaba ver si los Matesanz denunciarían la desaparición de «su» hija, sabiendo que no lo era y que se la habían dado ilegalmente, o si la policía investigaría el tema sabiendo lo que había detrás, porque cuando Pablo García tuviese aquel registro de nombres... Ese hubiera sido el único escollo de no haberle mentido la noche pasada al comisario.

Fuera como fuere, Pilar se les había esfumado.

Y siempre quedaba la verdad: que ella no había tocado a la hermana María.

—No hay pero. —Abrazó a Roser—. Todo está bien. Solo es que hay casos que te dan que pensar en la justicia y te haces la pregunta de hacia adónde va este país.

—Dijiste que habían matado a una monja.

—Sí.

—¿Cogiste al que lo hizo?

—No lo hizo nadie. Se cayó sola por la escalera discutiendo con la muchacha a la que le había robado el bebé. Pero su... llamémosle novio, mató al sacerdote que la lio y al médico que la asistió en el parto.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y ese hombre...?

Hilario se miró las manos.

Notó un ligero temblor en ellas.

—Le disparé ayer por la tarde.

—¡Oh, Hilario!

—Quería morir. De hecho fue... un suicidio. No estaba dispuesto a que le pasaran por el garrote vil. Iba a matar a Quesada. Yo... tuve que hacerlo.

—Claro, claro. —Ahora la que le abrazó fue ella.

—Hay policías que acaban su vida laboral sin haber hecho un solo disparo.

—Quesada te salvó la vida a ti hace menos de un mes.

Hilario cerró los ojos y buscó los labios de Roser. Los encontró. El beso fue largo y cálido. Un beso como los de la última vez que habían hecho el amor. Un beso de entrega, rendición, compañía, ternura.

—No sé qué haría sin ti —le dijo a su mujer.

Ella se apretó más contra su cuerpo.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró—. Y Quesada va a ser padre.

Roser se separó un poco, para mirarle a los ojos.

—¿Lo ves? La vida sigue.

La guerra entre Montserrat e Ignacio también seguía. Era la habitual, pero el instinto de madre pudo más que el placer y la serenidad del momento.

—He de ir a poner paz —le dijo.

La dejó marchar. Extrañamente, había dormido bien. Pero ahora, de pie, veía la cabeza de Pedro Molls reventando con su disparo. Y veía a Pilar abrazada a su niña, de la que ni siquiera sabía el nombre. Y se veía a sí mismo mintiéndole a Pablo García mientras el comisario lo felicitaba por haber resuelto el caso en tan poco tiempo.

La hermana María se había caído sola.

Fueron las últimas palabras de Pedro Molls antes de morir.

La confesión final.

No, nadie iba a buscar a Pilar.

Quedaba tan solo un matrimonio roto, porque seguían sin ser padres.

Llegaba tarde y no tenía prisa. Era uno de esos días en los que deseaba estar lejos, no en comisaría. España entera se preparaba para la Navidad y todo el mundo hablaba de paz y de amor. ¿Y si llamaba diciendo que tenía la gripe, como Pablo García?

Siguió mirando por la ventana.

Hasta que sonó el timbre del teléfono.

Llegó primero Roser. Preguntó quién era y le miró.

—Tu compañero.

—¿Quesada?

—Sí.

¿Otro caso? ¿Ya? ¿Ni siquiera podía digerir el último?

—Vaya por Dios... —Alargó la mano para coger el auricular y envolvió sus palabras en un suspiro—. Diga, Quesada.

—Inspector... —La voz reflejaba un océano de tensiones—. Ha sucedido... algo.

¿Algo?

Se le pasó por la cabeza la imagen de Pilar y su hija.

Pero no, era absurdo.

—¿Qué es? —Apretó el puño de la otra mano.

Ernesto Quesada se lo dijo sin ambages.

—El padre de Jaume Crusat ha matado a Martín Peláez.

Le invadió un frío glacial. Le sobrecogió de arriba abajo. La noticia rebotó por las paredes de su mente antes de asentarse en ella.

—¿Cómo dice? —articuló a duras penas.

—Ha sido hace muy poco —continuó Quesada—. Se ha presentado en su casa y le ha disparado un tiro en la cara. Luego se ha sentado a esperar a la policía.

—¿Le han detenido?

—Sí. Por lo visto su mujer no pudo soportar la muerte de su hijo y murió hace unos días. Ese hombre... bueno, estaba solo, llegaba la Navidad, probablemente se haya vuelto loco...

Hilario guardó unos segundos de silencio.

¿Despreciaba a Peláez?

Sí.

¿Entonces...?

—Inspector. —Volvió a escuchar la voz de Ernesto Quesada.

—Sigo aquí, perdone, es que...

—No para de decir lo mismo, una y otra vez. Repite: «Él lo hizo, he hecho justicia. Él lo hizo. Mató a mi niño. He hecho justicia».

—Voy para allá. —Reaccionó.

—De acuerdo.

Colgó el auricular.

Justicia.

Extraña palabra.

Pedro Molls también había hecho justicia, al precio de su vida. Como el padre de Jaume Crusat, el joven al que Martín Peláez había echado por una ventana. La ley, sin embargo, decía que no, que eran dos asesinos. Los dos pagaban con su propia vida haberse tomado esa justicia por su mano, ante la imposibilidad de que la otra, la real, lo hiciera.

Sería un día muy complicado.

Cuando se mataba a un policía todo se ponía patas arriba.

No se alegraba por la muerte de Martín Peláez, pero tampoco estaba triste. Seguía oyendo el grito de Jaume Crusat cayendo al vacío. Ese grito, la cabeza de Pedro Molls...

La hija de Pilar amamantándose en su pecho...

Roser reapareció frente a él. Ignacio y Montserrat habían dejado de discutir.

—¿Todo bien? —le preguntó su mujer.

NOTA

Todo lo que se cuenta en esta novela en torno al tráfico de bebés es verdad, hasta los hechos más inverosímiles y que puedan parecer fruto de la mente de un escritor. Los datos utilizados para hacer los capítulos 14, 17, 18 y, muy especialmente, el 19 han sido extraídos de informaciones publicadas en diversos medios españoles, especialmente *El País*, así como de material periodístico fácilmente encontrable y contrastable en Internet. Como ejemplo, citar que en enero de 1964 (un mes después del marco temporal en el que se desarrolla la novela), treinta y siete recién nacidos «murieron» en tan solo veintidós días en la clínica de la maternidad de la calle O'Donnell de Madrid, muchos de ellos, según informes de aquellos días, por otitis.

Se calcula que en España pueda haber treinta mil casos de robos de bebés desde fines de la guerra hasta los años 80. Miles de madres siguen buscándolos y cientos de hombres y mujeres se preguntan si sus padres lo son realmente.

El guion de esta novela fue preparado en Nueva York, en noviembre de 2014, y el libro fue escrito a lo largo de diciembre del mismo año en Barcelona.